



CHRISTUS

REVISTA DE TEOLOGIA Y CIENCIAS HUMANAS



LAICOS: el pueblo de Dios

IMPRESO EN EL INSTITUTO LIBRE DE FILONOMIA Y CIENCIAS, A. S.

Corresponsales

Aguascalientes

José Luis Jacques
Tokio 207
Fracc. del Valle 2ª Sección
20089 Aguascalientes, Ags.
Tels.: (449) 870 54 55 ó 816 89 40

Baja California Norte

David Ungerleider K.
Ave. Centro Universitario 2501
Playas de Tijuana, (Apdo. Postal 185)
22200, Tijuana, B. C.
Tel.: (664) 630 1577 Ext. 205

Coahuila

P. Hernán Villareal
Valdéz Llano 150 Pte.
Col. Ampliación los Ángeles
27140 Torreón, Coah.
Tels.: (871) 716 44 00

Colima

Cruzare S.A., Atn: Salvador Cruz A.
Abasolo 79
28000 Colima, Col.

Chihuahua

P. Juan Manuel Mata
Parroquia del Sagrado Corazón
Calle 14½ N° 2806
31030 Chihuahua, Chih.
Tel.: (614) 415 08 70

Guanajuato

Dr. Arturo Lozano Madrazo
CESCOM
Fray Daniel Mireles 416
San Pedro de los Hernández
37280 León, Gto.
Tel.: (477) 771 41 59

Nuevo León

Mariela Gómez García
Brillantes 111
Col. Pedregal del Valle
66280 Garza García, N. L.
Tel.: 35 17 10

Marianela Madrigal Hinojosa H.S.S.
Espinosa Ote. 851
64000 Monterrey, N. L.
Tel.: (81) 83 43 25 30

Oaxaca

P. Juan Ruiz
Parroquia de los Siete Príncipes
González Ortega 415
68000 Oaxaca, Oax.
Tel.: (951) 516 34 58

Tabasco

Miguel Ángel García Trinidad
Av. Madero 645
86000 Villahermosa Tab.
Tel.: (993) 31 20 9 18

Yucatán

Nancy Walker y M. Cristina Muñoz
Calle 31 N° 200A
García Ginerés
97070 Mérida, Yuc.

Christus, Teología y Ciencias Humanas

Número 731 Año LXVII, Julio-Agosto, 2002

Editor: Luis G. del Valle/Centro de Reflexión Teológica, A.C.

Director: Luis G. del Valle.

Administradora: Magdalena Cubas Carlin.

Consejo de Redacción: Raúl Cervera, Magdalena Cubas C., Abel Fernández, Luis Arturo García, Mario Armando González, Sebastián Mier, Luis G. del Valle.

Consejo Asesor: Miguel Álvarez G., José Álvarez I., Rafael Álvarez, Magdalena Cubas C., Luis Arturo García, Mario Armando González, María Luisa Lalinde, Mario Monroy, Rebeca Montemayor, Luis Ramos, Javier Rojas, Ángel Sánchez, Alfredo Zepeda.

Diseño: Jorge Arturo Vargas López

Tipografía: Carmen Ramos de Castañeda

Diagramación: Guadalupe Correa Rivera

Suscripciones: Leticia Cervantes

Una publicación del Centro de Reflexión Teológica, A.C. y órgano de la diócesis de la Tarahumara. Está registrada como artículo de 2ª clase en la Administración de Correos N° 1 de México, D.F., el 3 de enero de 1936. Registro de Propiedad Intelectual en la SEP, N° 998, otorgados ambos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas de la Secretaría de Gobernación, el día 15 de julio de 1982. Permiso N° 0020136, características: 228241205.

Autorizado por SEPOMEX. Registro postal PP09-0074, publicación bimestral. A partir del 1 enero 2002, cada número: \$50.00, suscripción anual (seis números) para el país: \$310.00, \$825 por tres años; para América Latina y África (correo aéreo): 45 dls.; para otros países: 62 dls.

Librería: Miguel Laurent 340-A, Col. del Valle, Benito Juárez, 03100 México, D.F.;

Tel.: 55 59 61 55, 55 59 61 56, Fax: 55 59 54 84

Correspondencia: Apdo. 21-272
Coyoacán
04021 México, D.F.

Correo-e: christus@sjsocial.org

Página WWW: <http://www.sjsocial.org/crt/christus.html>

Impresa en Fototipo, S.A.

Las opiniones expresadas en la revista son responsabilidad de sus autores.

Puede reproducirse cualquier material, si se cita la fuente, y después se nos envían dos ejemplares de la publicación.

El Consejo de Redacción se reserva el derecho de publicación de artículos recibidos.

Las fotografías son cortesía de: Sebastián Mier, Archivo CRT.

¿Podremos definir y describir el ser y el quehacer del laico en la iglesia de una manera directa, superando el hacerlo sólo por negación?

Por negación decimos que laico es el miembro de la iglesia que no tiene la potestad de orden ni la potestad de jurisdicción. O bien, laico es el miembro de la iglesia que no participa de la Jerarquía. Las palabras pueden ser claras, pero el contenido de una negación se refiere a un conjunto indeterminado: todo lo que no es esto.

En el cuaderno del presente número caminamos hacia la presentación en positivo y no sólo por negación del laico y del laicado en la Iglesia. A partir de testimonios de laicos, a partir de estudios después del Concilio Vaticano II que abrió una nueva senda en su constitución dogmática sobre la iglesia por haber comenzado por el tema de la iglesia como pueblo de Dios. Es que laico a final de cuentas es el miembro del pueblo, del laós en griego que significa pueblo.

Es recurrente el tema del laico. Y es importante en sí mismo, por la dignidad de ser del pueblo de Dios. Hay quienes piensan que es importante el tema de los laicos, porque están disminuyendo las vocaciones al ministerio sacerdotal. Esto es verdad. Pero el laico es importante en la iglesia por sí mismo y no porque deba ahora suplir la disminución del clero. El laico no asume importancia porque se tenga que transformar un poco en clérigo dado que estos son cada vez menos.

Complica toda esta materia la confusión entre laico y seglar. A su vez seglar se describe por negación: el que no es religioso; el que no ha asumido el estado de vida religiosa. Y a veces se dice que laico es el que no es del clero ni tampoco religioso. A veces se explica que Dios llama a la vida religiosa a laicos y a clérigos.

La canonización de Juan Diego invita a profundizar en este hecho. Se abre este número con el mensaje que a este respecto emitieron las comisiones episcopales de la pastoral indígena y de la pastoral social. Agradecemos que nos digan que es grato celebrar la canonización y beatificación de los hermanos indígenas, porque sabemos que el reconocimiento de sus personas, conlleva el reconocimiento de los indígenas como pueblos. ☐

En este número

EDITORIAL

CUADERNO

- 8 Misión del laico: continuar la misa en la historia
Jesús Antonio de la Torre Rangel
- 11 Confieso que soy laico
Rogelio Gómez-Hermosillo M.
- 17 Reflexiones sobre el apostolado de los laicos
José Sánchez Zariñaga
- 22 La discusión potsconciliar sobre el papel del laico en el mundo y en la iglesia
Raquel Pastor
- 31 Un pueblo de Dios adulto
Carlos Bravo Gallardo (+)
- 38 Compartiendo nuestro gozo
Alexander P. Zatyryka
- 46 Auditores laicos en el Vaticano
Raquel Pastor

PALABRA

- 50 La palabra a fondo

Editorial

Para el presente número habíamos preparado un editorial con ocasión de la inminente canonización de Juan Diego. Entretanto salió el mensaje episcopal sobre el mismo tema. Decidimos que ese mensaje ocupara el lugar de nuestra editorial.

Conferencia del Episcopado Mexicano
Comisión Episcopal de Pastoral Indígena
Comisión Episcopal de Pastoral Social

«Y TÚ, TÚ ERES MI ENBAJADOR, EN TI PONGO TODA MI CONFIANZA»¹

Mensaje de los obispos de la Comisión Episcopal de Pastoral Indígena y la Comisión Episcopal de Pastoral Social, con ocasión de la 5ª. visita del Papa Juan Pablo II para la canonización del Beato Juan Diego Cuauhtlatoatzin, el 31 de julio del presente año y la Beatificación, el 1 de agosto, de Juan Bautista y Jacinto de los Ángeles, mártires oaxaqueños.

Al Pueblo de Dios, a todas las mujeres y hombres de buena voluntad

1. Nos dirigimos a ustedes, para decir nuestra palabra de esperanza y ánimo en este momento tocado por la Gracia de Dios, porque el proceso de evangelización en nuestra patria, se ve favorecido con la canonización y beatificación de nuestros hermanos indígenas.

2. La 5ª. visita de Su Santidad Juan Pablo II nos anima como Iglesia, Pueblo de Dios, al confirmarnos en la fe y en el seguimiento de Nuestro Señor Jesucristo en este suelo de México, que ha sido privilegiado con la especial protección de Nuestra Señora de Guadalupe, quien ha querido manifestarnos su amor tomando nuestros rasgos morenos, ofreciéndonos con ello «un gran ejemplo de evangelización perfectamente inculturada».²

3. Es grato celebrar la canonización y beatificación de los hermanos indígenas, porque sabemos que el reconocimiento de sus personas, conlleva el reconocimiento

de los indígenas como pueblos. La inculturación del Evangelio pone de relieve la riqueza de cada cultura, de cada pueblo, en donde vemos clara la acción del Espíritu de Dios que actúa siempre y en todo lugar.

4. Como parte de la Iglesia que somos, mucho deseamos que este reconocimiento lo sea también al proceso en que los indígenas han emergido como sujetos de su historia, pues aunque los pueblos indios son antiguos en su existencia, son nuevos por su emergencia. Con Juan Pablo II afirmamos que los indígenas, «al defender su dignidad, no sólo ejercen un derecho, sino que cumplen también el deber de transmitir su cultura a las generaciones venideras»³.

5. El acontecimiento eclesial de la canonización y beatificación de los hermanos indígenas nos llena de alegría, toda vez que su reconocimiento por la Iglesia universal

significa que ellos son un ejemplo que nos puede ayudar a retomar los orígenes y las raíces indias de nuestro pueblo. Con su experiencia todos nos podemos identificar y si vivimos como ellos, embajadores de Dios y de la Virgen, solidarios con los débiles, podemos llegar a Cristo y a Dios.

6. En ese sentido, además de tener como protectores, modelos y guías a estos hermanos indígenas, ellos se convierten en un símbolo para la religiosidad del pueblo. De hecho, una de las riquezas culturales de los pueblos indios es la religiosidad popular, de la que nutren su fe y su esperanza. Los símbolos tienen una importancia particular en la religiosidad indígena, expresada por medio de procesiones, fiestas patronales, devo-

ción a imágenes, especialmente de la Virgen María y Cristos dolientes, culto a los difuntos, etc.

7. Como nos indica el Papa Paulo VI, de grata memoria, «la religiosidad popular refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer? los hace capaces de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo?



1 Nican mopohua, No. 87.

2 Juan Pablo II, Mensaje Inaugural de la IV Asamblea de la Conferencia del Episcopado Latinoamericano, Sta. Domingo 1992, No. 24.

3 Juan Pablo II, «Mensaje a los amerindios» Santo Domingo, 12 de octubre de 1992, L'Osservatore Romano No. 43, (10/23/92) p. 14.

comporta un hondo sentido de los atributos profundos de Dios? engendra actitudes interiores que raramente pueden observarse en quienes no poseen esta religiosidad. Más que religiosidad, ésta es la religión del pueblo?»⁴ Para los pueblos indígenas, la presencia y mensaje de Santa María de Guadalupe es el elemento fundamental que los ha afianzado en la fe, dando sentido a su religiosidad en la aceptación y vivencia del Evangelio.⁵

8. El hecho Guadalupano es, para todos los mexicanos, un horizonte para nuestra cultura y nuestra identidad como pueblo. Pero debemos reconocer que para los pueblos indios reviste una importancia especial, pues en el Mensaje de Nuestra Señora Santa María de Guadalupe el indio es el protagonista, ella le pide que «hable en su nombre», le dice que es su «embajador muy digno de confianza» y que quiere hacer su casita donde están los lamentos del pueblo, para desde ahí poder «oír sus miserias, sus penas y dolores», pues quiere «remediar todo esto», su amor es para todos los moradores de estas tierras.

9. El Mensaje Guadalupano reivindica el lugar del pobre y del excluido en la construcción de una nación más justa y fraternal. Dios se manifiesta en el pobre para llamar a todos a construir una nueva sociedad, donde todos sean escuchados e incluidos. Este ha sido el énfasis actual de la Iglesia, construir toda comunidad desde la comunión eclesial, la solidaridad y la fraternidad; en esta tarea muchos agentes de evangelización, especialmente indígenas, han tenido un papel protagónico, a ellos les expresamos nuestro agradecimiento pues mantienen viva la esperanza de sus pueblos.

10. Sin embargo, en el escenario nacional actual vemos con preocupación la creciente exclusión de muchos hermanos y hermanas empobrecidos, entre ellos los indígenas; se va imponiendo la idea de que «fuera del libre mercado no hay salvación». Las fuerzas que están modificando la relación de derechos-deberes a nivel internacional son los tratados comerciales y de inversión, que otorgan amplios derechos a los inversionistas extranjeros sin tener, en cambio, iguales deberes con los países destinatarios de las inversiones. La planeación a largo plazo del desarrollo y de los proyectos de inversión en las regiones con fuerte presencia indígena, como el sureste del país, es a veces realizada por organismos financieros internacionales, con poca participación de los empresarios locales y sin tomar en cuenta la voz de las

comunidades indígenas. La nación mexicana tiene una deuda con los pueblos indios: crear una nueva relación entre gobierno, sociedad y pueblos indios, basada en el respeto y la inclusión.

11. Por lo anterior, como Iglesia queremos reafirmar nuestro compromiso con los indígenas «¿Cómo podría olvidar [la Iglesia] los enormes sufrimientos infligidos a los pobladores de este continente durante la época de la conquista y la colonización?»⁶, ¿Cómo olvidarlos ahora? Tenemos la firme convicción de que el indio, «embajador muy digno de confianza» —como lo anuncia el mensaje de Nuestra Señora de Guadalupe— nos ofrece la oportunidad de vernos como hermanos en esta patria; no es posible seguir viviendo en un México dividido por el racismo y la discriminación; los pueblos indios merecen con justicia un reconocimiento a sus culturas, a su modo de ser y a su autonomía. El proceso de transición que vive nuestra patria no puede quedar empañado por la falta de sensibilidad política de nuestros representantes populares, quienes, si de verdad quieren responder al mandato que recibieron en las urnas, deben elaborar leyes justas y velar su cumplimiento.

12. Por ello, hacemos un llamado a la sociedad entera para que no quede postergado por más tiempo el reconocimiento a los derechos y cultura de los pueblos indios. Tenemos que cambiar nuestros criterios y actitudes ante los pueblos indios, para pasar de una valoración que los considera sólo como objeto de nuestra generosidad y benevolencia, para llegar a verlos como las personas y los pueblos que exigen hoy lo que les corresponde en justicia: ser sujetos de derechos.

13. En diferentes mensajes, el magisterio de la Iglesia se ha pronunciado a favor del reconocimiento de la cultura de cada pueblo. De hecho, los obispos mexicanos hemos afirmado en nuestra Carta Pastoral que «en la subjetividad de una sociedad y de una Nación radica de manera originaria y plena la soberanía de un pueblo. La soberanía política o económica suponen la soberanía fundamental basada en la cultura y en el pueblo que constituyen la Nación»⁷

14. Por otra parte, hacemos nuestras las palabras de Su Santidad Juan Pablo II, cuando dirigiéndose a los indígenas, les dice: «a ustedes, cuyos antepasados fueron los primeros habitantes de esta tierra, al tener sobre ella un derecho adquirido a lo largo de generaciones, les sea reconocido ese derecho de habitar en ella en paz y serenidad, sin el temor —verdadera pesadilla— de ser desalojados en beneficio de otros, antes bien estén seguros de un espacio vital, que será base no solamente para su supervivencia, sino para la preservación de su

4. Paulo VI, *Evangelio Nuntiandi*, Roma 1975, No. 48.

5. Cfr. González, D. Héctor, «Realidades Socio-Políticas y Culturales de los Pueblos Indígenas de México», Exposición presentada en el Encuentro Latinoamericano de Obispos: «Emergencia indígena, desafío para la pastoral de la Iglesia», del 22-26 de abril de 2002, Oaxaca, México.

6. Juan Pablo II, «Mensaje a los amerindios», Op. Cit.

7. CEM, *Carta Pastoral del Encuentro con Jesucristo a la Solidaridad con todos*, México 2000, No. 227.

identidad como grupo humano, como verdadero pueblo y nación. Deseo grandemente que a esta cuestión compleja y espinosa se dé una respuesta ponderada, oportuna, inteligente, para beneficio de todos. Así se respetará y se favorecerá la dignidad y la libertad de cada uno de ustedes como persona humana y de todos ustedes como un pueblo y una nación».⁸

15. Por tanto, creemos pertinente hacer un llamado a «Reconocer y promover las diversas culturas que integran nuestra Nación, para que nunca el poder del Estado o del mercado las vulnere, sino que las respete en su legítima soberanía. De esta manera, las culturas que integran nuestra Nación podrán fungir como el subsuelo cualitativo sobre el que cada comunidad construye su futuro y se integra a la dinámica social, económica y política a escala nacional y mundial».⁹

16. Llamamos, también, a «mejorar la manera como promovemos a las comunidades y a las culturas indígenas en el contexto de nuestra Nación, para que sin mermar la legítima autonomía que poseen se logre una adecuada y respetuosa integración de sus aportes y riquezas particulares, a través de los cambios jurídicos necesarios para tal efecto. Toda cultura y etnia son realidades dinámicas que han de desarrollarse en fidelidad a su identidad y con apertura al contexto en el que viven. Por ello, tan peligroso es para las comunidades indígenas abrirse indiscriminadamente a procesos que destruyen su aporte específico, como cerrarse a la posibilidad de una eventual evolución que responda entre otras cosas, al mundo que las rodea».¹⁰

17. El reconocimiento constitucional y legal de los derechos y cultura indígena debe salvaguardar la subjetividad cultural de la Nación, pues ello protege su voz, su historia y su cultura, expresadas de las más diversas formas en sus tradiciones y creencias. Todo esto se asume, incluso, en el convenio 169 de la OIT, firmado y ratificado por nuestro país. Los pueblos indios no quieren quedar excluidos, como lo han estado durante siglos.

18. A pesar de los consensos alcanzados por los poderes ejecutivo y legislativo al establecer reformas a nuestra Carta Magna, para reconocer los derechos y cultura indígena, los resultados no han sido satisfactorios para muchos de estos pueblos. Es por ello que estamos en actitud de diálogo y a la espera de las resoluciones de la Suprema Corte de Justicia de la Nación sobre las controversias constitucionales presentadas por los pueblos indios.

19. Para garantizar el reestablecimiento del proceso de Paz en nuestro país, es preciso responder a las deman-

das básicas de los pueblos indios. No queremos, ni deseamos, mayor derramamiento de sangre. Esperamos que el proceso de Paz y de diálogo se reactive. Convoquemos a todos los mexicanos a trabajar en: 1) el reconocimiento de los derechos y las culturas indígenas; 2) la más amplia difusión, a través de los medios, de la ética indígena, en lo que tiene de valor universal y congruente con el mensaje cristiano; 3) el apoyo a la educación de la niñez indígena en sus propias comunidades y lenguas, y de manera que no se desarraiguen de su cultura e historia; 4) la promoción de mecanismos para apoyar sus organizaciones productivas y la salida al mercado de sus productos; 5) el apoyo a sus gestiones ante las autoridades de todos los niveles, así como la garantía para que la procuración e impartición de justicia se haga en sus propias lenguas; 6) la formación de conciencia, en el resto del país, de sus historias particulares y aportaciones; 7) la protección de sus conocimientos de la naturaleza, que están siendo apropiados por laboratorios transnacionales para desarrollar investigaciones que luego convierten en patentes; 8) la promoción de la organización productiva de los indígenas, y la realización de estudios que apoyen el conocimiento de sus recursos, así como las opciones que tienen para su desarrollo económico; 9) la creación de programas con jóvenes indígenas, a quienes se apoye para que regresen a sus comunidades a promover el desarrollo económico, cultural y social; 10) la protección de su hábitat y la preservación de sus valores culturales, ante los proyectos que contemplan corredores industriales y agronegocios que amenazan con la destrucción de bosques y selvas, y la contaminación del medio ambiente donde ellos viven.

20. Por último, queremos recordar que la Virgen envió una señal para que creyeran en su «embajador», el indio. Hoy las rosas que María nos manda cortar son los esfuerzos de los pueblos que se organizan para conseguir el pan a base de tenacidad, cuando los programas de asistencia social no llegan a ser satisfactorios. Las rosas que ofrecemos a María de Guadalupe, para que las toque con sus manos amorosas, son aquellas que representan la hermandad que eliminan los privilegios de unos cuantos y nos hacen un sólo pueblo mexicano, respetando al mismo tiempo la diferencia de cada pueblo, porque ésa es nuestra riqueza: la diversidad.

21. Encomendamos nuestros esfuerzos al Dios de la Vida, que quiere la Vida en abundancia para todos. Confíados en el regazo de Nuestra Santísima Madre María de Guadalupe, queremos caminar acompañando a nuestro pueblo en la búsqueda de mejores condiciones de Vida.

México, D. F., 3 de julio de 2002. ☩

⁸ Juan Pablo II, «Discurso a los Indígenas del Amazonas», Manaus, Brasil 10 de julio de 1980, *L'Osservatore Romano*, No. 31 (08/03/80), p. 7.

⁹ Carta Pastoral, No. 297.

¹⁰ Carta Pastoral, No. 298.

CUADERNO

Misión del laico: continuar la misa en la historia

Jesús Antonio de la Torre Rangel

Confieso que soy laico

Rogelio Gómez-Hermosillo M.

Reflexiones sobre el apostolado de los laico

José Sánchez Zariñaga

La discusión potsconciliar sobre el papel del laico en el mundo y en la iglesia

Raquel Pastor

Un pueblo de Dios adulto

Carlos Bravo Gallardo (+)

Compartiendo nuestro gozo

Alexander P. Zatyryka

Audidores laicos en el Vaticano II

Raquel pastor



OMISBIOADU'S

Introducción al cuaderno

Dos son las causas, al menos, de que se trate con frecuencia el tema de los laicos y el laicado en los últimos como 40 años. Una la nueva luz que arrojó el Concilio Vaticano II, inaugurado hace casi ya 40 años, y otra la rápida disminución numérica del clero en la iglesia latina.

La primera causa es muy digna de seguir siendo explorada hasta llegar a comprender y vivir cada vez mejor el papel y sobre todo el ser del laico en la Iglesia. La segunda sólo la consideramos ocasión para profundizar en el asunto. La importancia de él no puede venir de la necesidad de suplir el hueco que van dejando los que participan del ministerio jerárquico. Pues entonces es darle al laico sólo la capacidad de suplir al clérigo, o sea la capacidad de hacerse en cierto modo del clero.

Tratamos lo del laicado y los laicos en 7 artículos. Dos son testimonios de laicos que nos comunican su experiencia. Jesús Antonio de la Torre es abogado, muy comprometido en los Derechos humanos y en el vivir como cristiano miembro del pueblo de Dios que es la Iglesia.

Rogelio Gómez-Hermosillo está ahora en el gobierno federal. Estuvo en el movimiento de jornadas de vida cristiana, en comunidades de base y en organismos no gubernamentales. Y siempre confesándose laico en la iglesia.

José Sánchez Zariñana nos presenta de su experiencia de contacto con laicos jóvenes. Se le ha hecho la convicción de que los laicos no han acabado de explorar todo el potencial que tienen. Sin embargo, también hay algunos problemas detrás de la dificultad de un compromiso más decidido de los laicos en la Iglesia, y en particular con los más necesitados. Bosqueja los principales, y luego propone algunas pistas de reflexión que puedan ayudar a desatascar un poco la carreta.

El Vaticano II, como dijimos, arrojó nuevas luces que han impulsado a ir penetrando en el ser y el quehacer del laicado. El Concilio recogió inquietudes e impulsos que existían y los relanzó desde el nivel episcopal. La necesidad de que el laico asumiera su ser cristiano adulto ya se venía sintiendo. Yves Congar abrió el fuego con su libro jalones para una teología del laicado. El Vaticano II acentuó que la iglesia es el pueblo de Dios. Y laico es el miembro de ese pueblo. Miembro por derecho propio otorgado por Dios mismo, y no por participación de otros miem-

bros. Dentro de ese pueblo hay diversidad de ministerios. Así el laico o miembro del pueblo de Dios que asume un ministerio en la organización de la iglesia es también jerarca, pero sin dejar de ser miembro del pueblo. Por otra parte se da una invitación de Dios para que unos miembros del pueblo de Dios tengan o no tengan un ministerio jerárquico se constituyan en un estado de vida que hemos llamado vida religiosa. La terminología usada es la de seglar (sigue viviendo en el siglo, en el *saeculum*) o religioso (asume este estado de vida).

Pero muchas veces se usa indistintamente laico o seglar. Y esto es un factor más de que se complique la reflexión y clarificación del ser y quehacer del laico.

Dos artículos se refieren al Vaticano II; los de Raquel Pastor. Ambos forman parte de una investigación mucho más amplia. Uno nos presenta un momento de mayor lucidez poco después de cerrado el concilio. El otro nos acerca a los auditores laicos del Concilio. Y además de los dos de Raquel recuperamos de los escritos dejados por Carlos Bravo el seguimiento que hizo del sínodo de los obispos de 1988 que trataron el tema del laicado. En ese Sínodo varios obispos constataban la carencia de una teología clara sobre el laicado y sobre su base, el sacerdocio común

Nuestros pensamientos y actitudes racistas nos impiden nombrar a los indios como laicos. Nosotros somos laicos. Ellos son.... «indios». Con gran cariño por los indios y su cultura Alex Zatyryka nos hace asistir a un proceso adulto de la iglesia tzeltal de Chiapas. El congreso indígena de 1974 hizo saltar a primer plano, como sujetos de su proceso, a los propios indígenas. Ya no serían solamente destinatarios sino que ocupaban su lugar como agentes de evangelización.

Fuera del cuaderno está como editorial el mensaje de los obispos de las comisiones de pastoral indígena y pastoral social con ocasión de la canonización de Juan Diego. Démonos cuenta que es la propuesta como modelo de vida cristiana de un indio al que la Virgen María envía para pedir al Obispo que funde un lugar donde sean atendidos según su dignidad los indios y todos los que allá acudan. Envía a un laico a que comunique la voluntad de la Señora a un obispo. ☐

Misión del laico: continuar la misa en la historia

Jesús Antonio de la Torre Rangel
Abogado y promotor de los Derechos Humanos

0. Introducción

La Iglesia, bien sabemos, la formamos el Papa, los obispos, los sacerdotes, religiosos y religiosas y los laicos o seglares. Pablo en su Primera Carta a los Corintios (Caps. 12-14) censuraba el surgimiento de las «dignidades» entre los cristianos. Sirviéndose de la comparación de la comunidad y el cuerpo humano, enseñaba que cada miembro tiene una función que cumplir y uno y otro se necesitan, sin poderse prescindir de alguno. De tal modo que su idea eclesial es de una comunidad, en donde unos poseen unos dones y otros tienen diversos, y todos los ponen al servicio comunitario; aquellos curan, estos gobiernan, los de más allá prestan alguna asistencia. Esta Carta de Pablo, dice Hoornaert, es «un libelo contra lo que puede calificarse como idea jerárquica»¹ en la Iglesia.

Es hasta mediados del siglo III en que aparecen ya formalmente las comunidades cristianas organizadas en forma jerárquica; y a partir del siglo VI se desarrollan los fundamentos teóricos de la jerarquía, imponiéndose «una lectura jerárquica de la idea cristiana»².

De tal modo que la «definición más directa y real de la Iglesia» es aquella que la entiende «como la comunidad de los que creen en Cristo»³; estableciéndose por la fe un doble vínculo de unión, una comunidad en dos sentidos, con Cristo y con los demás fieles, «porque de la fe surge la comunidad de los que aceptan a Jesús como salvador y liberador y se proponen seguirlo»⁴; y sin embargo la idea dominante de la Iglesia es la de una visión meramente jerárquica. Este modo de entender a la Iglesia es el más común desde fuera de ella y, desgraciadamente, tam-

bién hacia adentro, en el interior de la propia Iglesia.

Así, ante el cuestionamiento hecho a los laicos sobre su relación con la Iglesia viene a la mente de éstos, en primer término, la relación que se guarda con el obispo y los sacerdotes y sólo en segundo lugar su relación con el todo, como comunidad eclesial.

1. Desencanto y esperanza de emancipación

En Aguascalientes nos hemos reunido un pequeño grupo de laicos, de distintas tradiciones en cuanto a nuestra formación, para conversar e intercambiar opiniones sobre nuestra experiencia como seglares, sobre nuestra relación con la Iglesia, acerca de nuestro construir o no comunidad eclesial.

Las experiencias compartidas pueden reunirse en dos grandes grupos. Una serie de opiniones que expresan desencanto y desilusión frente a la Iglesia y otras que demuestran la claridad y el convencimiento del papel del laico así como la esperanza de ir construyendo comunidad eclesial, emancipándose de una concepción jerárquica de la Iglesia.

Las experiencias se vertieron del modo siguiente, y aunque parece que por el cúmulo de críticas predomina lo negativo, al final prevalece la esperanza. Comencemos con los comentarios de desencanto:

«Hoy nos damos cuenta que el clero es un instrumento de control.» «La Iglesia es un ente presente, pero no cercano; la comunidad no existe, el templo es para el rito.» «En la Iglesia tenemos muchas obligaciones y pocos derechos, y más como mujeres.» «El templo es oro y ritos, de puertas adentro; y de puertas afuera, limosneros.» «La Iglesia se da culto a sí misma; se echa incienso.» «El laicado no está organizado, no está vertebrado.» «Ha predominado la teología sobre la fe; la teología, como racionalización de la doctrina ha sustituido e incluso cortado la vivencia de la fe como búsqueda de lo infinito.» «Los jóvenes dicen que en la Iglesia no se les acepta como son; existe discriminación.» «Al laico le han hecho la tarea los clérigos, y ni siquiera bien, sino deficiente.» «La Iglesia no está preparada para el cuestionamiento.» «Decepciona la incongruencia de

1 Eduardo Hoornaert. *Cristianos de la Tercera generación (100-130)*. Ed. Dabar. México, 1999. p. 79 (en la nota 61)

2 *Idem supra*.

3 Leonardo Boff. *Y la Iglesia se hizo pueblo. 'Eclesiogénesis': La Iglesia que nace de la fe del pueblo*. Ed. Sal Terrae. Santander, 1986. p. 39

4 *Idem supra*.

los jerarcas de la Iglesia.» «No existen muchas opciones de participación para los laicos.» «El laico es visto como lo más bajo en la Iglesia; ser laico es como estar degradado.» «Existe el deseo de tener al sacerdote como amigo y no como superior.» «La Doctrina Social Católica, no se lleva a la vida práctica.»

De pronto el tono empieza a cambiar en los participantes, aparece la esperanza y el propósito de construir Iglesia como seglares:

«La religión se vive en la vida, no en el templo.»
«Es buena una sana distancia con los administradores del templo. La vida cristiana es entrega a los demás, y agrada saber que hay un templo y ahí está Jesús: La Eucaristía da fuerza; la oración da paz.» «El laico está en un proceso de emancipación, pero un poco suelto, es necesario religarnos. El Concilio Vaticano II fue muy importante para el laicado, pero se le ha frenado.» «El laico debe acceder a una autonomía moral.» «No es necesario esperar a lo que digan los jerarcas, para movernos y actuar por nosotros mismos.» «Podemos caminar solos y hacer comunidad.» «Lo importante no es la Iglesia como institución, sino la construcción del Reino de Dios.» «Es el laico el que debe dar el sentido cristiano a todo; a él le toca la consagración del mundo.»

2. El reto de ser cristiano, hoy

Las reflexiones del grupo de seglares de Aguascalientes se fueron encaminando, como hemos visto, hacia nuestra afirmación en la misión que tenemos como laicos de dar sentido cristiano a todo, construyendo el Reino de Dios predicado por Jesús, e ir construyendo comunidad, emancipados de la idea de una Iglesia jerárquica. De algún modo nuestros propósitos se colocaron en la misión encomendada a los laicos por el Concilio Vaticano II, que en su Constitución *Lumen Gentium* dice:

También por medio de los fieles laicos el Señor desea dilatar su reino: reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz. Coordinen los laicos sus fuerzas para sanear las estructuras y los ambientes del mundo cuando inciten al pecado, de manera que todas estas cosas sean conformes a las normas de la justicia y más bien favorezcan que obstaculicen la práctica de las virtudes. (L.G. 36)



Si con nuestros propósitos renovados, y el programa propuesto por la *Lumen Gentium* en la mente, uno ve cómo el mundo está estructurado, contrariando los valores del Reino de Dios, lo menos que podemos decir es que el reto de ser cristiano hoy, es grande y muy difícil de responder. Quizás lo ha sido siempre. De un modo o de otro la Babilonia que Juan describe en su Apocalipsis ha estado siempre presente, como anticristo y como tentación. (Ap. 17)

Ese reto lo plantea Javier Sicilia con este cuestionamiento:

«¿Cómo en un mundo amenazado por los irracionales procesos económicos del materialismo y del mercado, ciego, despótico, sin alma y sin dirección, se debe vivir la experiencia evangélica de pobreza, paz y acogimiento? ¿Cuál es la actitud que un cristiano plenamente convencido debe asumir si quiere ser fiel al Evangelio?»⁵

El reto es ser cristiano en un mundo con una racionalidad y una organización social profundamente injusta, que condena a muchos millones de hermanos a la miseria, y que pone en serio peligro la supervi-

⁵ Javier Sicilia «La actitud evangélica y la política», en *Ixtus* N°2. Cuernavaca, Julio-Agosto, 1993. p. 30.

vencia de vida del planeta, por su inconciencia de que todo lo que existe, coexiste, y todo subsiste a través de un tejido infinito de relaciones.

El reto es ser cristiano en un mundo construido con una racionalidad que no integra el conocimiento con la ética. Dice Leonardo Boff que la ciencia moderna «no supo qué hacer con la complejidad. La estrategia fue reducir lo complejo a lo simple.»⁶ Mauricio Beuchot, por su parte, dice que «por causa de la modernidad se perdió el sentido de la analogía y se buscó únicamente la univocidad: lo claro y distinto.»⁷ Este proceso cognoscitivo de la modernidad trajo, entre otras cosas, la separación de la ética de los particulares conocimientos científicos. Lo que significa que una cosa es el conocimiento y su posibilidad de aplicación y otro la moral del sujeto —que es además individualista y autónoma—. Así, por ejemplo, la ciencia del Derecho —la dogmática jurídica— enseña que el Derecho puesto por la autoridad siguiendo determinadas formas es válido y debe aplicarse. Si es justo o no, no corresponde a la «ciencia del Derecho» decirlo, ésa es una cuestión moral. Se sostiene que el Derecho es la ley —visión unívoca y simplificada de la juridicidad—; la justicia, pertenece al ámbito de lo moral y no de lo jurídico. Si pasamos el ámbito económico, sucede algo similar. Se aplican determinadas fórmulas económicas porque son científicas, la «ley de la oferta y la demanda» por ejemplo; y no vale alegato sobre la riqueza inmensa de unos pocos frente a la miseria y hambre de tantos, pues esto último entra también en el terreno de la moral, no de la ciencia económica. Y así podemos seguir refiriéndonos a esa separación entre ciencia y ética, y recordar que en pos de la «ciencia» se puede hacer cualquier manipulación genética hasta la clonación humana, pues el alegato bioético en su contra no es científico, tan sólo es moral.

Es más, el reto es ser cristiano en un mundo estructurado con una ciencia que no sólo no tiene que ver con la ética, sino que ha perdido el sentido de lo sagrado; es un conocimiento científico que, como dice Sicilia, rompe cualquier límite porque ha extraviado su sentido: «Porque lo diré de una manera muy simplista, la ciencia separada del sentido primordial del conocimiento, que es contemplación y servicio, es conocimiento caído.»⁸

6 Leonardo Boff. *El águila y la gallina. Una metáfora de la condición humana*. Ed. Trotta. Madrid, 1998. p. 44.

7 Mauricio Beuchot. «Sobre la Analogía y la Filosofía Actual», en *Analogía Filosófica*. México, enero-junio de 1996. p. 66.

¿Es posible aceptar el reto de ser cristianos hoy, y darle respuesta adecuada?

3. Laicos: celebrantes de la eucaristía en la historia

Hace aproximadamente treinta años, cuando era estudiante en la Ciudad de México, frecuentemente iba a misa a un templo pequeñito ubicado en la Ribera de San Cosme, entre Insurgentes y Chopo, y siempre me llamó mucho la atención que el sacerdote celebrante, al concluir la ceremonia eucarística, no utilizara la fórmula de «podemos ir en paz, la misa ha terminado», sino que decía algo así como «pueden ir en paz a continuar la misa en el mundo».

No tengo las fórmulas técnicas o los procedimientos para asumir con éxito el reto de ser cristianos hoy; no poseo soluciones prácticas para resistir las tentaciones y los embates de la Babilonia actual. Sólo estoy cierto que por la gratuidad, por el don de Dios, tenemos carismas, y por los mismos cumplimos una función concreta dentro de la comunidad eclesial para bien de todos, y podemos ejercer esos carismas, también como gratuidad, en servicio de la comunidad humana toda.⁹ Y sé también que la misa, «la eucaristía pertenece al acontecimiento total cristológico que abarca no sólo la vida terrena de Jesús y su actividad, sino también la resurrección y la actuación del resucitado por medio de su Espíritu después de Pentecostés.»¹⁰

Así que continuar la misa en el mundo es animar la historia cristológicamente, asistidos por el Espíritu Santo que nos impulsa por la fe, nos anima por la esperanza y nos arma de la caridad. Celebrar la misa en la historia, en el mundo, es llenarla de los valores del Reino de Dios, esto es de vida plena y justa, de recuperación del misterio de lo sacro. De este modo los laicos hacemos presente en el mundo al Resucitado y a su Espíritu y podemos preñar la historia de la liberación y plena salvación. ☩



8 Javier Sicilia «La Bestia Apocalíptica y la Tecnología», en *Ixtus* N° 29. Cuernavaca, 2000. p. 34.

9 Cfr. Leonardo Boff. *Iglesia: Carisma y Poder. Ensayos de eclesiología militante*. Págs. 245-262.

10 Leonardo Boff. *Eclesiogénesis. Las comunidades de base reinventan la Iglesia*. Ed. Sal Terrae. Santander, 1979. p. 87.

Confieso que soy laico

Testimonio de una experiencia compartida

Rogelio Gómez-Hermosillo M.

Presidente del Instituto de Desarrollo Social (INDESOL)

Con la libertad de una invitación muy generosa de Luis del Valle, me atrevo a compartir estas reflexiones personales. Es testimonio de un camino que he recorrido junto con muchos otros, obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, pero sobre todo, laicos y laicas con quienes he compartido hasta ahora, un camino colectivo. Hablo de mí y de muchos otros laicos, hombres y mujeres, sobre todo de la generación nacida a fines de los 50 y principios de los 60s, que iniciamos nuestro apostolado como jóvenes. No puedo hablar por los demás, pero sí debo reconocer que estas reflexiones sólo son posibles hablando también de los demás, de lo que hemos vivido y lo que he aprendido con laicos y laicas como yo. Gracias a Dios, una de ellas, una mujer excepcional, laica comprometida, hoy es mi esposa y compañera en este proyecto de vida.

¿Existe la vocación laical?

En la Iglesia, incluso en la más avanzada y abierta, se sigue hablando de vocación sacerdotal y de vocaciones religiosas, pero pocas veces, se asume que exista una vocación laical. De hecho, todas las «pastorales vocacionales» funcionan para el «reclutamiento» de sacerdotes, religiosos y religiosas, pero dejan «libres» a quienes en el discernimiento descubren que no quieren serlo.

Por supuesto, que en todos los espacios eclesiales y movimientos, se cultivan diversas formas de acompañamiento y formación para el laicado, pero en términos generales, éstas no se consideran vocacionales.

Y sin embargo, es mi experiencia, junto con muchas otras, que en un momento definitorio de la vida, muchos laicos y laicas asumimos, libre y conscientemente, el seguimiento de Jesús, como proyecto de vida y como vocación.



El llamado

Si la vocación parte de un llamado, es evidente que muchos de nosotros tuvimos esta vivencia de encuentro e interpelación de Dios.

En mi caso, sin formación y experiencia religiosa fuerte previa; en muchos otros, aún con una experiencia familiar religiosa, todos hemos vivido el momento inicial, especial, de sentir un llamado y de asumirlo como tal.

Con inspiración en los textos del llamado de Moisés: «Ve, yo te envío a Faraón para que saques a mi pueblo de Egipto, el país de la esclavitud» (Ex. 3,1-15), de Isaías: «¿A quién enviaré?». «Aquí estoy mándame a mí» (Is. 6,8) y Jeremías: « (Jer. 1,4-10) y en ese acercamiento personal, de interpelación directa narrada en los evangelios: «Vengan y vean», «Sígueme» (Jn. 1,39; Lc. 5,4-11; 5,27-32) también nosotros hemos leído el sentido de nuestra vocación.

Aprovechando el carácter testimonial de este texto, y para hacer justicia a espacios que después «devaluamos» mucho al entrar a la Iglesia de los pobres, quiero reconocer que el primer momento de conversión y descubrimiento de Dios, vivo en la Iglesia, en su palabra y en la fracción del pan, lo viví en el Movimiento de Jornadas de Vida Cristiana (MJVC), mucho después descubrí en las CEB's y espacios similares, que otros compartían también esa experiencia.



Por supuesto, el llamado no se reduce a un momento —inicial y único— sino a diferentes momentos, parte de un proceso, que va decantando, enraizando y solidificando la respuesta vocacional al llamado de Dios.

El proyecto de vida

La vocación se concreta en un proyecto de vida. Independientemente de la profesión, el carisma y las distintas formas de ser y de actuar, los laicos «comprometidos» como se les denomina frecuentemente en la Iglesia, comparten una opción vital.

En nuestro caso, el proyecto de vida, tiene valores y criterios centrales: la opción por los pobres, el servicio como sentido del quehacer, la justicia como horizonte de las luchas y esfuerzos de cambio, la comunidad como espacio imprescindible de acompañamiento y vivencia de fe.

Se trata de opciones profundas, que inspiran las decisiones más importantes y trascendentes, las decisiones y opciones que influyen decisivamente en la vida de cada persona: en la selección de pareja, en la selección y el ejercicio de la profesión, en el número, el momento y educación de los hijos, en el lugar (barrio o colonia, ciudad, país) en que se vive, en la conservación y construcción de las amistades y en muchas otras decisiones, tanto cotidianas como trascendentes.

En este sentido, es evidente que laicos y laicas viven también una «vida consagrada», por supuesto distinta a la vida religiosa, pero que también implica renunciaciones y opciones. Un proyecto de vida que se vive con la fidelidad y la perseverancia exigida por Jesús en el evangelio, aún con las debilidades propias de toda opción humana (Lc. 9,62).

Formación teológica

Uno de los rasgos constitutivos de esta opción vocacional laical es que va acompañada de una intensa formación teológica, independientemente de la formación profesional que cada cual tiene. Quienes hemos tenido la experiencia de participar en equipos de pastoral, hemos hecho un esfuerzo serio de formación.

En nuestro país casi no hay mucho espacio para los teólogos laicos o en general para laicos con formación religiosa especializada y profesional, y sin embargo, existe una generación laical con una sólida formación bíblica, teológica y pastoral.

En la mayoría de los casos esta formación es autodidacta y producto de círculos de estudio, casi siem-

pre compartidos con sacerdotes, religiosos y religiosas.

Esta formación es una riqueza que fructifica en los movimientos y espacios eclesiales donde se posibilita su ejercicio de parte de los ministros ordenados, pero también es una de las fuentes de conflicto más agudas cuando por celos o inseguridad, éstos pretenden imponer su autoridad sólo para darse seguridad o mostrar su poder.

En muchos espacios de Iglesia se acepta la palabra de laicos «expertos» cuando se trata de ciencias sociales y humanas (sociólogos, economistas, antropólogos, psicólogos), pero lamentablemente muy pocos ministros ordenados y espacios eclesiales aceptan con agrado el aporte teológico, bíblico o pastoral de laicos y laicas (que no hayan sido a su vez sacerdotes, religiosos o religiosas).

Expresiones de espiritualidad

La vocación laical presenta rasgos de espiritualidad propios, aún cuando por supuesto, comparte las grandes tradiciones espirituales de la Iglesia en general y de la Iglesia de los pobres en particular.

Tres énfasis en la espiritualidad descubro en mi experiencia y en la de muchos otros compañeros: el encuentro con Dios en espacios y momentos cotidianos; la actitud de agradecimiento y contemplación en la vivencia familiar y la mística del compromiso en lo profesional.

«Yo hago oración en el periférico» nos contó una vez una buena amiga. «Yo me encomiendo a Dios antes de cada junta (de trabajo)» compartió otra persona. «Al levantarme y prepararme para ir a trabajar, me pongo en manos de Dios» me explicó otro compañero. En pocas palabras, en los momentos importantes, ante situaciones conflictivas, en la brega de cada día, muchos nos ponemos en disposición y contemplación del Dios de la vida. Creo que siempre con profundidad, sin rituales gastados y con un sincero intento de ser fieles a la voluntad del Padre.

Nuestra espiritualidad tiende a valorar mucho la familia: la relación de pareja y la relación de maternidad o paternidad, aún sin haber participado en movimientos de familia (el MFC, por ejemplo) o de parejas (Encuentros matrimoniales o conyugales). Esta aprecio profundo de la familia, se diferencia de otras, porque no sustituye o relega a segundo plano otras expresiones comunitarias. No se encierra en la familia y sí valora mucho tanto la relación conyugal, con todos sus aspectos y momentos, como la relación con los hijos e hijas. Muchas expresiones de cercanía con Dios Padre y Madre y con Dios Amor, se releen y se viven con gratitud desde la gozosa ex-

perencia de la familia, aún con todas sus imperfecciones.

Finalmente, es en el amplio espacio de la vida profesional, donde se expresa el compromiso emanado de la fe. Quienes tenemos la dicha de tener un ejercicio profesional con una clara y directa implicación social y política, podemos unificar y articular ambas dimensiones sin mayor distinción. Esto es lo que pretendo compartir en el tercer apartado de este artículo.

Hay que reconocer que aunque la vocación laical se alimenta de diferentes tradiciones de espiritualidad, quienes más han desarrollado los espacios, los métodos, los instrumentos y hasta las orientaciones prácticas son los jesuitas, y por lo mismo, la espiritualidad ignaciana es una de las más difundidas en estos espacios.

Laicos pastores

Aunque el Concilio Vaticano II y toda la doctrina eclesiológica y pastoral de la Iglesia postconciliar ubican el papel y función del laicado en «las realidades seculares y terrenales», «en el amplio campo de la vida profesional, económica, política, social, científica y cultural», es un hecho que las vocaciones laicales maduran y se profundizan, como vocaciones pastorales.

Los militantes activos de la Iglesia reconocidos son aquellos que viven y alimentan su fe en espacios y movimientos eclesiales, sean tradicionales o renovados, conservadores o progresistas. En nuestra generación, como jóvenes participamos en movimientos juveniles o espacios de pastoral juvenil, como adul-

tos fuimos animadores y asesores de CEB's y procesos de pastoral popular similares. Hoy que estamos en el «amplio campo de la vida profesional», ya no se nos reconoce la pertenencia activa, la «militancia» eclesial. Resulta paradójico, pero así es. Ese tema lo abordaré en el tercer apartado, aquí quiero retomar mi y nuestra experiencia en los espacios eclesiales.

El apostolado de los laicos

Mi primera expresión de respuesta al llamado de Jesús, fue mi incorporación al Movimiento de Jornadas de Vida Cristiana, como «apóstol». Es decir, como seguidor y enviado por Jesús a la evangelización de los jóvenes.

Con generosidad y gran entrega, muchos jóvenes asumimos las tareas de formación, organización, logística y relaciones necesarias para realizar Jornadas como parte del MJVC, para impulsar semanas de juventud en las parroquias, para animar retiros con grupos juveniles ya constituidos, para participar en encuentros diocesanos, regionales y diocesanos.

Aprendimos la metodología, estudiamos los temas, acudimos a innumerables reuniones de todo tipo y «salimos» hacia otros jóvenes para invitarlos a sumarse a espacios similares. Nuestra oferta era la incorporación a nuestro grupo o a un grupo similar. En contradicción con los objetivos «escritos» e ideales del MJVC y de la pastoral, la evangelización de los jóvenes generaba prioritaria y casi únicamente, jóvenes evangelizadores.

Visto en perspectiva, desde una historia colectiva, es evidente que este fue un momento «crisol», un momento crucial de definiciones y transformaciones, muchas trayectorias profesionales se redefinieron en

ese proceso; muchos traumas, pecados y limitaciones psicológicas se decantaron y generaron dinámicas más positivas; muchos asumimos opciones de «clase» que seguramente modificaron la trayectoria «natural» heredada de nuestras familias. En síntesis, muchos nos salvamos en esa etapa.

Laicos en un nuevo modelo de Iglesia

La experiencia en las CEB's constituye la matriz de mi formación y mi proyecto de vida. Así lo entendemos y lo valora-



mos quienes seguimos tratando de ser fieles al llamado y la vocación.

El nuevo modelo de Iglesia redimensiona y reubica los diferentes papeles y funciones y abre un espacio para que el laicado pobre asuma funciones muy importantes de liderazgo y animación y para que laicos y laicas «profesionistas», con otra formación y trayectoria de vida, asuman tareas de asesoría y conducción junto con los ministros y los religiosos y religiosas.

La preeminencia de la comunidad y la vivencia de la Iglesia como Pueblo de Dios posibilitan una dinámica de inclusión donde «cada cual con su taburete, tiene un puesto y una misión» (Canto de Entrada de la Misa Salvadoreña).

En las CEB's, laicos y laicas forman parte activa de los equipos pastorales desde el nivel parroquia hasta el nivel diocesano e incluso en los espacios de articulación regional y nacional. Esto genera una dinámica colegiada muy difícil de comprender y aceptar «desde fuera» y muy natural y defendida desde dentro. Para quienes no tienen la vivencia concreta, estos equipos e instancias colegiadas son muy amenazantes, ya que incluyen «demasiados» laicos y laicas, algunos de ellos, sin formación profesional ni expresión refinada.

En la articulación nacional de las CEB's, se reservó un lugar (4 espacios de 8 posibles) para los laicos y laicas «de la base», aún cuando en las primeras etapas, estos espacios no fueron ocupados. También tengo que testimoniar que fui el primer laico que ingresó al Equipo Nacional Animador de las CEB's ocupando el espacio de los «asesores», que en la práctica había estado reservado para sacerdotes y religiosas.

Carismas, ministerios y funciones

El nuevo modelo de Iglesia posibilita el florecimiento, la diferenciación y la complementariedad de los carismas, los ministerios y las funciones o tareas de cada persona. Laicas y laicos pueden ejercer y alimentar carismas de animación, de consolación, de enseñanza, de orientación, de interpretación, de contemplación en un modelo así. De hecho, en un proceso de adaptación y supervivencia, el conjunto de la Iglesia está aceptando el ejercicio y multiplicación de los ministerios laicales, para tareas ligadas al culto: el lectorado, la comunión.

Sin embargo, esto puede ser aún más amplio y se vive de manera más activa —aún sin la formalización del ministerio— entre los animadores de los grupos de base, los celebradores de la Palabra, los miembros de los equipos de pastoral e incluso, los promotores de los proyectos sociales y civiles (cooperativas, grupos de derechos humanos, equipos de salud).

Las laicas y los laicos asumen un conjunto de funciones antes reservadas a los agentes ordenados. No sólo en los aspectos sociales, sino también en espacios tradicionalmente cerrados: el culto, la animación de la espiritualidad, la formación religiosa, la conducción pastoral.



Esta dinámica no sólo abre espacios al laicado, también flexibiliza y abre opciones de ejercicio de diversos carismas y funciones a los ministros ordenados. Los sacerdotes ejercen funciones de nuevo tipo en los procesos de formación de agentes, en la animación de proyectos sociales y civiles, en la articulación, en una convivencia más sana con equipos de mayoría laical.

Tensiones, senderos y asuntos no resueltos

Evidentemente, lo anterior no está exento de conflictos. Tanto en los movimientos eclesiales como en las CEB's existe todavía una inercia clerical, que confunde el ejercicio de la autoridad con el autoritarismo y las tareas de los ministros ordenados con el monopolio de lo religioso.

Estas tensiones tienen fuentes muy diversas, existe una dimensión estructural de la institución eclesial a la que le cuesta mucho trabajo asumir la colegialidad, el ejercicio de la autoridad como servicio y

la presencia activa del laicado en la vida interna de la Iglesia en todos sus campos y dimensiones.

Por supuesto, también existe la tentación desde los espacios liberadores de enfrentar no sólo el autoritarismo sino todo tipo de autoridad, de confundir la colegialidad con democracia directa, de pretender la «igualdad» de todos los ministerios o de asumir tareas y funciones propias de los ministros ordenados.

En esa dinámica de «extremos» se sitúan las tensiones propias de todo cambio y marcadas también por la debilidad humana. Aún en el nuevo modelo de Iglesia existen prácticas y concepciones muy limitadas y contradictorias sobre el ejercicio del poder y la autoridad. De hecho, no existe una clara posición sobre el poder, lo cual genera múltiples tensiones y simulaciones.

Por ejemplo, existe una visión negativa del poder («los cristianos no pretendemos ni aceptamos el poder») que se combina muy bien con una concepción «idealista» («los cristianos vemos el poder como servicio»), las cuales son el mejor espacio para que en la práctica el poder se concentre y se ejerza sin limitaciones.

Por supuesto, también existen tensiones en torno a la castidad y a la pobreza. No está resuelto el tema del celibato obligatorio y por lo tanto, en esta sociedad convulsionada y cambiante, tan marcada por la permisividad sexual, los ministros ordenados están siempre en una situación muy difícil frente a su sexualidad.

Igualmente es importante reconocer que no está resuelto el tema de la austeridad y la pobreza por opción en combinación con la justicia laboral y el manejo de los bienes. Para los laicos, las renunciaciones y opciones son complejas, porque no existe una comunidad establecida de apoyo en los aspectos más básicos de la vida.

Y sin embargo, la búsqueda avanza y se abren caminos esperanzadores en los diferentes aspectos. Después de un movimiento hacia el extremo y la reacción opuesta, nuevas síntesis aparecen, sobretudo en el tema del manejo de bienes y en los espacios de participación y decisión colegiada sin menoscabo de la autoridad legítima al interior de la Iglesia.

La problemática y las limitaciones en torno a la concepción y práctica del poder en los espacios eclesiales y en la reflexión de la fe cristiana, tienen implicaciones en la participación en los espacios y movimientos políticos, que es la reflexión que propongo a continuación.

Fe y compromiso político desde los espacios eclesiales

Tengo el orgullo y la responsabilidad de haber asumido una función de liderazgo y orientación respecto al compromiso político de las CEB's en la década de los 80s y principios de los 90, cuando la generación anterior, la generación del gran cambio, de la génesis de la teología de la liberación y de los «Cristianos por el Socialismo» tenía sus opciones muy bien definidas y tenía pocos puentes con espacios eclesiales, con excepción de la diócesis de Cuernavaca y del papel profético y orientador de don Sergio Méndez Arceo.

Desde la vivencia de ese momento, que podemos esquemáticamente denominar «los 80s», para diferenciarlo de los procesos de fines de los 60s y 70s, quiero testimoniar que tratamos de construir una nueva síntesis de fe y compromiso político, con mayor valoración de los espacios eclesiales y con mayor articulación con los espacios sociales, civiles y políticos.

El horizonte de acción del compromiso político se concretaba en el impulso a los movimientos populares y en los 90s en la creciente articulación con dinámicas civiles como los centros de derechos humanos y los grupos ciudadanos por elecciones limpias, así como el redimensionamiento y comprensión de las dinámicas socioeconómicas como las cooperativas y proyectos productivos.

Los partidos políticos y la militancia partidaria eran dinámicas muy alejadas de la mayoría de los espacios eclesiales en los 80s, aunque algunos ya tenían presencia o identificación muy clara con grupos políticos ligados a movimientos populares, que cuajaron en organizaciones como el MRP y la ACNR.

Fue hasta el gran movimiento popular-electoral de 1988 y su secuela en la fundación del PRD, en que apareció con más fuerza —aun minoritaria en términos numéricos, pero significativa por su dinámica creciente— la relación y militancia partidaria.

La caída del socialismo real, pero sobretudo, la derrota del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en 1990 y el derrotero de las negociaciones de paz entre los movimientos armados de El Salvador y Guatemala generaron una crisis de proyecto histórico y obligaron a repensar el sentido de las prácticas sociales de liberación.

En México estos acontecimientos y procesos se conjugaron con un camino propio marcado por la lucha por la democracia en el periodo 1988-2000, que desde 1994 generó un nuevo actor y un nuevo polo

de referencia con el levantamiento indígena del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN).



Como creyentes, y tratando de ser fieles a las opciones asumidas por vocación, muchos nos incorporamos a dinámicas de la sociedad civil, a la observación electoral, a la promoción y defensa de los derechos humanos, a los movimientos de paz y de solidaridad con Chiapas. Muchos también pasamos por la experiencia de la construcción del PRD. En mi caso, asumí una candidatura a diputado en 1991 —año de la recomposición del PRI durante el sexenio de Carlos Salinas— que fue muy aleccionadora y que asumí como acto de congruencia con las reflexiones y orientaciones que habíamos construido en los espacios eclesiales en esos años.

Este aspecto tampoco está exento de tensiones y conflictos. Por una parte, están las contradicciones propias de las opciones políticas. Aunque no lo valorábamos así, es evidente que estas opciones son siempre discutibles, parciales y relativas.

Por otra parte, también existe una fuente de tensión propia de la distinción y la articulación entre las dinámicas y estructuras eclesiales por un lado, y las civiles y políticas por el otro lado. Esquemáticamente, en un polo se ubica la distinción y diferencia como total separación y aislamiento, en el otro polo se desdibuja la distinción y se asimilan e identifican las instancias y las dinámicas sociales, civiles y políticas con las eclesiales.

Palabras finales

Pasando el Encuentro Nacional de CEB's de 1992 en Cd. Guzmán salí del Equipo Nacional Animador de CEB's. En 1991 había dejado la dirección del Centro de Estudios Ecuménicos. En 1994 me incorporé de

lleno al proyecto de observación electoral y a la construcción de la Alianza Cívica, en la que pertenecía a la coordinación nacional.

Cada vez tuve menos oportunidad de estar en espacios de CEB's. Aunque nunca perdí el contacto, gracias a mi estancia en el CEE hasta 1996, a la Misión por la Fraternidad y a varios espacios compartidos con mi esposa, empecé a conocer y me acerqué a dinámicas de pastoral juvenil y emanadas de ella. En la Alianza Cívica y los movimientos ciudadanos compartí nuevamente con muchos compañeros de los procesos eclesiales. Esta experiencia de (re)encuentro y de proyecto común, en un espacio distinto, en la sociedad civil, alimenta muchas de las reflexiones que aquí he tratado de compartir.

Después del 2 de julio de 2000, decidí asumir una nueva responsabilidad y tratar de

incursionar en un terreno totalmente desconocido y novedoso para mí: la administración pública, ser funcionario del gobierno del cambio.

Supongo que habrá compañeros y compañeras que compartieron esta trayectoria, que no comprendan esa decisión. Sobretudo visto desde hoy, 18 meses después del inicio del nuevo gobierno. Lo bueno es que también he podido dialogar y reflexionar con muchos que sí lo comprenden y lo impulsan. Tengo la dicha inmerecida de gozar la confianza y estar presente en las oraciones de mucha gente.

Tratar de «dar razón de la esperanza» de estas recientes decisiones sería materia de otro artículo y muy probablemente de otro tipo de «cuaderno de Christus», más relacionado con el análisis de la transición, de los cambios en nuestro país y del compromiso político de los cristianos.

Por lo pronto, me animé a escribir este artículo para expresar que aunque discutible y cuestionable, estoy convencido que esta nueva responsabilidad se alimenta de las opciones y principios que han dado sentido a mi vocación y mi proyecto de vida: Ser un laico, creyente en el Dios de la Vida, parte de una historia compartida por muchos otros laicos y laicas, casado con una laica maravillosa y ejemplar. Amigo y compañero de obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, que admiro, que quiero y que tengo como guías y referentes. De quienes soy deudor de dosis inimaginables de cariño, de muestras de afecto, de enseñanzas vitales, de orientaciones profundas y constantes, de testimonios que me marcan con una exigencia que no logro corresponder y por supuesto, de incontables momentos de alegría y gozo. Por lo cual vivo dando gracias a Dios. ☛

Reflexiones sobre el apostolado de los laicos

Activismo y desgaste

José Sánchez Zariñana

Agente de pastoral juvenil, en estudios de doctorado en teología.

Todavía meses antes de venirme a Francia a hacer un doctorado en teología, estuve trabajando como director del Servicio Jesuita de Jóvenes Voluntarios, donde me tocó acompañar de cerca el crecimiento de estos muchachos que generosamente dan al menos un año de su vida al servicio de la gente necesitada de diversas partes de la República. Quizá muchos de ustedes saben que este servicio, con otro nombre, existe en diversos países del mundo, con prácticamente los mismos objetivos aunque los acentos sean diferentes.

Mi experiencia en este terreno vino a unirse a una experiencia de varios años de contacto con laicos que colaboran en diversos proyectos, o que forman movimientos o asociaciones: Comunidades de Vida Cristiana, grupos de jóvenes en las parroquias, Comunidades Eclesiales de Base, o grupos de maestros en el Instituto Cultural Tampico que, habiendo comenzado como comunidades de vida Ignaciana, fueron asimilados poco a poco a la agrupación de las CVX. Todos estos años de contacto con ellos han creado en mí la convicción de que los laicos no han acabado de explorar todo el potencial que tienen. Sin embargo, también hay algunos problemas detrás de la dificultad de un compromiso más decidido de los laicos en la Iglesia, y en particular con los más necesitados. Trataré de bosquejar los principales, y luego propondré algunas pistas de reflexión que podrían ayudar a desatascar un poco la carreta.

El activismo y el desgaste

Una primera problemática, que a mi modo de ver está tan extendida que parece una enfermedad incurable, es el activismo. Todos, en mayor o menor grado, sacerdotes, religiosos, laicos, padecemos esta especie de patología que no sólo no se resuelve, sino que amenaza con agravarse. Fenómeno extendido aún más en las grandes ciudades, donde la lucha por la supervivencia es el pan de cada día y donde las actividades laborales, familiares, relacionales, o incluso recreativas toman nuestro tiempo, nuestra energía, nuestro dinero. Corremos de un la-

do a otro, nos agitamos enormemente, y queremos aprovechar el máximo del tiempo disponible para tener la sensación de ser útiles, de estar vivos, o queremos disponer de nuestro tiempo para realizar nuestras metas, nuestros sueños, nuestros proyectos. Muchas veces ignoramos las motivaciones de nuestros actos, y la misma «fascinación de la actividad» nos hace creer que vamos por el camino correcto.

Hace poco viví muy de cerca esta absorción de lo cotidiano cuando acompañé a uno de los grupos de laicos que trabajan para la asociación «A los cautivos la liberación», asociación que trabaja por los «Sin domicilio fijo» y por las prostitutas. La reunión se tiene una vez cada mes y medio y se llama «revisión de vida». Consiste en tomar un caso de la vida real y reflexionarlo a partir del Evangelio. Nuestra reunión estaba prevista después de la comida, como a las 14h 30. Los miembros del grupo no quisieron tener la reunión fuera de su lugar de trabajo. Yo les dejé toda la iniciativa para que prepararan la reunión, pues me iban a proponer su modo de proceder. Comenzamos con un ejercicio de memoria para poder encontrar un caso concreto, de una persona de la calle o de una prostituta, que nos hubiera impactado particularmente. Después de seleccionado, aquella persona que había escogido el caso nos platicaba de ella con más amplitud. Hicimos preguntas al respecto, pero pronto las preguntas se mezclaron con las respuestas y las sugerencias personales para afrontar este problema. El siguiente paso fue buscar un pasaje del Evangelio o del Nuevo Testamento que pudiera hacer referencia a este texto. El tiempo pasó, pero no fue fácil encontrar el texto apropiado. Sugerí un texto, que podía tener alguna relación, y lo leímos juntos. A nadie se le ocurría alguna conexión. La inspiración no llegaba. Propuse pistas: Nada. Uno que otro hizo un comentario sobre el texto, más bien superficial. Terminé haciendo una reflexión entre el caso y el texto seleccionado.

No siempre se puede hacer una relación directa e inmediata entre la vida real y un texto evangélico. Pero a mi modo de ver, el problema no residía ahí; el problema estaba en la falta de distancia que la gen-

te tiene en relación a lo que va aconteciendo en su vida misma. Parece que la actividad, muchas veces poco discernida, invade de tal manera nuestra vida, que somos incapaces de hacer un silencio interior. Somos realmente incapaces de detenernos. Ya no somos capaces de preguntarnos si nuestras actividades son «ordenadas o desordenadas», como diría san Ignacio. Es decir, llega un momento en que estamos tan convencidos de que lo que estamos haciendo está bien, y somos entonces incapaces de cuestionar lo que hacemos para hacerlo mejor, o para cuestionarlo porque, en ocasiones, no estamos tan satisfechos en hacerlo, pero la inercia de la vida parece ganarlo todo. Las tensiones de la vida nos desbordan, y entonces preferimos dejar una solución para otro mejor momento, que nunca llega, o llega ya muy tarde. Este tipo de situación está muy extendida en los proyectos de solidaridad. Las urgencias son «tan urgentes», que ya no hay tiempo para la alimentación espiritual, que muchas veces, en el fondo, se considera como una «pérdida de tiempo», consciente o inconscientemente. Creemos que trabajando más, podremos resolver los problemas que se nos vienen encima.

Este problema no es reciente. Desde los años 50, en los análisis que se hacían sobre la labor de los laicos en la Iglesia, principalmente en la Acción Católica (estoy hablando ahora en particular de Francia), había la queja de la falta de fuerza espiritual, del activismo en el que habían caído los cristianos en sus compromisos, principalmente en los compromisos socio-políticos. Demasiado absorbidos por las urgencias del momento, muchos cristianos comprometidos se cansaron de esperar el cambio de la sociedad, o se desilusionaron de las instituciones o proyectos en los que estaban involucrados. Algunos dejaron la militancia en la Acción Católica y se dedicaron exclusivamente a la actividad socio-política. Ciertamente la subordinación impuesta por los obispos tuvo que ver en la separación de varios de sus miembros de las filas de los movimientos ligados a la Acción Católica. Pero, en el fondo, el desgaste y la falta de alimentación espiritual fue menguando sus esfuerzos y disminuyendo la calidad de sus aportes.



Atender las necesidades humanas y espirituales de nuestra gente

En la oportunidad que tuve de conocer varios proyectos de solidaridad en diferentes partes de México, como parte de la búsqueda de proyectos para los muchachos, me encontré con esta falta enorme de retroalimentación espiritual. Laicos agotados, con conflictos muy fuertes dentro de la institución, con poca renovación en el ámbito educativo, humano, espiritual, profesional. Gente realmente valiosa, gente realmente comprometida, gente que había dedicado muchos años de su vida por los niños de la calle, por los indígenas de la región, por los campesinos de la comarca. Sin embargo, parecía que el gozo y el entusiasmo con el que habían empezado el compromiso con la gente se había desmoronado, y el cumplimiento del deber parecía imponerse sobre la realización de la solidaridad en el gozo y en la sonrisa.



Me da la impresión de que los encargados de los proyectos de solidaridad no hemos sido bastante atentos a las necesidades humanas, familiares, espirituales, de los miembros que se han integrado a nuestro trabajo. Hemos creído que la actividad por sí misma, que de por sí, claro, reditúa enormemente en gozo, basta para satisfacer todas las necesidades humanas de nuestros agentes. Hemos olvidado que muchos de estos proyectos, al lado de todo lo que nos aporta la gente con la que colaboramos para su bienestar integral, nos proporciona también un sinnúmero de frustraciones. Los procesos humanos personales son lentos; los procesos colectivos y comunitarios lo son aún más, sin que estén garantizados necesariamente los avances logrados en años.

Un ejemplo simple para entender las frustraciones posibles puede ser el caso de un alcohólico, que durante años hemos ido acompañando en su largo proceso de reconstitución de su personalidad. Nos entusiasmos con sus intentos de salir del infierno del alcohol, lo vemos sobrio durante algunos meses, pero él mismo puede recaer, como muchas veces sucede, e irsenos en una congestión alcohólica en una noche de desesperación. Un trabajo, por ejemplo, como el que hago yo en este momento, con las prostitutas ilustra también este tipo de proyectos donde los resultados son de lo más inesperados. Nosotros tenemos reuniones en el equipo que trabaja con las prostitutas cada mes y medio, más o menos. Hace dos meses, tuvimos una reunión en donde hablamos del porcentaje de mujeres que dejan la prostitución. Entre nosotros estaba una hermana, que lleva 13 años trabajando en este terreno. Ella ha visto 2 mujeres salir de la prostitución. ¿Entre cuántas? Para darse una idea de la cantidad de prostitutas que encontramos, nosotros tenemos contacto cada semana con un número de mujeres que varía entre 18 y 25, de las cuales siempre encontramos entre 3 y 6 nuevas. Hasta el momento hemos conocido unas 70. Sólo en la mañana. Habrá que contar las de la tarde y las de la noche. De ellas, nuestra religiosa ha visto salir 2 en 13 años. ¿Cómo puede resistir la esperanza y cómo se puede continuar con alegría un trabajo similar en una situación donde el resultado es tan mínimo? Yo sé que se podría cuestionar el andar de la institución, cuyos resultados pudieran parecer irrisorios. ¿No se requerirá algo más para poder seguir saliendo en entrega total, los 3 ó 20 minutos que dura en general la visita?

Considero que el cristiano de hoy tiene que ser un místico. Un místico que tiene que estar enraizado en el Evangelio, de cara al Señor de manera vital y cotidiana, con una fe alimentada y probada contra todo tipo de frustraciones. Sin una fe purificada en comunidad, vivida en constante crecimiento y discernimiento personal y eclesial, alimentada por la oración, la eucaristía y todos los medios espirituales que estén a nuestro alcance, todo lo que creemos hacer por la gente se puede reducir a muy poco. «Yo soy la Vid, ustedes los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no pueden hacer nada» (Jn. 15, 5). Este para mí es un texto de mucha actualidad, que nos habla de lo que se espera de nosotros. Lo que debemos preguntarnos no es: ¿qué es lo que hacemos? ¿Qué actividades desarrollamos?, sino ¿Qué estamos transmitiendo? ¿Qué tipo de presencia estamos manifestando en medio de la gente con la que colaboramos?.

Estamos mucho más preocupados por la cantidad de actividades que realizamos, que por la calidad de las mismas, que en nuestro tiempo viene a ser lo esencial. La gente nos está pidiendo calidad de presencia de Dios en lo que nosotros somos, y no tanto en lo que estamos haciendo. Y la calidad de presencia sólo se adquiere en ese «cara a cara» con Dios, donde estamos fundamentalmente a la escucha de su Palabra, a la escucha de su voluntad, a la escucha de los signos que permanentemente nos está manifestando a cada día. Pero si no somos capaces de detenernos, de hacer altos para preguntarle: «Señor, ¿qué quieres hacer de mí ahora, con este muchacho, con Juan, con Panchita, con Nacho, en este asunto delicado, etc.?», entonces seguiremos repitiendo, de manera rutinaria una serie de gestos o realizando una serie de actividades que no dicen nada a la gente, o muy poco. El amor es fundamentalmente creativo, y el amor jala sus recursos más íntimos de la Fuente, de Aquél que nos sostiene y que, desde su visión universal e histórica, nos hace ir al fondo de nosotros mismos para sacar lo mejor a ofrecer a nuestro hermano. Perder creatividad, caer en la rutina, dejarse llevar por la inercia de la actividad, son signos de esta sequedad interior cuyo pozo hemos dejado secar, porque no hemos creído suficientemente en la riqueza de ese Pozo inagotable. Nuestras crisis, nuestros cansancios, nuestras desolaciones, tienen mucho de falta de fe. Lejos estamos de creer en las promesas de quien nos ofrece la vida, y ella en abundancia.

Los jóvenes, reflejos de nuestras búsquedas y de nuestras esperanzas

Un segundo fenómeno que constato en nuestros hermanos los laicos es la falta suficiente de fe en sí mismos, en el sentido de su colaboración en la misión de la Iglesia. Tengo que reconocer que no estamos en una época fácil, que la llamada «caída de las utopías» ha afectado grandemente la manera de situarse, por ejemplo, de las nuevas generaciones de jóvenes. Las fallidas promesas de la modernidad y el fracaso por lo menos actual del ideal de la revolución realizada en nuestro continente nos ha dejado un poco «huérfanos de ideales», al menos de ideales de largo alcance y de larga duración. Un sector que muestra bien los síntomas de la época es la juventud. El joven, por cuestión de auto-conocimiento y de búsqueda de sí mismo, se repliega en sí mismo; pero esta búsqueda de su yo, en la sociedad moderna, puede prolongarse en un individualismo de mal agüero.

Afortunadamente, los hechos muestran que existen jóvenes que no han sido del todo tragados por la dinámica del poseer o del poder, y que contrariamente a lo que piensa mucha gente de ellos, los jóvenes de la generación actual pueden ser muy generosos. Sin embargo, necesitan ver mucho más claro los objetivos perseguidos, los plazos en que estos objetivos serán cubiertos, y resultados de alguna forma tangibles. Las generaciones de ahora son quizás menos soñadoras, pero no por ello menos comprometidas. Yo no estoy tan seguro que las generaciones actuales estén más tentadas por los placebos que ofrece la sociedad de consumo actual, que las precedentes. El impulso que los jóvenes tienen al crecimiento, a la maduración, al descubrimiento existe, aunque ciertamente éste es diferente. Los compromisos pueden ser fuertes, pero son más cortos. Asistimos sin embargo al fenómeno de personalidades más complejas, más problematizadas por las situaciones familiares de divorcio, de problema de empleo, de conflicto en la familia, de falta de comunicación en el seno de la misma. Los jóvenes tardan más ahora en alcanzar la madurez, y al mismo tiempo atraviesan experiencias múltiples de manera precoz. La sociedad y las cosas evolucionan a una rapidez inesperada, y las adaptaciones a las nuevas exigencias no siempre van al ritmo de los cambios. Esto genera una sensación de inseguridad psicológica, que hace que el joven no encuentre fácilmente «su lugar» en la sociedad y en la historia. ¿Facilita esto que su existencia tenga «densidad», un peso significativo en la dinámica de una comunidad o, al menos, de una familia?

Salir al encuentro del otro. Entre más diferente, mejor

Con todo, los jóvenes muestran ahora algo que afortunadamente no ha dejado de faltar y que sigue siendo signo de esperanza: una sensibilidad aguda por el sufrimiento de sus hermanos los más pobres. Aquí es donde veo que se dibuja el futuro de la Iglesia, digamos desde hace cuarenta años, pero que en la Iglesia occidental europea ha tenido dificultad de insertarse; la Iglesia no se puede renovar si no está comprometida con los pobres. Y para comprometerse con los pobres, el origen social no es un factor

determinante para juzgar sobre la capacidad o incapacidad del muchacho o muchacha para comprometerse. He constatado en el conocimiento que he tenido de los jóvenes de múltiples orígenes sociales que llegan a buscar servir en el Servicio Jesuita de Jóvenes Voluntarios, pero también en los servicios sociales en un colegio, el Instituto Cultural Tampico, que el origen social tiene que ver en lo que el joven es ahora, pero la juventud tiene la gran ventaja de la maleabilidad y de la adaptabilidad a las diferentes circunstancias que se le presentan.



El joven no es muchas veces responsable de su pasado, de sus orígenes, de su historia; pero sí lo es de su futuro. Al paso de los años, los jóvenes que he tenido oportunidad de encontrar de nuevo, que participaron en la experiencia de un año ofrecido al servicio de los pobres, siguen en búsqueda. Ciertamente no fue fácil para ellos readaptarse a su ambiente una vez que regresaron de la experiencia. Sigue siendo todo un reto el acompañamiento posterior a la experiencia. El otro día platicaba con un jesuita catalán, que me decía que en España no hay jóvenes que se animen a ir al Chad, a un país del Tercer Mundo, o que se abran a lo que él llama una «experiencia fundante». Cuando le decía que uno de nuestros principales problemas era el acompañamiento después de la experiencia, me decía: «En España sobran personas para acompañar a los muchachos; lo que no hay son muchachos que se avienten». Lo que yo recupero de los pocos años que estuve acompañando a estos jóvenes, es que hay tantas cosas que se remueven en su interior en el encuentro con los pobres, que no alcanzan a asimilar y a trabajar toda esta experiencia, de modo

que puedan proyectarla debidamente hacia el futuro. Yo me pregunto, por otro lado: ¿Qué tanto tiempo realmente estamos dispuestos, nosotros los agentes de pastoral o los animadores de los jóvenes, a dedicar un buen tiempo a la asimilación de esta experiencia? Aquí es donde nos volvemos a topar con pared en esta sociedad que se mueve a una velocidad vertiginosa, sin que sepamos dar respuesta a la «fascinación de la actividad».



Lo que no pongo en duda, es que la experiencia de encuentro con los pobres, al menos como una experiencia de contraste que ayude a los jóvenes a abrir los ojos a nuevas realidades, a plantearse las preguntas de su existencia, de la utilidad y del futuro de sus estudios, es por demás necesaria y formativa.

Sin embargo, esta experiencia no es exclusiva a los jóvenes: a mi modo de ver, los laicos en general deberían pasar por una etapa en donde, en mayor o en menor grado, por un tiempo más o menos prolongado, puedan dar un servicio a personas en necesidad. Y esta idea no es sólo para lo que podríamos llamar «clases medias», o «clases altas». Tengo muy presentes dos experiencias que me tocó vivir con jóvenes de los suburbios. Un grupo que me tocó acompañar, de un promedio de 16-17 años, quedó profundamente impactado al conocer la realidad de un asilo de ancianos. Era un coro, que estaba acos-

tumbrado simplemente a cantar en la pequeña capilla de la Iglesia de su barrio, pero que, aparentemente, no tenía ojos para ver otro tipo de sufrimiento, ni había tenido aparentemente corazón para conmoverse ante la realidad de un sufrimiento con el que no estaban acostumbrados a lidiar. O aquel grupo también del suburbio, ya de gente comprometida en cierta medida con su comunidad, que quedó también impactada ante el contacto con gente de un hospital psiquiátrico, y que mostró un interés particular en seguir estas visitas después de ese primer encuentro. Desgraciadamente, estas dos experiencias no tuvieron un seguimiento apropiado, y los buenos deseos se quedaron en meras buenas ideas que no alcanzaron a concretarse.

El contacto con los pobres no es sólo un medio de renovar la Iglesia. No es sólo, aunque sí principalmente, la solidaridad con el doliente simplemente por ser él un ser humano y un hermano que necesita de mí y al que puedo servir en un momento dado. La labor de Samaritano se impone siempre y queda como un llamado que cuestiona nuestras vidas a todo momento. En el servicio a nuestros hermanos en el dolor, nuestra propia dimensión personal se revela de manera más transparente. Nos descubrimos a nosotros mismos más fácilmente en esas situaciones de reto, y aprendemos a valorarnos y a valorar lo que somos y tenemos delante de aquellos que no tienen dónde reclinar la cabeza. Más profundamente, descubrimos nuestro ser social, nuestro ser una humanidad «una». La mundialización ha traído muchos cambios en las relaciones entre los países y entre las personas, y los desequilibrios no los hemos acabado de controlar. Lo que sí resulta evidente, es que la conciencia de una única humanidad, la conciencia de que nos jugamos de ahora en adelante nuestro futuro como planeta puede hacernos caer en la cuenta de que nos necesitamos, y de que no hay salida para un sistema que sostenga el individualismo como forma de vida. La realidad casi nos obliga a abrirnos para subsistir. ¿No será ello una manera de hablarnos que tiene Dios, que nos va mostrando la interdependencia necesaria de unos y otros para la subsistencia? ¿Por qué esperar a que llegue lo inevitable para actuar? ¿Por qué no participar del gozo de todos aquellos que han encontrado que «hay más alegría en el dar que en el recibir», y que descubren la dimensión social como una dimensión de lo más enriquecedora de la experiencia humana y cristiana? ¿Por qué no vivir hoy, aquí, con los pequeños, el espíritu de las Bienaventuranzas?

12 de junio de 2002.

París, Francia ☐

La discusión postconciliar sobre el papel del laico en el mundo y en la iglesia

Raquel Pastor

Investigadora del Centro Antonio Montesinos y de CENCOS

Introducción

En una reciente investigación biográfica encontré, en los primeros años que siguieron al Concilio Ecu­ménico Vaticano II, un periodo apasionante de la Iglesia Católica en el que jugaron un papel protagónico los laicos:

En 1967 el Papa Pablo VI creó el Consejo de laicos en Roma con la finalidad de «poner un organismo de la curia romana al servicio del apostolado de los laicos en el mundo.»¹ Con esta iniciativa se intentó responder a lo planteado en el Decreto sobre el Apostolado de los seglares (*Apostolicam actuositatem*) No. 26, del Concilio Ecu­ménico Vaticano II.²

Para José Alvarez Icaza, miembro mexicano del Consejo, éste «En general promovió la vida de los laicos en toda la Iglesia. Fue en su tiempo importante porque fue la continuación de la actividad laical después del Concilio... Eran épocas en que se tomaba en cuenta esta actividad... (y en el Consejo) tratábamos de que el laico tuviera un lugar en la Iglesia pe-

ro definido, que tuviera participación en las decisiones eclesiásticas. Formamos un dicasterio con la Santa Sede. (Y) trabajamos junto con los presidentes de todas las conferencias episcopales para los asuntos de los laicos.» (Entrevista a José Álvarez Icaza)

El mismo año, apareció la encíclica *Populorum Progressio* y tuvo lugar el III Congreso Mundial sobre el apostolado de los laicos, tema al que dedicaremos el presente artículo.

En 1968, apareció la encíclica *Humanae Vitae*; comenzó la labor en defensa de los derechos humanos por parte de diversos sectores eclesiales en algunos países de América Latina; se llevó a cabo la III Asamblea General del Episcopado Latinoamericano en Medellín; y, en México, el movimiento estudiantil fue brutalmente frenado con la matanza de Tlatelolco.

Finalmente, en 1969 se llevó a cabo el Congreso Nacional de Teología «Fe y Desarrollo» que ha sido considerado como la cuna de la teología de la liberación en México.

En este contexto llama la atención la presencia y participación de los laicos en la dinámica eclesial y social. Incluso podría decirse que se antoja envidiable. Para muestra decidimos exponer en este artículo el cambio en la concepción del laico que significó el Concilio, las preocupaciones de éstos y algunas dificultades para aplicar los lineamientos del magno evento.

El laicado en el Concilio Ecu­ménico Vaticano II

En el Código de Derecho Canónico de 1917 específicamente se plantea que el término lego o laico se opone al de «clérigo», se trata de «la persona bautizada que no pertenece al estado clerical ni a la jerarquía eclesiástica». El Canon 527 advierte que los legos son «inferiores en dignidad a los clérigos» pero que tienen derecho a recibir, de los clérigos, los bienes espirituales y los auxilios necesarios para la salvación.

1 (Laicos en el tiempo de hoy No. 1. Año 1. Boletín del «Consilium de Laicis». Vaticano, Junio 1968, p. 3)

2 En dicho documento se ordena crear en las diócesis, las parroquias y los ámbitos interparroquiales, interdiocesanos, nacionales e internacionales, consejos en los que cooperen clérigos, religiosos y seglares para llevar a cabo la obra apostólica de la Iglesia, tanto en el campo de la evangelización como en el de la acción social. Estas instancias pueden servir para coordinar las asociaciones y obras seglares «respetando siempre la índole propia y la autonomía de cada una». En particular, el Decreto ordena que la Santa Sede establezca un Secretariado especial para servicio y desarrollo del apostolado seglar «como centro que, con medios adecuados, proporcione noticias de las varias obras del apostolado seglar, fomente las investigaciones sobre los problemas que hoy surgen en este campo y ayude con sus consejos a la jerarquía y a los seglares en las obras apostólicas.» En este Secretariado deben intervenir los movimientos y obras del apostolado seglar existentes en todo el mundo. Deben cooperar también los clérigos, los religiosos y los seglares.

Como se puede ver, en el derecho canónico anterior al Concilio, los laicos son sólo objeto de ministerio de los sacerdotes, son pasivos. Si bien aproximadamente 40 cánones están consagrados a los laicos (can. 682-725), éstos únicamente se refieren al tipo de organizaciones a las que pueden ingresar, esto es, asociaciones de piedad, terceras órdenes, cofradías, etc. No se habla de la Acción Católica, organismo mucho más importante que las asociaciones de piedad y en el que los laicos son esenciales.

Según el teólogo dominico Ives Congar, desde la primera mitad del siglo XX la visión unilateral de la Iglesia comenzó a experimentar un cambio profundo. En ello influyó, además de la Doctrina Social de la Iglesia que impulsó el Papa León XIII, el movimiento litúrgico que promovió el Papa Pío X.

«El movimiento litúrgico ha sido el primer foco de una toma de conciencia remozada acerca del misterio de la Iglesia y del carácter eclesiológico del laicado. Esto condujo a una renovación de la teología y de la espiritualidad del matrimonio cristiano, gracias a la cual, más allá de las disposiciones jurídicas que lo reglamentan, el matrimonio aparece como la constitución de una célula de la Iglesia.» (Congar p.8)



Para este autor, ambos elementos, la DSI y el movimiento litúrgico, dieron lugar, en el periodo que está entre las dos Guerras Mundiales, a la Acción Católica.

Resulta interesante advertir que en la década de 1930 comenzó a imponerse un concepto de Iglesia como «cuerpo místico de Cristo» que consideraba que los laicos formaban parte y hacían la Iglesia. «Se comenzaba a redescubrir que la Iglesia debía también hacerse y hacerse por sus miembros.» (Con-

gar p.72) Esto significó, por parte de algunos laicos, cierta simpatía por el mundo.

Congar afirma que antes de la primera posguerra únicamente se utilizaba la palabra «eclesiástico» como calificativo de la Iglesia, lo cual la reducía al aspecto clerical. A partir de la guerra se comenzó a utilizar la palabra «eclesial», que hace referencia al «Cuerpo Místico de Cristo» o al pueblo de Dios. Por ello el término eclesial:

En síntesis, para Congar, los factores que propiciaron este profundo cambio son: el ecumenismo, la actividad del laicado, el resurgimiento del pensamiento escriturístico y patrístico y las nuevas formas de pastoral. (cfr. Congar p.75)

Sin embargo, es hasta mediados del siglo XX cuando se acepta que los laicos: ejercen acciones sagradas, pertenecen al pueblo de Dios y, como tales, tienen acceso a las realidades celestes de la misma manera que los clérigos y los monjes. Se asume que no viven exclusivamente para las realidades celestes y que su competencia en las cosas sagradas es restringida, sin embargo, se considera que «están llamados a realizar la obra de Dios en el mundo» (Congar p.38), esto es, en la historia. Hay inclusive quien considera que esta función es imprescindible para que la Iglesia realice su misión plenamente.

Como se recordará, durante mucho tiempo existió en la Iglesia Católica una corriente que, prácticamente opuso el cristianismo con el «mundo». Se trata de una visión donde a la noción de Reino de Dios se le da una connotación escatológica y a la de «mundo» una negativa. Esta visión coincide con el protestantismo de Lutero y de Barth y dió lugar precisamente al monaquismo, que representa el desprecio total del mundo; éste no tiene referencia alguna con el concepto de «Reino de Dios». El Concilio Ecuménico Vaticano II representa una ruptura con esta idea.

Varios autores han advertido que en el Concilio se enfrentaron dos concepciones antagónicas sobre la Iglesia en el mundo determinante para discutir la misión de los laicos: unos suponían que la Iglesia no se identifica con el mundo aunque está en el mundo; otros tendieron a mundianizar la Iglesia: «.. la Iglesia, convertida ya en mundo, se presupone acreedora de todas las prerrogativas del mundo: el poder, el

dinero, la fuerza... La Iglesia se convertirá en el espacio privilegiado de todas las ambiciones humanas, sin dejar posibilidad de apelación superior, ya que ella misma es, también, una nueva instancia superior.» (González Ruiz, José María. «El Vaticano II: Reforma y restauración» en *El Vaticano II, veinte años después*. cit. en Lambert p.55)

Como quiera que sea, en los documentos que resultaron del Concilio, la Iglesia asumió una visión optimista del mundo, particularmente del mundo moderno. Algunos pensadores que ejercieron fuerte influencia en esta posición son: el P. Teilhard de Chardin, el P. de Saint-Seine, Mons. de Solages, el P.M.I. Montuclard y G. Thils. Todos ellos percibieron cierta continuidad entre el mundo y el Reino de Dios.

En este sentido, siguiendo las reflexiones de Sigranyes de Franch —auditor laico en el Concilio—, se puede decir que son dos las ideas claves que presiden la elaboración doctrinal del Concilio en materia de teología del laicado: primera, que *los seglares son parte esencial del Pueblo de Dios*, lo que significa que son parte de la Iglesia tanto como el clero; y segunda, *el reconocimiento del carácter normalmente laico (secular) del mundo actual*.

Desde esta perspectiva, al laico le corresponde «perfeccionar» el mundo de acuerdo a la voluntad de Dios. Podemos decir que el laico «ideal» de acuerdo al Concilio Ecuménico Vaticano II sería aquel que: se concibe como perteneciente a la Iglesia, «Pueblo de Dios»; en igualdad de dignidad que el clero... pero con distintas funciones. A él o ella incumben de manera especial los asuntos temporales pero también participa en asuntos eclesiales y espirituales. A través del ejercicio de su profesión, en su familia y en su sociedad busca aproximar el «Reino de Dios» pero asume la autonomía del mundo respecto a la religión y a la «moral. Se organiza; coopera con la jerarquía eclesial pero asume la responsabilidad en la dirección de organizaciones y en la planificación de actividades apostólicas. Es misionero; procura el crecimiento de la Iglesia y su santificación; se forma como creyente y como ciudadano; otorga un valor especial a la vida matrimonial y familiar; busca, a través de su desempeño profesional y su vida secular en general, que los bienes estén al servicio de todos. Para ello es un miembro activo en su comunidad, propone iniciativas de cambio; busca soluciones a sus problemas sin depender completamente de sus pastores. Por otro lado, procura transformar las estructuras y los ambientes que no corresponden con la justicia; procura aceptar y obedecer a sus pastores pero ejerce su derecho u obligación de manifestar su parecer respecto a la Iglesia a

través del diálogo respetuoso. Con la finalidad de incidir en la realidad social, se apoya de la ciencia más que en planteamientos doctrinales para comprenderla. Asume dentro de sus actividades apostólicas, la acción social, respetando la libertad y la dignidad de la persona que auxilia; cumple con las exigencias de la justicia e intenta suprimir las causas de los males: organiza los auxilios de tal forma que quienes los reciben se van liberando de la dependencia externa y se van bastando por sí mismos. Intenta superar sus defectos; trabaja porque se reconozca el derecho de todos a la cultura y a su ejercicio efectivo; promueve la dignidad humana; participa en organizaciones políticas, donde da ejemplo y desarrolla el sentido de responsabilidad y de consagración al bien común; procura la educación cívica y política del pueblo; trabaja por la cooperación y la construcción de un orden internacional en el que los cristianos apoyen eficazmente a las naciones que sufren; hace presente a la Iglesia para que contribuya a la consolidación de la paz y a la convivencia fraterna entre los hombres y los pueblos; colabora con instituciones internacionales de inspiración cristiana para apoyar a católicos y no católicos; participa en las obras internacionales de apostolado; proporciona cooperación económica y social a los pueblos en vías de desarrollo; contribuye en las universidades para el conocimiento de los pueblos y las religiones con la finalidad de lograr una mejor colaboración entre creyentes y no creyentes; participa activamente en la liturgia, se educa para ello y reza el Oficio Divino.

Según Camilo Maccise, a pesar de estos cambios en la eclesiología, la práctica no corresponde al discurso, de manera que permanece el clericalismo. Veamos si esto es cierto a través del III Congreso Mundial para el Apostolado de los Laicos.

III Congreso mundial para el apostolado de los laicos. El ambiente en el laicado inmediatamente después del Concilio Vaticano II

Del 11 al 18 de octubre de 1967 tuvo lugar en Roma el III Congreso mundial para el apostolado de los laicos en el que participaron alrededor de 3,000 personas. Fue organizado por el Comité Permanente de los Congresos Internacionales para el Apostolado de los Laicos (COPELIAL) (que a fines de 1969 fue absorbido por el Consejo de los Laicos) y coincidió con el I Sínodo de Obispos. Esta coincidencia dio lugar al contacto directo de los laicos con la jerarquía a través de representaciones recíprocas. «Hubo una comunicación cordial pero formal», según Jorge Me-

jía. (Jorge Mejía, en *Criterio* (Argentina), 23 noviembre 1967)

El Congreso fue calificado por el jesuita Giuseppe de Rosa, como uno de los acontecimientos más significativos de la época posconciliar. (Giuseppe de Rosa, en *La Civilitá Católica* 1967, Cuaderno 2818); hubo quien lo consideró un evento «capaz de dar una dimensión nueva a la historia cotidiana del Pueblo de Dios...» (Mons. Scabini. *Los Laicos, hoy*. No. 4-5. P. 110). También un observador-consultante de Grecia, Hamilcar Alivisatos, lo describió como:

«... una manifestación mundial de los resultados reformadores del Concilio Vaticano II. Era a la vez —agregó— un ejemplo de las tendencias liberadoras y reformadoras que reinan ya en toda la Iglesia católica romana. Dio el ejemplo, por una parte, de una entrega reflexiva y consciente del pueblo con respecto a la Iglesia y, por la otra, de un cambio de actitud libre y consciente en los ambientes eclesiales. Y esto no solamente testimoniando un simple interés por los grandes problemas de la Iglesia, sino tomando la iniciativa de proponer soluciones y realizando actos en extremo reformadores en la vida de la Iglesia.» (Hamilcar Alivisatos. *Ekklesia*, (revista oficial de la Iglesia de Grecia) XLV, 1968)

¿Qué sucedió en este evento? ¿Porqué hablar de actos en extremo reformadores de la Iglesia?

Durante la preparación del Congreso se percibió que numerosos congresistas tenían encontrarse ante un «congreso prefabricado» en el que no fuera posible expresarse libremente. Por ello se subrayó la importancia de asegurar un verdadero diálogo, de manera que no se impidiera, «incluso», hablar de democracia en la Iglesia.

Ciertamente, la libertad de expresión en el Congreso causó en algunos una grata sorpresa pero en otros, espanto, y con razón, ya que, entre otras cosas, se pidió al Sínodo de Obispos ir más allá de la legislación sobre los matrimonios mixtos; se estimó que la moral católica debía ser repensada frente a las situaciones de injusticia, incluso se dijo que una ética de la revolución tenía que ser red-

cubierta y reformulada por los teólogos; padres y madres de familia expresaron firmemente su convicción sobre el problema de la regulación de nacimientos. Pero la petición planteada con mayor fuerza y amplitud fue la de participar, como laicos, en las responsabilidades inherentes a la misión de la Iglesia a todos los niveles, desde la parroquia hasta las comisiones y las congregaciones romanas.

La libertad de expresión fue considerada por muchos como un signo de salud espiritual y de responsabilidad y madurez de los laicos pero no significó lo mismo para todos. La Sra. Violaine Monsarrat, Observadora-consultante de la Federación Protestante de Francia, como muchos otros, calificó de impacientes a los laicos católicos en sus intentos por renovar la vida y el testimonio cristianos. «El uso frecuente de la expresión 'transformar las estructuras' y de la palabra 'democrático', traducen este espíritu.» dijo. (*World YWCA Monthly*, febrero de 1968). En cambio, su compañero, de la misma Federación, Roger Grossi,, se mostró sorprendido por «la calidad de los laicos presentes, su seriedad, sus conocimientos, su libertad de expresión, su sentido apostólico, su impaciencia, su deseo de renovación de la Iglesia, su abertura a los problemas concretos del mundo, su sentido de la unidad de la Iglesia, su respeto al Magisterio, su visión de una Iglesia servidora y pobre, su esperanza.» (Cit. en *Los laicos, hoy*. No. 4-5. Diciembre 1969. p. 118)



La jerarquía católica, por su parte, también reaccionó de diversas maneras. El obispo de Livorno, Emilio Guano, advirtió que la pasión de algunos laicos debía explicarse considerando la renovación de la Igle-

sía en situaciones sociales muy graves. De ahí que, para él, los congresistas de América Latina hubieran sido de «los más explosivos». Dentro de los motivos que mayor conflicto causaron estuvieron, según el mismo obispo, la percepción de los congresistas de Asia y África de que Occidente se imponía incluso en las cuestiones religiosas; y, precisamente, el tema de las relaciones entre los laicos y la jerarquía. Para explicarse este último asunto, Guano planteó que «los laicos han redescubierto recientemente su posición y su responsabilidad en la Iglesia» pero también reconoció que «la actitud del clero y de la jerarquía, especialmente en ciertas regiones, ha estado y está ligada a tradiciones históricas, a manifestaciones externas, quizá también a intereses, que no han facilitado ni facilitan el fraterno acercamiento con el laicado.» (Entrevista con Mons. Emilio Guano en *La Settimana*, Livorno, 5 de noviembre de 1967)

También el jesuita Giuseppe de Rosa explicó los debates, el tono «impaciente» y la naturaleza de las peticiones que los laicos dirigieron a la jerarquía, por la participación de los laicos en los problemas sociales de entonces. Sin embargo, cuestionó la manera de ver y de afrontar dichos problemas por su «corte demasiado 'laico', demasiado 'profano' y no suficientemente cristiano y evangélico.» (Giuseppe de Rosa, S.J., en *La Civiltà Cattolica*, 1967, Cuaderno 2818)

Como es de suponer, el tema de los laicos estaba estrechamente vinculado con los lineamientos del Concilio Vaticano II, esto es, la pertenencia en igualdad de dignidad en la Iglesia y la acción transformadora en el mundo. En ese sentido, los obispos reunidos en el Sínodo plantearon lo siguiente:

«... los laicos tienen que cumplir una función irremplazable... Los hombres de este tiempo deben oír proclamar la Buena Nueva de la salvación con palabras y actos... Proclamar el Evangelio, tener especial consideración para con los hombres más pobres, ser los artesanos del desarrollo, atestiguar el amor fraternal, asegurar la reconciliación entre los cristianos, trabajar por la restauración de la paz social e internacional, ¿no son éstas tareas de primera importancia para un cristiano? Por su palabra, su vida y sus actos, el Pueblo de Dios debe dar testimonio de la fe de la cual es portador. El mundo en el que vive y al cual es enviado, debe poder descubrir a través de la Iglesia el sentido profundo y último de su historia: restaurar todas las cosas en Cristo.» (Carta en nombre de los Padres de la primera asamblea del Sínodo de los Obispos cit. en *Los laicos*, hoy No. 4-5.

Boletín del «Boletín del 'Consilium de laicis'.»
Diciembre 1969. p. 101)

En la misma línea, en el documento a discutir durante el Congreso, los organizadores plantearon:

«deseamos responder a lo que constituye la 'característica propia del laico', ... que es 'ser ciudadano del mundo, ocuparnos de las cosas terrestres, adentrarnos en los dominios del estudio y de los intereses temporales', para contribuir en el campo de nuestra propia competencia a la 'consecratio mundi'.» (Cit en *Ibid.* P.105)

Raymond Brechet definió muy bien la posición de los laicos militantes después del Concilio: «En nuestros días, después de Vaticano II, el laicado católico se siente responsable: hacia la humanidad, a la cual quiere recordar que la Iglesia 'está verdaderamente comprometida en las preocupaciones temporales'; hacia el clero y la jerarquía, a los cuales desea manifestar su voluntad de participar en las responsabilidades de la Iglesia y de su misión (los laicos, según la expresión de Kerstiens, se sienten más que 'niños buenos').» (Raymond Brechet en *Les Etudes*, (Francia, 1967, pp. 680 y ss.)

Como se puede ver, hubo cierto consenso respecto a la relación laicado-mundo. Sin embargo, no sucedió lo mismo ante el tema de la participación del laico al interior de la Iglesia.

La finalidad del Congreso fue, precisamente, la aplicación integral de la doctrina y, sobre todo, del espíritu del Vaticano II. Los énfasis se pusieron en la misión del laico y la Iglesia en el mundo y en el tema del diálogo en el interior de la Iglesia. Para esto último, se encargó a un abogado, Vittorino Veronese, y a un profesor, Ramón Sugranyes, un estudio al respecto.³ En él se destacó la necesidad de crear en la Iglesia todo un sistema de comunicación vertical y horizontal y atender la representación institucional de los laicos en los Consejos previstos en el decreto «*Apostolicam actuositatem*», n. 26, para los diferentes niveles: parroquial, interparroquial, diocesano, interdiocesano, nacional y mundial. Se propuso contemplar nombramientos de diferente tipo: desde arriba, por elección directa y la representación de formas de apostolado individual.

El Memorando que el Comité organizador presentó al Congreso y al Sínodo de los obispos planteó que muchos laicos deseaban participar en la elaboración de las orientaciones y asociarse efectivamente a las

³ Resulta interesante notar que, a diferencia del II Congreso Mundial para el apostolado de los laicos, en el que se encargaron los «documentos de base» a un obispo, Gérard Philips, esta vez se encargaron a dos laicos.

responsabilidades de la Iglesia y que para lograrlo, se intentaría establecer los medios de comunicación necesarios que permitirían desarrollar un proceso de consultas y de información. Señalaron que la participación, tanto de la jerarquía como del laicado, debería estar sometida a las siguientes condiciones:

- la creación de estructuras representativas en los diferentes niveles de la Iglesia;
- expresar a través de estas estructuras la voz del Episcopado y la del laicado;
- designar por votación a los laicos para estos organismos; y
- que las estructuras fueran eficaces.

Cuando la Sra. J. Shields, presidenta del Consejo Nacional de Mujeres Católicas en Estados Unidos y miembro de la Presidencia del Congreso, presentó el Memorando a los obispos reunidos en el Sínodo, dijo que las estructuras, para ser verdaderamente eficaces, debían, además de ser restablecidas en todos los niveles de la Iglesia, ser representativas del pueblo de Dios y «democráticamente establecidas».

El tema de la democracia en la Iglesia, planteado por la Sra. Shields pero abordado también en la Resolución n. 8 del Congreso, suscitó diversas reacciones, por lo cual se acordó encargar su estudio y profundización al Consejo de los Laicos.

Durante el mismo Congreso las votaciones que hubo que llevar a cabo fueron democráticas aunque fue muy cuestionada la representatividad de los participantes. Para los señores Domingo y Matilde Quarracino, de Argentina, América Latina no fue fielmente expresada y agregaron:

«Tampoco las instituciones apostólicas actuales parecen responder a la mayor parte del laicado realmente comprometido con la Iglesia, y esto en el orden mundial. ¿Con qué caudal de experiencias nacionales y de elaboración previa concurren las delegaciones a Roma? En bastantes casos fue evidente la improvisación o la opinión personal.» (Sres. Domingo y Matilde Quarracino, en *Criterio* (Argentina), 23 noviembre 1967)

«A diferencia de este matrimonio, otro laico argentino, Wenceslao Caballero, calificó de «auté-

nticas» las representaciones del laicado de las distintas naciones.» (Dr. Wenslao Caballero, en *Palabra*, Órgano de la Junta Central de A.C.A., Buenos Aires, Nov-Dic. 1967)

Por otro lado, como dijimos anteriormente, gracias a la coincidencia con el I Sínodo de Obispos, se dio la posibilidad de que laicos y obispos y arzobispos de diversos continentes dialogaran. En este sentido cabe advertir que participaron laicos de diversos niveles sociales y culturales: «Los delegados africanos, europeos, americanos y asiáticos, no eran todos unas 'lumberas'. Y esto es una suerte, pues al lado del profesor de Derecho Internacional, se encontraba el humilde obrero. Es lo que ha hecho la conversación apasionante y democrática. Así, cuando uno llevaba los carrefours hacia las alturas de una mente sutil, el otro los hacía descender a tierra. Se pasaba, pues, de la reflexión a la realidad y viceversa.» («Voces de África y de Asia» en *Los laicos*, hoy No. 4. p. 114)



El problema estuvo en el predominio de las opiniones de los laicos de los países desarrollados y, con ello, en el impedimento para que los representantes del Tercer Mundo hablaran y, sobre todo, para que sus posiciones llegaran a las conclusiones. Aunque habría que señalar que para algunos europeos, las participaciones de los representantes del tercer mundo causaron un fuerte impacto:

«... las intervenciones de los representantes del tercer mundo... nos han hecho ver en forma viva y realista la trascendencia de ese cambio, necesario, de las estructuras tanto mentales como exteriores que estamos predicando continuamente, pero cuyas verdaderas dimensiones no acabamos de calibrar. A través de las interven-

ciones de esos compañeros se ve que ese cambio ha de ser absolutamente radical, si no, no nos adaptaremos ni a la cultura de los países, ni al mundo actual.» (Enrique Miret. *Apostolado laical*, Madrid, 15 noviembre 1967)

La generalidad de los observadores protestantes hicieron énfasis en la actitud ecuménica de los participantes: «Los observadores han llegado a la conclusión de que en lo sucesivo no tendrían que organizarse congresos específicamente católicos de esta clase. Es ya hora de organizarlos sobre una base ecuménica. Solamente he oído una vez emplear la palabra 'católico', y lo fue por un católico que sugería que se volviese a definir el término 'catolicidad' en el sentido de 'la humanidad entera'.» (Jean Freiday. Observador-consultante para el Comité Mundial de la Sociedad de los Amigos (cuáqueros), en *Friends' World News*, abril 1968).

El Congreso fue interpretado por la prensa mundial como una rebelión de los laicos contra la jerarquía. «La prensa periódica, a diferencia de la cotidiana, parece absolver al Tercer Congreso Mundial para el Apostolado de los Laicos de dos graves acusaciones: la de inconcluso y la de extremismo de barricada y peligroso.» (Mons. Pino Scabini, en *Orientamenti Pastoral*, 7-8, 1967)

Lo cierto es que las estructuras eclesásticas no se transformaron sustancialmente. Por el contrario, probablemente por su contenido y su impacto, éste fue el último Congreso Mundial de laicos que se llevó a cabo en Roma. A 35 años del evento, aún no se ha realizado una sola reunión como la que Jean-Pierre Dubois-Dumée imaginó al término del Congreso:

«En último término, me pregunto si todavía hay que celebrar congresos de laicos y si no es quizá mejor, para el futuro, *sin confundir las funciones*, reunir todos los representantes del pueblo de Dios, pastores y laicos, sobre los mismos problemas, ya sean los de la Iglesia vuelta hacia sí misma o los de la Iglesia vuelta al mundo (en la medida en que se pueda realmente distinguir estas dos orientaciones).» (Jean-Pierre Dubois-Dumée, en *Le cri du monde*, diciembre 1967)

Roberto Blancarte ha advertido que después del Concilio, en México, también diversas organizaciones laicas pretendieron mayor participación en el proceso de toma de decisiones sobre la marcha general de la Iglesia pero no pudieron. Lo más que lograron fue ser considerados como asesores o expertos en algunas ocasiones. «En esencia, —agrega el autor— el esquema de relaciones, salvo ciertas modificaciones de forma, quedó sin cambios. El episco-

pado en su conjunto (salvo tres o cuatro obispos) hizo ver claramente que los prelados eran la única fuente de autoridad y que la Iglesia no era una institución democrática, sino jerárquica.» (Blancarte p. 291)

Conclusiones

Como se puede ver, para que un laico pueda cumplir con lo que el Concilio le plantea resulta necesario, al menos, un clero que permita ciertos márgenes de participación y de autonomía, tanto para las actividades eclesiales como para las sociopolíticas. Esto tendría que traducirse en un laicado no controlado sino acompañado. Sin embargo, control es poder y habría que revisar en la historia hasta dónde el clero ha estado realmente dispuesto a renunciar al «monopolio de los bienes de salvación».

El antropólogo de la religión, Enrique Marroquín ha analizado la capacidad del poder de la Iglesia a partir de considerar los recursos con los que cuenta la jerarquía: Se trata, en primer término, de la información y el saber. «En el medioevo los monopolizaron los monasterios. Ahora la jerarquía se considera la única intérprete del Magisterio, y por tanto, depositaria de la Revelación». (Marroquín p. 74) En oposición al clero, los laicos son «por definición», los profanos, los ignorantes respecto a la teología. En segundo lugar, el clero cuenta y controla los símbolos rituales: atuendos, objetos de culto, el templo, antes del Concilio incluso el lenguaje verbal (latín) y no verbal (esotería litúrgica), etc. En tercer lugar está el recurso más importante: la capacidad para deslegitimar a la disidencia. Como se recordará, cuando el cristianismo u otra religión ha fungido como religión de Estado, se ha llegado a aplicar incluso la coacción física.

A pesar de todos estos recursos monopolizados en el clero, Marroquín advierte que el ejercicio del poder consiste precisamente en la negociación concreta entre los diversos agentes religiosos o sectores del laicado. En nuestro trabajo son evidentes conflictos en el interior de la Iglesia, ya sea por competir por los espacios entre los agentes religiosos (sacerdotes, movimientos laicales, institutos religiosos, mayordomos, etc.), o por el debate entre corrientes teológicas; etc. Sin embargo, señala Marroquín, el ejercicio del poder no se limita a los conflictos sino a la posibilidad de evitarlos.

Ahora bien, si es cierto que la dominación nunca es total, ya que los subordinados casi siempre conservan capacidades de negociación muy importantes,



habría que preguntar ¿qué sucede cuando el discurso eclesial no hace suyas las demandas de los laicos?

Ante la relación de fuerzas al interior de la Iglesia, Roberto Blancarte propone no soslayar el peso que esta lucha interna tuvo a mediano plazo en la formación de una conciencia crítica eclesial, sobre todo en lo relativo a la sociedad. Pero, además, es posible observar que conforme la Iglesia se resiste a ser coherente con el Concilio y la jerarquía endurece sus posiciones a través de la ignorancia a las demandas del laicado que quedan sin respuesta (como es el caso de la democratización interna) y/o la condena (como en el caso de los métodos anticonceptivos, el divorcio, etc.) y/o el desconocimiento (como en el caso de diversas organizaciones) y/o la represión (como sucede con las diversas teologías), la Iglesia va perdiendo legitimidad e influencia social.

El teólogo Luis Pérez Aguirre señaló que la falta de fidelidad al Concilio que se suple a través de una dictadura autoritaria y un despotismo ilustrado ha llevado a la Iglesia a una severa crisis de legitimidad. «Contrasta y llama mucho la atención la condena de los totalitarismos que hace la Iglesia en su discurso oficial y cómo cae en ellos al mismo tiempo en su actuar 'hacia adentro'.» (p. 42)

El problema de la falta de credibilidad se refleja en el reducido porcentaje de católicos que sigue al pie de la letra las directivas que vienen de Roma en materias que tocan íntimamente a la vida de los cristianos, como por ejemplo, el manejo de su cuerpo, su sexualidad, el culto dominical, muchos mandamientos tal como se expresan en el nuevo Catecismo Romano, etcétera.

Pérez Aguirre advirtió que la Iglesia ha perdido credibilidad precisamente por la incoherencia entre su decir y su hacer. «... tenemos que reconocer —plantea— que, en los hechos, la mayoría de los que se llaman 'fieles', y la misma institución en la mayoría de sus manifestaciones, parece alinearse con los principios mundanos contrarios a los de los evangelios: con el poder, con la insolidaridad, la competencia, la dureza con el 'otro' y su condena, con el autoritarismo, el secretismo, el centralismo.» (p. 25) Advierte que la Iglesia podrá alcanzar sus metas únicamente si permite la iniciativa, la crítica y la creación en cada uno de sus miembros, de tal manera que resulta imprescindible el respeto a la libertad de expresión en su interior. Por eso la crisis de autoridad, demanda, para el autor, «una verdadera revolución eclesial, con el objetivo de transformar radicalmente las actuales relaciones de poder, a fin de adecuarlas al mandato evangélico.» (p. 39)

Bibliografía

Documentos del Magisterio

- 3er. Congreso Mundial para el apostolado de los laicos. Roma, del 11 al 18 de octubre de 1967. *Conclusiones*.
- Concilio Ecuménico Vaticano II. Decreto sobre el Apostolado de los seglares (AA), Constitución Dogmática sobre la Iglesia (LG).
- El diálogo al interior de la Iglesia. Consejo de Laicos, Roma, 1971.
- Paulo VI, *Constitución Regimini Ecclesiae*. 15 de agosto de 1967
- Paulo VI. *Humanae Vitae*, 25 de julio de 1968.
- Paulo VI. *Motu Proprio 'Catholica Christi Ecclesiam'*. Vaticano, Junio 1968.
- Paulo VI. *Populorum Progressio*. 1967



Obras generales

- Blancarte, Roberto. *Historia de la Iglesia en México*. FCE, México, 1997.
- Bonnin, Eduardo. *El desarrollo es el nuevo nombre de la paz*. Col. Doctrina Social Cristiana No. 13. IMDOSOC, México, 1988.
- Carrillo, Jesús y Néstor Vargas. *El Centro Nacional de Comunicación Social (CENCOS) en las políticas públicas en México: propuesta de evaluación sociopolítica*. Academia Mexicana de Derechos Humanos, México, 1997.
- Castañeda, Jorge. *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina*. Joaquín Mortiz Contrapuntos, México, 1993.
- Dussel, Enrique. *De Medellín a Puebla. Una década de sangre y esperanza*. 1968/1979. Edicol/CEE, México, 1979. p.p. 195
- Guerra, Roberto Emilio. *La política de planificación familiar en México. Una experiencia reciente*. UAM-X, México, 1990.
- Guzmán, Luis. *Tendencias eclesiales y crisis en los años ochenta*. CIESAS/Cuadernos de la Casa Chana No. 170, México, 1990.
- Marroquín, Enrique. *La Iglesia y el Poder. Reflexiones sociológicas sobre la Iglesia*. Dabar, México, 1993.

- Miret, Enrique. *Apostolado laical*, Madrid, 15 noviembre 1967
- Muro, Víctor Gabriel y Manuel Canto (Coords.) *El estudio de los movimientos sociales: teoría y método*. El Colegio de Michoacán/UAM-X, México, 1991.
- Pérez Aguirre, Luis. *La Iglesia increíble. Materias pendientes para su tercer milenio*. Lumen, Argentina, 1994.
- Pontificio Consejo de Laicos. *Laicos en el tiempo de hoy*. Boletín del «*Consilium de Laicis*». Vaticano, Junio 1968
- Rouquié, Alain. *América Latina. Introducción al extremo occidente*. México, 1989, Siglo XXI.
- Silva Gotay, Samuel. *El Pensamiento cristiano revolucionario en América Latina y el Caribe. Implicaciones de la teología de la liberación para la sociología de la religión*. Ediciones El Huracán, Puerto Rico, 1989.
- Velázquez, Manuel. *Pedro Velázquez H. apóstol de la justicia*. México, Jus, 1978.
- Villamán, Marcos. *El auge pentecostal. Certeza, identidad, salvación*. CAM, México, 1993.



Artículos

- Álvarez Icaza, José. «América Latina: Medellín y sus resultados» en *Laicos en el tiempo de hoy*. No. 2. Boletín del «*Consilium de Laicis*». Diciembre 1968.
- Álvarez Icaza, José. «Informe acerca de la Comisión de la Vida de la familia». Septiembre 1971. Mimeo.
- Comisión «*Vie de la Famille*» du Conseil des Laics. *Compte-rendu de la reunión du 6 octobre 1968*. mimeo.
- Discurso pronunciado por el Santo Padre con motivo de la audiencia especial concedida al Consejo de los Laicos el 15 de marzo de 1969 en Los laicos, hoy No. 3. Junio 1969. Boletín del *Consilium de Laicis*.
- Informe acerca de la Audiencia Privada concedida en el Vaticano por Su Santidad Paulo VI, a José y Luz Álvarez Icaza, Secretarios Generales de la Confederación Internacional de Movimientos Familiares Cristianos, el día 20 de abril de 1967. Mimeo. ☐

Un pueblo de Dios adulto

Carlos Bravo Gallardo (+)

CARLOS BRAVO MURIÓ HACE CASI 5 AÑOS. DEJÓ EL PRESENTE ARTÍCULO QUE TOCA DIRECTAMENTE EL TEMA DE LOS LAICOS. ESTA ES UNA REDACCIÓN POSTERIOR A LA QUE ESCRIBIÓ EN EL NÚMERO 617-618 (AGOSTO-SEPTIEMBRE DE 1988). LA PUBLICAMOS AHORA CON EL RECUERDO AGRADecido POR LOS AÑOS QUE DIRIGIÓ CHRISTUS.

1. Las mayorías relegadas en la Iglesia

El 11 de octubre de 1962 dio inicio el Concilio Vaticano II. El cap. IV de la Constitución *Lumen Gentium* trató del papel del laico. Es una de las líneas pastorales prioritarias. En 1968 Medellín toca en su documento 10 lo referente a Movimientos de Laicos. Puebla dedica a este tema su preocupación en varias partes de su Documento final¹. A treinta años de iniciado el Concilio, la IV Conferencia del Episcopado Latinoamericano retoma con nueva urgencia la misma cuestión que, en teoría, debía estar ya resuelta.



En 1988 el Sínodo Episcopal reflexionó sobre la realidad de los laicos, —con poca participación de laicos, por la índole episcopal del Sínodo—, en base a cuyos trabajos el Papa Juan Pablo II publicó su Encíclica *Christifideles Laici*, en 1988. En ese Sínodo varios obispos constataban la carencia de una teología

clara sobre el laicado y sobre su base, el sacerdocio común².

¿De qué es síntoma esta situación? Treinta años no han sido suficientes para aclarar, menos para resolver la deuda interna de la Iglesia con los laicos, mayoría marginada. Sigue existiendo una teología que proviene de épocas y planteamientos anteriores al concilio, que omite los elementos específicamente cristianos y comunes a todas las vocaciones cristianas; estas últimas son vistas desde un nada cristiano esquema dualista que contraponen clérigos y laicos³. Esta confusión afecta la conciencia tanto del laico como del clérigo, configura sus relaciones y condiciona las posibilidades de participación corresponsable.

Pienso que son varias las causas que influyen en esta situación, que deberíamos todos los cristianos experimentar como intolerable, no sólo por las consecuencias prácticas que tiene de pasividad, de infantilismo, de pérdida de dinamismo del talante misionero, de injusticia, sino porque no hace justicia al proyecto de Dios ni al Espíritu de Jesucristo, ni a la identidad cristiana, constituida por una doble relación que nos iguala a todos: ser, en el Hijo, hijos del Padre común y ser hermanos. Esta es la identidad cristiana primera, fundante, que no puede ser oscurecida o sustituida por ninguna determinación posterior de servicio o ministerio. Señalemos, pues, algunas de esas causas:

1. Clericalismo

Varios obispos expresaron en el Sínodo del 88 su convicción de que el clericalismo es uno de los factores que contribuye a esa marginación del laicado, y señalaron la necesidad de liberarse de «una cierta mentalidad 'clerocrática', usurpadora del papel propio de los laicos y que priva a la Iglesia de muchos servicios que éstos pueden prestar»⁴.

1 DP 76-77, 84-85, 249, 274, 279, 784, 793-794, 796-798.

2 Sobre este punto hablaron, entre otros, los obispos Mc. Grath, de Panamá, Reece, de Las Antillas, Paskai, de Hungría, Sebastián, de España, Devine, de Escocia. Cf. Bravo, C. «Laicos con espina dorsal», en CHRISTUS 617-618 (Ago-Sep. 1988) 14-26.

3 Mons. Sebastián, *Oss. R.* 8 nov. 1988, p. 13.

El clericalismo no es sólo una deformación de conciencias particulares de miembros de la Iglesia —tanto de la jerarquía como del pueblo— sino que participa de la categoría de lo estructural, convirtiéndose en un «muro de separación entre laicos y clero» que es necesario derribar⁴. Un «clericato» piramidal, en el que el clero continúa teniendo el poder, los privilegios, el prestigio tendrá como correlato o el sometimiento y pasividad del laico o el anticlericalismo, originado por «la egoísta soledad clerical»⁵. «Lo que hace falta, sobre todo, es un cambio de mentalidad, una conversión: ni ejercicios totalitarios de la autoridad eclesial, ni actitudes reivindicativas de parte de los fieles, sino la búsqueda común del bien de la Iglesia para la salvación del mundo»⁶.

Ese clericalismo afecta de manera particularmente dolorosa a la mujer⁸, tanto la laica como la religiosa, que se ven marginadas a servicios secundarios dentro de la Iglesia, cuando es a ellas a quienes se debe la vida de la fe en el continente, por su papel callado pero eficaz de educadoras como madres y como catequistas y son, además, el grupo mayoritario en la vida parroquial. Mons. Hamelin, de Canadá, llega incluso a tocar el tema tabú: «la cuestión del acceso de las mujeres a los ministerios ordenados permanece controvertida. Se constata que los argumentos utilizados hasta ahora para limitar la ordenación a

los hombres son poco convincentes, particularmente entre los jóvenes... ¿No se podría reconocer la diaconía de las mujeres, presentes desde siglos en la miseria y en el servicio cotidiano? La participación plena de las mujeres no es una exigencia nueva. Es la intuición del Génesis. No hay humanidad, según el corazón de Dios, sin la alianza del hombre y la mujer»⁹. Mons. Guevara, de Filipinas, afirmaba que hay que llegar a una participación igualitaria de la mujer en el ministerio, no a un ministerio para la mujer¹⁰.

El clericalismo se ha arrogado el ser «los herederos, el lote de Dios», término que en el NT designa a todos los cristianos, no a un grupo de selectos. Detrás de su posición privilegiada está una concepción dualista, que separa lo sacro de lo profano, que divide los papeles de los miembros de la comunidad de acuerdo al esquema patriarcalista 'padre-hijos', o de acuerdo al esquema feudal 'Monseñor'¹¹-plebe'. Pero ese dualismo no tiene nada de cristiano, sino que es propio del esquema religioso pagano y judío; si contra algo se opuso Jesús fue contra las distinciones de privilegio al interior de la comunidad: «No se hagan llamar 'maestro'..., A nadie llamen 'padre'..., ni se hagan llamar 'preceptores'...»¹². Y no es cristiano porque no tiene en cuenta la revelación que Jesús nos hizo de Dios: es El quien toma la iniciativa del acercamiento al hombre; por esa disposición suya ningún hombre necesita que otro hombre, fuera de Jesús, haga el papel de mediador¹³.

2. Teología negativa respecto del laico

Relacionado con el clericalismo está la 'teología negativa' que hay respecto del laico, a quien se define como «el que no está ordenado»¹⁴. Esto viene de la misma teología de la *Lumen Gentium*. Afirma Mons. Mc Grath: «La presentación del laico en el cap. IV de *Lumen Gentium* es ambigua: alguna vez se opone al clero, en otro texto también al religioso. Mantiene también un aspecto negativo. Se define diciendo lo que no es. Todo lo positivo... no llega a expresarse todavía en definiciones más positivas»¹⁵.

4 Mons. Papamanolis, *ob. de Sirios, Grecia; Oss. R. 15 nov. 1988*, p. 7. También hablaron en este sentido Mons. Hernández, *ob. de Chilapa, México*; Mons. Cleary, *ob. de Banjul, Gambia*; el Card. O'Fiaich, *de Irlanda*; Mons. Rodríguez, *ob. de Macao*.

5 Mons. Chiasson, *ob. de Moncton, Canadá, Oss. R. 25 oct. 1988*, p. 15.

6 Mons. Lescauwaet, *Holanda, Oss. R. 1 nov. 1988*, p. 13. Cf. también la intervención del Card. O'Fiaich, *id. ib.*

7 S.B. Jean Pierre Kasparian, *Oss. R. 1 nov. 1988*, p. 9.

8 Los obispos constatan: Hay millones de mujeres marginadas de la sociedad y de la cultura, y en la Iglesia no se les ha dado oportunidad de una plena participación; se sienten víctimas de una falta de respeto objetivo por parte de los Pastores, cuyo discurso sobre la igualdad de dignidad de la mujer y del hombre se contradice con sus comportamientos; la imposibilidad canónica de conferir algunos ministerios a la mujer constituye una discriminación real. Por todo ello existe en muchas mujeres un sentimiento de frustración y desilusión; su insuficiente influencia en la Iglesia constituye un fallo fundamental de ésta y es teológicamente una fuente de confusión; son tratadas como seres inferiores o como objetos (cf. intervenciones de Mons. Muñoz, *ob. de Aguascalientes, México*; Mons. Decourtray, *Lyon, Francia*; Mons. Gaines, *Nueva Zelanda*; Mons. Bullet, *Lausana, Suiza*; Mons. Schwerzer, *Oslo, Noruega*; Mons. Hume, *Westminster, Inglaterra*; Mons. Weakland, *Milwaukee, USA, del 25 de oct. 1988*, en el *Osservatore Romano*)

9 *Oss. R. 1 nov. 1988*, p. 10.

10 *Oss. R. 25 oct. 1988*, p. 18.

11 Monseñor significa «mi señor».

12 Cf. Mt 23,7-10.

13 Esto no invalida la necesidad de ayuda que tenemos, por parte nuestra, de los demás para llegar efectivamente a Dios; no se trata de un acceso individualista sino personal, que supone y remite a la comunidad de fe.

14 Card. Castillo Lara, *Oss. R. 15 nov. 1988*, p. 8.

15 *Oss. R. 8 nov. 1988*, p. 12.

La poca teología hecha sobre el laicado está hecha por presbíteros, la mayoría de los cuales no ha tenido una experiencia personal consistente de laicado adulto, pues ordinariamente se ha tratado de vocaciones jóvenes, incluso infantiles, que no han tenido la oportunidad de enfrentar seriamente las responsabilidades del cristiano laico.

3. Concepción prevaticana de la vida religiosa

La concepción prevaticana de la vida religiosa, a la que se considera 'estado de perfección', contribuye a la devaluación de lo laical, porque implica, no en la teoría pero sí en la práctica, que el no religioso no tiene posibilidades ordinarias de llegar a la perfección cristiana, y que sólo sale de su imperfección de estado en la medida —imposible— en que se asemeja al religioso.

Nos encontramos, pues, con un proceso secular de despojo del laico de su identidad cristiana y de su participación en la vida de la Iglesia. Esto resulta en una devaluación práctica del sacramento del bautismo y del hecho fundante de la existencia de todo cristiano, que es el ser hechos hijos de Dios y hermanos. Los 'cristianos perfectos' (clero, religiosos) valoran en más su 'consagración religiosa o clerical' que la consagración primordial del bautismo, de la que las demás son o explicitación o complemento.

4. Eclesiología prevaticana

Y, más a la base, puede estar una ecclesiología prevaticana dominante aún, que viene a ser más bien una 'jerarcología' en la que los cristianos sólo tienen un puesto como ayudantes¹⁶ y que incluso puede remontarse a aquella concepción ecclesiológica de Pío X:

«La Iglesia es, por su propia esencia, una sociedad desigual, es decir, una sociedad que incluye a dos categorías de personas: los pastores y el rebaño, los que ocupan un rango en los diferentes grados de la jerarquía y la multitud de los fieles... de tal forma distintas entre sí que únicamente en el cuerpo pastoral residen el derecho y la autoridad necesarios para promover y dirigir a todos los miembros hacia el fin de la sociedad. Por lo que se refiere a la multi-

¹⁶ Mons. Shimamoto, Japón, *Oss.* R. 25 oct. 1988, p. 11.

tud, no tiene otro derecho sino el de dejarse guiar y, como rebaño fiel, seguir a sus pastores». Una concepción que canoniza la pasividad del laico. Su identidad es no tener otra identidad que la del pastor en turno, asemejarse a él.

2. La propuesta de Santo Domingo y la propuesta de Puebla

¿Cuáles son las propuestas del Documento de Santo Domingo (DSD) respecto de los laicos?¹⁷

Se parte de una constatación de algo obvio: los laicos son mayoría¹⁸ en el pueblo de Dios y tienen una tarea evangelizadora inexcusable¹⁹. Se ve un signo de los tiempos en el aumento de laicos comprometidos en nuestras Iglesias, pero a la vez pone el dedo en la llaga al constatar que «la mayor parte de los bautizados no han tomado aún conciencia plena de su pertenencia a la Iglesia» (96). De ahí la incoherencia entre fe y compromiso real en la vida. Se apuntan tres causas de la deficiente participación laical: la persistencia del clericalismo, la dedicación preferencial a tareas intraeclesiales, la deficiente formación (ib).



¹⁷ NN 94-103: Los fieles laicos en la Iglesia y en el mundo; nn. 104-110: Las mujeres; nn. 111-120: los adolescentes y los jóvenes.

¹⁸ Pero no se llega al planteamiento cualitativo, sino que se queda en la constatación cuantitativa.

¹⁹ La fundamentación bíblica parece insuficiente: dos referencias descontextualizadas a Mt 20,3-4 (que se refiere a los trabajadores que no llegaron a la hora primera) y a Mc 16,15, donde Jesús se dirige directamente a «los Once». Se podrían haber buscado citas más atinentes de Pablo o de las cartas de Pedro.

Se proponen tres desafíos urgentes:

- a) que sean protagonistas promocionados de la Nueva Evangelización, sin reducirse a lo intraeclesial, y sin clericalismo;
- b) los bautizados no evangelizados serán destinatarios principales de la misma;
- c) se ha de favorecer la santidad de los laicos y el ejercicio de su misión.

Las líneas pastorales son: Comunión y corresponsabilidad en la acción de la Iglesia mediante la participación en los consejos pastorales; promoción de consejos de laicos y de organizaciones, respetando la libertad de asociación; formación integral en los campos de educación política, comunicación social, cultura y trabajo; promoción de la espiritualidad laical²⁰. Se ve necesario fomentar los ministerios ejercidos por laicos, en lo que debe haber una creatividad especial (101); los ejemplos de tareas que se proponen están orientados hacia dentro de la Iglesia (catequesis, oración y animación de los compromisos sociales y caritativos, 101). Al analizar los movimientos y asociaciones, también se describen actividades intraeclesiales: «Los movimientos dan importancia fundamental a la Palabra de Dios, la oración en común y la atención especial a la acción del Espíritu» (102). Sólo se les advierte de que no se cierren sobre sí mismos y se les invita a 'inculturarse' y a tener una mayor impronta latinoamericana (ib).

Si comparamos el DSD con Puebla, nos encontramos con otros énfasis y otras tonalidades: Hay en Puebla una referencia más incisiva a la realidad del Continente como elemento fundamental de interpelación y reto (778)²¹; se constatan también las crisis y dificultades provenientes tanto de la sociedad como del

interior de la Iglesia²². Se les reconocen dos campos de trabajo: la construcción de la Iglesia como comunidad de fe (788), la reordenación de las realidades temporales (789) entre las que se enfatiza la familia, la educación, las comunicaciones sociales (790) y particularmente la política (791), y se afirma que «en nuestro continente latinoamericano, marcado por agudos problemas de injusticia que se han agravado, los laicos no pueden eximirse de un serio compromiso en la promoción de la justicia y del bien común» (793). Su experiencia de participación en los problemas y desafíos del mundo ofrecerá una participación fundamental para que la evangelización arraigue con vigor (795).

Al hablar de la espiritualidad laical se la tipifica con estas características: No huir de las realidades temporales; estar presente en ellas desde la fe y la caridad; descubrir en ellas la presencia de Dios; renovar su identidad en medio de los conflictos y tensiones mediante el contacto con la Palabra de Dios, la Oración, la Eucaristía y los sacramentos (796-98).

Definiendo las líneas de la participación del laico en la pastoral de conjunto dice que ha de abarcar las etapas de planificación y decisión, no sólo la de ejecución; la organización de la pastoral debe ayudar a los laicos para su compromiso político, teniendo en cuenta las dificultades que se experimentan cuando se pertenece simultáneamente a movimientos apostólicos y a partidos políticos (810).

Refiriéndose a los ministerios laicales advierte contra los siguientes peligros: la tendencia a la clericalización, el entender como laicos comprometidos sólo a los que tienen ministerios, sino que su misión específica es el campo de las 'realidades temporales' y el de la familia: el promoverlos como un 'premio' individual, sin referencia a un contexto comunitario, y el que unos ministerios disminuyeran la participación activa de otros (811-817).

A diferencia de la visión meramente cuantitativa del DSD, Puebla distingue la dimensión cuantitativa y la cualitativa del fenómeno laical (818-825); y señala como un elemento de particular gravedad «el hecho de un insuficiente esfuerzo en el discernimiento de las causas y condicionamientos de la realidad social y en especial sobre los instrumentos y medios para una transformación de la sociedad» (826). También advierte de «la persistencia de laicos y movimientos laicales que no han asumido suficientemente la dimensión social de su compromiso, tanto por aferrarse a sus intereses económicos y de poder, como por una deficiente comprensión y aceptación de la ense-

20 A pesar de las advertencias, predomina lo intraeclesial tanto en las urgencias como en las líneas pastorales. En esta resalta negativamente la derivación que hay hacia los institutos seculares: «Evitar que los laicos reduzcan su acción al ámbito intraeclesial, impulsándolos a penetrar los ambientes socio-culturales y a ser en ellos protagonistas de la transformación de la sociedad a la luz del Evangelio y de la DSI. Esto lo logran de manera especial los miembros de los institutos seculares» (98). En Puebla se habla de los institutos seculares no en el apartado de los laicos sino en el de la vida consagrada (774-776).

21 «En la actual situación del continente, interpela particularmente a los laicos la configuración que van tomando los sistemas y estructuras que, a consecuencia del proceso desigual de industrialización, urbanización y transformación cultural, ahondan las diferencias socioeconómicas, afectando principalmente a las masas populares, con fenómenos de opresión y marginación crecientes»

22 Se constata que laicos organizados han sufrido represiones por parte de grupos de poder (780).



ñanza social de la Iglesia» (824). En el mismo número también advierte contra una exagerada politización que vacía el apostolado de dimensiones evangelizadoras esenciales. Finalmente exhorta a los pastores a ser creativos en el establecimiento de ministerios laicales (833).

De esta comparación se puede concluir lo siguiente:

- 1) EL DSD no añade nada a Puebla y hay en él lagunas de asuntos importantes que Puebla afrontó: la visión realista de la realidad, tanto social como eclesial, las causas de la marginación laical.
- 2) A pesar de la insistencia de DSD de que no se debe quedar el laico reducido al ámbito intraeclesial, toda la orientación práctica es intraeclesial.
- 3) Los Institutos seculares son presentados como el modelo de compromiso laical.

3. El núcleo de la identidad laical

¿En qué consiste ese sacerdocio común, base de la identidad laical y de toda otra forma de ser sacerdote? Ordinariamente se afirma que el ser del cristiano participa de las tres dimensiones de Jesucristo: la dimensión sacerdotal, profética y real. Pero en la práctica este enfoque poco ayuda, porque las características que se atribuyen al laico vienen a ser una

pálida analogía del sacerdocio ministerial, que viene a ser el término primario de la comparación. En realidad es al revés: el sacerdocio común, cuyo origen es el bautismo y la confirmación (DP 786) es el punto de arranque de cualquier vocación cristiana, que se concretizará en diversos servicios eclesiales o vocaciones segundas, confirmadas sacramentalmente (matrimonio, orden sacerdotal), y que están al servicio del pueblo de Dios constituido por los bautizados. Si afirmáramos que lo primario es la determinación presbiteral del sacerdocio, la privaríamos de fundamentación cristológica, dado que Jesús no perteneció a ninguna instancia clerical, sino que el suyo fue el sacerdocio de un laico.

¿Y qué hizo Jesús, cuya práctica es el fundamento de todo sacerdocio cristiano? Trajo salvación integral. En un contexto judío, en el que se ofrecía al problema de la salvación la solución de una purificación ritual, Jesús no realizó ninguna actividad cultual —no podía por no ser de la tribu de Leví—, pero ofreció al Padre el culto más pleno, el de su propia entrega al Reino del Padre y a la vida y salvación de los hombres, particularmente los pobres, y así dio gloria a Dios. No se quedó en el ámbito separado y privilegiado de lo sacro, sino que vivió su encarnación con todas sus consecuencias, mostrando que la santidad de Dios no es la característica por la que El vive separado y distante de los hombres, sino que,

por misericordia, se identifica con el que sufre tomando partido por él, y se compromete eficazmente con la transformación de su destino.

Este hecho cambia radicalmente el problema de la salvación, del acceso a Dios y, por tanto, del sacerdocio²³: si la decisión de Dios fuera estar separado del hombre, éste estaría encadenado a la necesidad de mediadores para tener acceso a Dios. Y esos mediadores, gente separada del ámbito secular, serían los personajes fundamentales de la historia humana; de hecho han llegado a detentar los poderes político y religioso en diversas religiones y en diversos momentos.



²³ Se mencionan la persistencia de una mentalidad clerical tanto en clérigos como en laicos (784), las tensiones nacidas de la ideologización y de la desconfianza mutua, que llevó a rupturas entre movimientos y pastores (780).

Pero la fe cristiana cambia radicalmente el planteamiento: la iniciativa de acercamiento es de Dios mismo, no del hombre; y lo que se espera de éste es una respuesta obediente y agradecida, que dé origen a una práctica ética y política; que cumpla la voluntad de Dios: la reordenación de las relaciones con Dios, con los demás, con el mundo y consigo mismo. La relación justa, adecuada con Dios consiste en tratarlo como el Abbá, responsable de la vida de los hijos; con los demás consiste en tratarlos como miembros de la familia del Padre común; la tierra será vista y compartida como el patrimonio que el Padre común ha dado a todos sus hijos para que vivan; por eso nadie podrá apropiarse de ella para sí con la exclusión de otros. Y cada quien deberá verse a sí mismo como referido al Otro, Dios, como su hijo, y a los otros, los hombres, como hermano. Esta es la identidad fundamental del cristiano, y es su responsabilidad ponerse al servicio de la reordenación del mundo y de la historia de acuerdo a este proyecto del Padre. En esto consistirá su ser-hijo y ser-hermano: en responsabilizarse de la causa del Padre y de la justicia de su Reinado.

Ponerse al servicio de esta causa es trabajar por la salvación, por un mundo en el que las condiciones de la vida digna de los hijos de Dios sea posible; ponerse al servicio de la justicia del Reino es ayudar a que a la decisión de acercamiento de Dios le corresponda el hombre con la obediencia y la gratitud. Ayudar a que acontezca el encuentro del hombre con Dios, en respuesta a la iniciativa de Dios mismo, y hacer presente en la propia vida la bondad de Dios ayudando a que los hombres respondan y correspondan a Dios, es servicio sacerdotal.

Ahora bien: es claro que el destinatario de este servicio es el mundo de los hombres. Pero no el mundo en general indistintamente; debe tener una referencia particular hacia aquéllos que en el mundo sufren más agudamente la marginación de la vida que su Padre quiere para ellos. Actuar mostrando y haciendo eficaz la misericordia del Padre para con los sufrientes de la historia, trayéndoles salvación concreta, es servicio sacerdotal. Jon Sobrino²⁴ definirá como

²⁴ Sobre este punto, cf. Jon Sobrino, *Hacia una determinación de la realidad sacerdotal. El servicio al acercamiento salvífico de Dios a los hombres, en el primer número de la Revista Latinoamericana de Teología. Nos inspiramos en*

portador de lo sacerdotal a todo aquel que exprese históricamente el acercamiento salvador de Dios.

Pero si la salvación que Dios ofrece no se reduce al ámbito de lo religioso, sino que abarca todas las dimensiones de la vida humana, entonces los ámbitos del servicio sacerdotal deberán ser los mismos en los que Dios se acerca: el ámbito personal (en el que Dios se dirige al hombre en el interior de su propio corazón y en el núcleo de sus relaciones que lo constituyen como persona), el ámbito socio-histórico, (en el que Dios potencia la liberación del pueblo e inspira decisiones y acciones de cambio de estructuras de opresión, de guerra, de marginación), y en el ámbito escatológico (en el que Dios crea un cielo nuevo y una tierra nueva).

Esto hace ver cuáles son las perspectivas del servicio sacerdotal del laico: está en el lugar adecuado que es la historia del mundo y su miseria y grandeza, en la que acontecen las relaciones concretas de los hombres; eso es lo que tiene que ser salvado, convertido en justicia del Reino. El lugar del ejercicio de lo sacerdotal no es una dimensión aislada de la historia, sino la historia misma, en la que las bondades concretas hacia los hermanos se convierten en signo de la bondad del Padre. El laico es sacerdote no abandonando al mundo a su miseria, por temor a contaminarse, sino asumiéndolo con ella.

En esa pasión por la vida de los hombres, concretamente por la vida de los pobres, se hace el acto de culto fundamental, que es dar gloria a Dios. San Ireneo afirmaba que «la gloria de Dios es que el hombre viva»²⁵; el DSD se hace eco de esa afirmación. Es que el nombre del Padre está en juego en ese asunto elemental: que sus hijos vivan y vivan como hermanos, compartiendo el mundo. Si eso se logra, se creará que Dios es realmente Padre; si no, difícilmente se creará que es un buen Padre quien no ha logrado hermanar a sus hijos. En la vida plena, la que viene del compartir todo en justicia e igualdad, está en juego la causa de la vida, la causa del Padre, su nombre.

Pablo vivió un cambio radical en sus esquemas judíos: el hombre de la Ley que era como fariseo, el hombre del culto y del sacrificio se encontró con la realidad de la gracia. Y eso le llevó a afirmar que el sacrificio que realmente agrada a Dios no es la entrega de víctimas ajenas a nosotros mismos, sino la entrega de nuestra propia existencia a dos tareas: no dejarnos domesticar por el espíritu de este mun-

do, sino dejarnos transformar por su Espíritu, para poder saber qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto, y poderlo cumplir. Este es el verdadero culto cristiano del que todos somos sacerdotes. Este es el núcleo de la espiritualidad del laico sacerdote, y es el núcleo de lo que se podría llamar «la carta de los derechos y obligaciones del laico»: su responsabilidad por la salvación y por la vida no le viene por 'permiso' de ningún clérigo, ni siquiera por 'delegación' de ningún pastor, sino por vocación y misión confiada por el mismo Jesucristo; y tiene la mayor capacitación: el Espíritu mismo que ungió a Jesucristo evangelizador de los pobres, liberador de los oprimidos, donador de vida en plenitud a todos los hombres.

Cierto que el laico deberá capacitarse para buscar las mediaciones más adecuadas para colaborar a que el hombre responda a la iniciativa de Dios de acercarse a él para salvarlo, pero su servicio sacerdotal primario no requiere de otra cosa más que de fidelidad y obediencia en el interior de su corazón para responder, en Iglesia, a las necesidades de salvación del mundo actual. La comunidad cristiana debe hacerse responsable de fomentar estas disposiciones para poder contar con laicos corresponsables de la tarea de la salvación.

4. Conclusión

Entender la realidad laical de esta manera puede ayudar a superar esa inercia y pasividad que hay tanto en laicos como en clérigos, conformados con concepciones sacerdotales y eclesiológicas no sólo prevaticanas sino precristianas, aún operantes, y que, por envejecidas, no pueden coexistir con la decisión de realizar una nueva evangelización; más aún: si no se superan de manera decidida, la pondrán en riesgo de fracasar. Y el problema que se plantea a la Iglesia hoy es el problema primario, fundamental de Pablo, cuando se enfrentaba con lo que constituía el sentido más hondo de su ser y decía: «Ay de mí si no evangelizo». Lo que está en juego en el crecimiento y adultez del laico y en la disminución y humildad del clero y de la jerarquía es la posibilidad misma de que la Iglesia sea realmente pueblo de Dios para la vida del mundo y para la gloria del nombre del Padre. ☛



este trabajo para toda esta parte.

²⁵ D. Oscar Romero reinterpretó esa afirmación desde su país, diciendo que «la gloria de Dios es que el pobre viva».

la luz de la fe y la revelación, sobre la práctica de la Iglesia. El nacimiento de la Iglesia autóctona en Chiapas es una acción eclesial. La Iglesia está consciente de que su actuar, lo mismo que su pensar, tiene que estar en consonancia con la verdad revelada en y por Cristo. A partir del Concilio Vaticano II (Vat II) y su renovada eclesiología, aumentó significativamente el interés y compromiso por reflexionar sobre la práctica eclesial. Podríamos decir que eclesiología y teología pastoral están íntimamente relacionadas. Incluso se podría afirmar que ambas disciplinas son complementarias. La eclesiología informa la reflexión pastoral y la reflexión pastoral informa si las propuestas eclesiológicas son viables, congruentes y cotejables con la realidad, o no. De esta manera se influyen mutuamente y se desarrollan paralelamente.

En el actuar de la DSCLC en los últimos 42 años vemos un compromiso por reflexionar la situación de la Iglesia local a partir de una eclesiología concreta, eclesiología que se ha ido informando y modificando con base en la propia reflexión pastoral y sus resultados. Esta reflexión pastoral tiene también la función de someter a las estructuras de organización eclesial a un examen crítico, buscando formas del quehacer pastoral adecuadas a las situaciones cambiantes, conforme éstas se van presentando. La reflexión teológica pastoral analiza, a partir de una fenomenología de la situación concreta de una Iglesia en un momento dado, las posibilidades de acción para llegar a una meta, una situación deseada pero aún no conseguida.

Al llegar don Samuel Ruiz como pastor de la DSCLC se encontró con una realidad difícil: un territorio extenso, prácticamente incomunicado, con la población dispersa, mayoritariamente monolingüe y analfabeta. Además era ya crónica la escasez de agentes de pastoral. Después de su participación en el Vat II, don Samuel regreso a su diócesis con una visión eclesiológica renovada y la intención de adecuar la práctica pastoral a ella, basándose en la metodología teológica conciliar: explicitación fenomenológica de la realidad, iluminación de ésta desde la revelación y su centro que es Cristo, y finalmente búsqueda de pautas pastorales de acción¹.

Los indígenas como sujetos de la evangelización

En este proceso, un momento muy significativo se dio a partir de los preparativos, realización y conclu-

siones del Congreso Indígena de octubre de 1974. Lo que había sido sugerido por las autoridades locales como un mero acto «folklórico», «indigenista», para conmemorar el quinto centenario del nacimiento de Fray Bartolomé de las Casas, primer obispo de la diócesis y defensor de los indígenas, se convirtió en el parte aguas de la historia de la Iglesia autóctona². El Congreso permitió tener acceso a la «fenomenología» de la situación concreta de una Iglesia, necesaria para la reflexión teológica pastoral. Era la palabra de las propias comunidades la que describía su momento y, sobre todo, la que sugería las metas a alcanzar. Esta palabra fue recogida a través de reuniones comunitarias celebradas en todos los rincones de la diócesis durante varios meses. No es que no existieran metas y prácticas pastorales previas (como la formación de catequistas, la invitación de misioneros y el trabajo conjunto); sin embargo, el Congreso hizo saltar a primer plano, como sujetos de su proceso, a los propios indígenas. Ya no serían solamente destinatarios sino que ocupaban su lugar como agentes de evangelización.

Para la explicitación de la situación concreta de la comunidad eclesial, la DSCLC y las comunidades se valieron del aporte de las ciencias humanas para entender lo mejor posible los datos que les brindaba la realidad. Estos datos fueron entonces procesados a la luz de la fe, desde el dato revelado y los aportes del magisterio eclesial, con el objeto de ayudar a la comunidad cristiana a crecer en fidelidad a su Señor y a la Buena Noticia, fidelidad que necesita encarnarse en la situación real del pueblo creyente. En pocas palabras, hacer del evangelio una práctica de vida, y una práctica de vida con carácter indio.

Esto trajo como resultado el que en toda la DSCLC empezara a gestarse un proceso de crecimiento y maduración de la Iglesia local difícilmente equiparable con otros lugares del mundo. A partir de una opción eclesiológica consciente, fundada en los documentos del Vat II, y a partir de la situación concreta de las comunidades explicitada por ellas mismas, se fue concretando una acción pastoral congruente, sujeta a permanente revisión y que tomaba en cuenta como sujetos de evangelización a las propias comunidades indígenas.

Al entender a la Iglesia particular como una porción del Pueblo de Dios, sacramento de la presencia de Dios en el mundo, se hizo muy claro que una de las primeras opciones pastorales sería el fortalecimiento, maduración y consolidación de la propia Iglesia

¹ Entrevista con don Samuel Ruiz, obispo emérito de San Cristóbal de las Casas, 12 de enero de 2002.

² Entrevista con el P. Mardonio Morales, S.J., misionero durante 40 años en Bachajón y uno de los coordinadores del Congreso, 20 de octubre de 2001.

local. El Concilio ya había considerado a las Iglesias particulares auténticas Iglesias y así las denomina, porque en cada una de ellas subsiste la plenitud de la Iglesia³. Para que la práctica pastoral reflejara esta convicción eclesiológica se vio la necesidad de fomentar, formar y consolidar una estructura eclesial propia. La DSCLC ha definido a la Iglesia autóctona como enraizada en el lugar donde está, asumiendo la cultura local y siendo fiel a las semillas de la Palabra propias de esa cultura. Busca ser una Iglesia adulta, con identidad propia, con una reflexión de la fe y espiritualidad propias, con celebraciones y símbolos acordes a su tradición y con ministerios ordenados y laicales surgidos de su seno. Quiere desarrollar los recursos de personal y económicos que la hagan autosuficiente. Cabe destacar que ha sido siempre constante la preocupación de la DSCLC por la catolicidad y compromiso por la unidad y comunión en la Iglesia universal: «Una Iglesia autóctona católica siempre estará en comunión con las demás Iglesias particulares y con la Iglesia que preside quien está a la cabeza de la caridad; siempre será una Iglesia fiel a la tradición»⁴

La experiencia de la Misión ha mostrado que existen cinco factores fundamentales para el desarrollo de la Iglesia autóctona⁵. El primero es la densidad étnica, es decir, que exista una cultura diferenciada, vital y dinámica, con su propio tejido social intacto. El segundo punto es la vivencia, por parte de esta cultura, del cristianismo como Buena Noticia en todos los aspectos, lo que significa que el evangelio sea percibido como auténtica experiencia de salvación, tanto espiritual como social y económicamente. El tercer punto es el acompañamiento de un equipo de agentes de pastoral comprometidos con el proceso, trabajando en un esfuerzo de continuidad y no de manera esporádica o individual. El cuar-

to punto es la emergencia una dirigencia autóctona de carácter cristiano y con suficiente autoridad moral. Este es tal vez el punto más difícil de concretar. Finalmente, como quinto punto fundamental, la guía y el apoyo del obispo.



Los primeros esfuerzos para la consolidación de la Iglesia autóctona implicaron la invitación, formación y consolidación de un gran número de catequistas, verdaderos pioneros de la evangelización de su pueblo y fermento de esta nueva Iglesia naciente⁶. No es posible encarecer demasiado lo que ha significado el esfuerzo de todos estos hermanos que durante tantos años han prestado su servicio en gratuidad. Ellos son los que crearon los cimientos de esta Iglesia diocesana renovada, convocando, formando, animando a sus comunidades, haciéndolas crecer en comunión con las demás comunidades para llegar a integrar una verdadera Iglesia local.

Es en este movimiento de catequistas comprometidos con la Iglesia donde podemos encontrar las raíces del subsiguiente movimiento diaconal. Los diáconos de la DSCLC son hombres que han probado su convicción cristiana a través de largos años de trabajo al servicio de las comunidades. Estas mismas comunidades los eligieron, los acompañaron y son las que hasta hoy dan testimonio de su entrega y fidelidad al evangelio.



3 Concilio Vaticano II, Constitución Dogmática sobre la Iglesia (*Lumen Gentium*), 23.

4 Documentos del Tercer Sínodo Diocesano de la Diócesis de San Cristóbal de las Casas, enero 2000, 1. La Iglesia Autóctona.

5 Entrevista personal con Alberto Velázquez, superior de la Misión de Bachajón, 10 de octubre de 2001.

6 En la actualidad, sólo en la Misión de Bachajón, sirven alrededor de 1,600 catequistas.

Iglesia autóctona y ministerios ordenados

Ya decíamos que toda reflexión pastoral debe partir de la realidad, iluminada por la fe, con vistas a ofrecer lineamientos que lleven a prácticas concretas. Todo con la meta de crecer en fidelidad al Señor de la historia y a su proyecto, el Reino de Dios. Es claro que este es un proceso permanente, nunca se puede dar por acabado. La conversión continua, la purificación constante, son criterios básicos de la reflexión pastoral que reconoce que si bien la Iglesia tiende al Reino, ella aún no es el Reino. Por eso una pastoral de conservación, de instalación, es siempre infidelidad al mismo ser de la Iglesia⁷ y el encontrar solamente en el pasado modelos válidos de acciones pastorales implica pretender detener la irrupción del Espíritu que en todo momento renueva, purifica y vitaliza a la Iglesia, para perfeccionarla por y en la caridad.

Por eso la pastoral en la DSCLC mantuvo un oído abierto a la voz de las comunidades y nunca dejó de escrutar los signos de los tiempos. Un siguiente kairós lo significó una reunión realizada en la comunidad de Tacuba, Misión de Bachajón, en 1975. En ella uno de los ancianos de la comunidad, Domingo Gómez de Ara, le manifestó con honestidad y transparencia a los misioneros que existía un gran pendiente en la acción pastoral de la diócesis: «Hace falta que nos den el Espíritu de Jesús, el Espíritu que mantiene unida a la comunidad, que hace que se mantenga vivo el trabajo de Jesús. Queremos ministros ordenados tzeltales⁸».

Algunos misioneros se refieren a ese día como el Pentecostés de la Iglesia tzeltal, y creo que hay varios paralelismos que hacen legítima la analogía. La irrupción del Espíritu, que ante las dudas y dificultades para encontrar el siguiente paso del camino, se hace presente y hace entender a los creyentes la profundidad de su fe, de su vocación apostólica. Los tzeltales ya no pidieron más misioneros, pidieron recibir el Espíritu que mantiene unida a la comunidad,

el Espíritu presente en los ministerios ordenados. Al igual que los apóstoles en Pentecostés, los cristianos tzeltales se sienten invitados a hacerse cargo de su Iglesia, saben lo que eso significa y aceptan la responsabilidad. Destaca la actitud de comunión que se manifiesta en la petición de la asamblea: querían servidores de la unidad, servidores en comunión con la Iglesia en la que creían. El obispo, principio y fundamento visible de la unidad de su Iglesia, que la une y reúne⁹, es quien recibe la petición del Pueblo de Dios. Y el obispo respondió en consecuencia como pastor.



El proceso hacia la concreción de esta petición no fue sencillo. Tomó varios años de reflexión en que se involucró a todas las comunidades. Había distin-

⁷ Ramos, Julio A., *Teología Pastoral*, BAC, Madrid 1999, 110 y ss.

⁸ Con éstas o similares palabras se describe el hecho en prácticamente todas mis entrevistas con los agentes de pastoral de la Misión y con el obispo emérito, don Samuel Ruiz.

⁹ Concilio Vaticano II, *Decreto sobre el Ministerio Pastoral de los Obispos*, 11

tos puntos de vista entre los agentes de pastoral de la diócesis. Algunos se inclinaban a buscar ministerios temporales, que se acercaran al sistema de cargos propios de las comunidades indígenas y que tienen una duración limitada. Detrás de esta opción estaba el temor de que se suscitaran pequeños cacicazgos, que los ministros ordenados se convirtieran en detentadores de poder y que usaran ese poder en beneficio propio, a costa de la comunidad. Otros se inclinaban por ministerios permanentes, ordenados, de manera que se fuera consolidando la estructura de la Iglesia autóctona con un liderazgo propio. Esto también tiene su reflejo en la cultura indígena, ya que si bien existen cargos temporales, cuando alguien ha pasado por todos ellos se convierte en un líder de la comunidad, una especie de «anciano» al que se le llama «trensipal», derivado tzeltal del castellano «principal». Este cargo es vitalicio y tiene un papel muy importante en la organización y dirección de las comunidades.

Un primer paso fue el resurgimiento del cargo de «visitador», que ya había existido en los 70, pero que después se dejó de fomentar. Estos visitadores eran catequistas con muchos años de experiencia y capacidad en manejo de conflictos. El visitador tenía a su cargo un grupo de catequistas a los que visitaba, animaba y coordinaba. A petición de los visitadores se les empezó a dar formación. Era claro que entendían la responsabilidad que asumían y solicitaban formación para eso.

El largo período de instrucción con responsabilidades escalonadas reflejaba el sistema de formación en el servicio, propio de la cultura tzeltal. A lo largo de este proceso el servidor va aprendiendo la manera de proceder propia de la cultura, va dando testimonio de su integridad personal y capacidades de liderazgo y, de esa manera, va aumentando su autoridad moral. La comunidad juega un papel muy importante porque es la que elige a sus servidores, los apoya y los evalúa.

De manera que antes de darse las primeras ordenaciones diaconales, la estructura de la Iglesia autóctona ya había empezado a desarrollarse. Los que eventualmente llegaron a ser diáconos ordenados, hubieron de pasar antes por los cargos temporales ya existentes. Cuando finalmente se vio con claridad la pertinencia de seguir el proceso hacia la ordenación de diáconos permanentes

indígenas (DPI), se estableció un período de formación, una especie de candidatura. Así tomaron el cargo los primeros prediáconos. Seis años duraría este período de formación y prueba con un seguimiento muy cercano de los candidatos por parte de los agentes de pastoral y del obispo. No fue sino hasta 6 de marzo de 1981 que se ordenaron los primeros diáconos tzeltales en la comunidad de C'ubwits. Era un paso muy importante en la implementación pastoral de los lineamientos del Vat II, que dejaban muy clara la importancia de que cada Iglesia particular contara con jerarquía propia.

El diaconado permanente indígena en la Misión de Bachajón

Siguieron años de reflexión y trabajo para ir mejorando la formación y servicio de los DPI. Desde un principio se vio con claridad que su servicio habría



de ser gratuito, de acuerdo a los valores de la cultura tzeltal. Eso implicaba que el diácono y su familia seguían viviendo de su trabajo como campesinos, lo que necesariamente limitaba el tiempo que le podían dedicar al servicio diaconal. Por esto se vio que era mejor «que hubiera muchos con poca carga pastoral, que pocos con mucha carga pastoral». La gratuidad del servicio y el adecuarlo a las posibilidades de las familias campesinas fue uno de los principales aciertos de esta opción pastoral¹⁰.

Otro gran acierto fue el no dejar solos a los diáconos en su trabajo. En el mundo indígena todo se hace dentro de la comunidad, en comunidad y para la comunidad. En el caso del servicio diaconal esto implicó en un primer término el caer en la cuenta de que el compromiso era un compromiso de pareja. No era sólo el varón quien se comprometía a servir a su pueblo, a su Iglesia, sino que su esposa también aceptaba hacerse responsable de ese trabajo. Era una decisión de dos. Unidos es como aceptan la invitación del Señor Jesús y así unidos estudian y sirven a la comunidad. La esposa del diácono lo acompaña en casi todas sus celebraciones. Ella se preocupa de reunir a las mujeres y compartir con ellas lo aprendido en los cursos de formación. Como ministros extraordinarios, acompañan a sus esposos en la distribución de la comunión en las comunidades. Y esto es reflejo de un elemento fundamental de la cultura tzeltal e indígena en general: sólo el hombre y la mujer casados, que han probado su responsabilidad como encargados de una familia, tienen la madurez y la autoridad moral necesarias para asumir cargos comunitarios. Y una vez asumidos estos, trabajan uno al lado del otro en beneficio de su colectividad.

Otro gran acierto en esta misma línea fue el nombrar parejas de «principales» como acompañantes del diácono y su esposa. Estos principales son acompañantes y consejeros del diácono y su esposa. Por lo general son un matrimonio mayor, con larga experiencia en el servicio de la comunidad y con un conocimiento amplio de las prácticas propias de la cultura. Ellos también asisten a los cursos de formación de los diáconos y acompañan al diácono y a su esposa a las celebraciones que realizan. Cada diácono tiene su principal. El papel que estas parejas de «ancianos» ha sido crucial en el surgimiento de la Iglesia autóctona tzeltal. Ellos han sido un gran apoyo para los diáconos y sus esposas, especialmente en momentos difíciles o ante problemáticas comuni-

tarias complejas. También han servido como correctivo ante posibles tentaciones de abuso de poder. Como testigos permanentes del trabajo de los diáconos y sus esposas, en más de una ocasión han ayudado a echar por tierra calumnias levantadas contra algún servidor. Los «principales» y el servicio específico que prestan también encuentran sus raíces en la estructura de gobierno tradicional indígena.

Además de los principales, existe en cada comunidad un «presidente de ermita» que es el encargado del mantenimiento físico del templo del lugar, así como de organizar los trabajos comunitarios relacionados a la vida eclesial: preparación de fiestas y celebraciones, registro y comunicación de necesidades sacramentales en la comunidad (bautismos, primeras comuniones, matrimonios), atención a los enfermos y necesitados, etc. El diácono y su esposa, así como la pareja de los principales, trabajan siempre en coordinación con estos presidentes de ermita.

Finalmente existe el servicio de «secretario», que es el encargado de registrar por escrito todo lo referente al ministerio del diácono: contenidos de los cursos de formación, las tareas resueltas, compromisos de atención pastoral y sacramental, peticiones de las comunidades, etc. La pareja del diácono y su esposa, la pareja de principales y el secretario constituyen lo que se denomina la «comitiva», que es la unidad fundamental, el equipo pastoral a la base de la estructura organizativa de la Iglesia autóctona tzeltal. Las comitivas asisten a los cursos de formación, a la Asamblea de la Misión, a las reuniones a las que las convocan los misioneros y el obispo. Finalmente, el examen previo a la aprobación para la ordenación de un candidato al diaconado, es presentado ante el obispo por todos los miembros de la comitiva.

Un Ministerio Inculturado

Esta estructura operativa de la Iglesia autóctona tzeltal en la Misión de Bachajón fue aprobada por el Sr. obispo don Samuel Ruiz a través de una serie de edictos diocesanos fechados el 25 de enero de 1993¹¹, y por la aprobación y publicación del Directorio Pastoral de la Misión¹². Estos documentos fueron el resultado de la experiencia acumulada durante

¹⁰ Para una descripción más detallada de estas opciones pastorales ver: Ali Modad Aguilar, Felipe: *Engrandecer el corazón de la comunidad. El sacerdocio ministerial en una Iglesia inculturada*, CRT-ITCJ, México 1999, pp. 24 y siguientes.

¹¹ Existe un total de 23 edictos diocesanos, de distintas fechas, relacionados a la aprobación y constitución de la estructura de la Iglesia autóctona tzeltal en la Misión de Bachajón. Se encuentran en los archivos de la Misión y en los archivos diocesanos de San Cristóbal de las Casas.

¹² Directorio de Pastoral Indígena de la Misión de Bachajón, Bachajón 1995.

más de 30 años de trabajo misionero, de caminar al lado de las comunidades, aprendiendo a amarlas, a conocer su cultura y a respetarla. Un punto clave de este trabajo pastoral lo constituye el compromiso explícito por realizar una evangelización inculturada.

Mucho se ha hablado últimamente sobre inculturación, especialmente dentro de la Iglesia. Son innumerables los llamados del Santo Padre a la inculturación y la encarnación del mensaje evangélico¹³. A pesar de este casi unánime reconocimiento de la necesidad de inculturar el evangelio, en el momento de ponerla en práctica nos encontramos con distintas interpretaciones. Para algunos la inculturación implica utilizar referentes culturales de las etnias receptoras para atraerlas a una «civilización cristiana» ya existente. Aquí los sujetos de la inculturación serían aquellos que conocen la cultura cristiana y se sienten llamados (y aprobados) para extenderla. No ignoran las diferencias culturales, saben que hay que tomarlas en cuenta para realizar una auténtica evangelización, pero no termina de haber una aceptación y respeto por la cultura interlocutora. Esta especie de chauvinismo propio de la «cultura occidental»¹⁴, ha contribuido a que se lleguen a confundir opciones pastorales contingentes con una estructura fundamental necesaria universalmente para identificar al cristianismo.

Un acercamiento diferente, y que ha probado ser mejor, parte del reconocimiento de la cultura misionada, de la necesidad de insertarse en ella para entenderla y apreciarla y, finalmente, poder explicitar el anuncio evangélico en los moldes propios de esa cultura. A diferencia de la postura anterior, ésta reconoce y valora a la cultura receptora y descubre con gozo el paso del Espíritu, que deja en ella claras «semillas del Verbo»¹⁵. Aquí los sujetos de la evangelización serían los misioneros «concientizados», comprometidos con las culturas a las que sirven y a las que conocen bien y respetan, por haber convivido con ellas largos años.

Recientemente se ha visto, que si bien este segundo acercamiento es muy bueno y necesario para una primera evangelización, para una primera transmisión del kerygma cristiano, en realidad no puede considerarse una auténtica inculturación¹⁶. Para que

se realice un auténtico proceso de inculturación es necesario que los propios miembros de las culturas tomen el anuncio que han recibido, lo vivan y lo reflexionen, enriqueciendo su interpretación tradicional y, finalmente, que lo puedan expresar a propios y extraños. Solamente entonces se puede hablar de una auténtica inculturación del evangelio. Aquí el sujeto de inculturación son los hombres y mujeres pertenecientes a las propias culturas.

En la Misión de Bachajón se está dando este último paso. La Iglesia autóctona tzeltal ha recibido el kerygma cristiano a través de referentes culturales que le son familiares y, por eso, comprensibles. Ahora ellos están en el proceso de encarnar esa Buena Noticia en sus vidas, de reflexionarla desde su marco cultural y horizonte de sentido, de celebrarla siguiendo sus tradiciones y de comunicar su esperanza a otros pueblos, tanto cristianos como no cristianos. Con esto enriquecerán y profundizarán la reflexión teológica de la Iglesia universal, aportándole intuiciones que habrían permanecido ocultas a sujetos con otros horizontes culturales de sentido.

La formación inculturada de los ministros indígenas debe incluir los contenidos académicos reconocidos y pedidos por la Iglesia universal¹⁷. Además debe incluir los elementos propios de su cultura: conocimiento crítico de la realidad local, de sus costumbres y tradiciones, de su pedagogía propia, de las semillas del Verbo presentes en su historia. Un excelente ejemplo de un programa de formación diaconal que toma en cuenta los requerimientos básicos de la Iglesia universal, así como las necesidades de la Iglesia particular, es el Directorio Diocesano para el Diaconado Indígena¹⁸. Este documento parte de la historia del diaconado indígena permanente en la DSCLC explicitando su sentido teológico como elemento fundamental en la construcción de la Iglesia autóctona.

La formación de un diácono permanente en la DSCLC dura ocho años repartidos de la siguiente manera: el Aspirante al diaconado tendrá un año de formación elemental; el que ya es Candidato, habrá de pasar tres años de formación básica, y para el diácono ordenado esta formación se extenderá por cuatro años más, tocando entonces temas especializados. Además, hay que tomar en cuenta que los aspirantes al diaconado son siempre catequistas, es decir, que tienen ya desde un principio años de formación y experiencia evangelizadora.

13 Vale destacar el No. 52 de la encíclica *Redemptoris Missio*.

14 Fonet Betancourt, Raúl, «El cristianismo: perspectivas de futuro en el umbral del tercer milenio a partir de la experiencia de América Latina, Pasos, (51) enero-febrero 1994.

15 Concilio Vaticano II, Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia (*Ad Gentes*) 11.

16 Ver por ejemplo la tesis de Diego Iruarrázabal en su libro «Inculturation», Orbis Books, Maryknoll, N.Y., 2000, pp 6 en adelante.

17 Véanse las *Normas básicas de la formación de los diáconos permanentes*, Congregación para el Clero y Congregación para la Educación Católica, Roma, febrero de 1998.

18 Directorio Diocesano para el Diaconado Indígena Permanente, DSCLC, 1999.

La inculturación de los ministerios cristianos en la cultura tzeltal implica algo más que la adopción de la lengua local y el uso de símbolos comprensibles. Es algo mucho más profundo. Implica reconocer, por ejemplo, que dentro de las culturas indígenas el llamado vocacional se manifiesta predominantemente a través de la comunidad, llamado que después es ratificado por el individuo y por el obispo. Implica buscar estructuras de formación que reflejen la pedagogía propia de la educación tzeltal, con énfasis en el trabajo comunitario, la inserción en la vida comunitaria, y la reflexión a partir de la propia realidad. Tal vez por eso hasta ahora ha sido tan poco fructuosa la formación de jóvenes indígenas en seminarios al estilo europeo. Lejos de su gente y de los procesos de maduración personal propios de su cultura, un gran número de ellos terminan teniendo fuertes problemas de identidad y dificultad para las relaciones interpersonales. Basta hacer un recorrido por las diócesis con clero indígena, formado a la usanza tradicional, para conocer esta problemática.

Si creemos en la inculturación del evangelio, debemos creer también en la inculturación de las estructuras eclesiales, de sus ministerios. Las comunidades han sentido la necesidad de contar con ministros que les ayuden a consolidar su comunión, a llevar una vida sacramental sana y dinámica. Por eso no han dejado de pedirle a sus pastores que no cierren el paso al Espíritu que cuida a la comunidad, al Espíritu que reciben sus hermanos a través del sacramento del orden. Y ahora lo siguen pidiendo, tal vez más que nunca, porque han experimentado los cambios positivos que ha traído el servicio que los diáconos permanentes les prestan.

Conclusión

En la Misión de Bachajón y en toda la DSCLC se está dando un proceso de evangelización sin precedentes en los 500 años de presencia cristiana en América. Tal vez por primera vez en el continente las culturas indígenas se convierten en sujetos de su propia evangelización: escuchan la Palabra de Dios, la reflexionan, la encarnan en su cultura. Van construyendo su Iglesia desde los fundamentos, tal y como aparece descrito en el Nuevo Testamento con res-

pecto a las primeras comunidades cristianas. Empezamos a recibir también la reflexión teológica de estas comunidades, realizada a partir de su cosmovisión, y que enriquece a la interpretación de la Revelación cristiana aportando nuevas perspectivas y resaltando elementos que tal vez habían pasado desapercibidos.

En la DSCLC el proceso que empezó hace más de 40 años a llevado al desarrollo de una pastoral de inculturación con resultados concretos y cuantificables¹⁹. Nos encontramos con una Iglesia particular viva, dinámica, auténticamente cristiana y auténticamente indígena. Desde luego que siempre hay mucho que mejorar, que consolidar. Pero los hechos demuestran que las opciones fundamentales son las correctas: «por sus frutos los conocerán».



Vivimos en un mundo caracterizado por el abandono del ideal cristiano, por una crisis profunda de valores, por el aparente triunfo del materialismo consumista, por la falta de vitalidad en las comunidades cristianas, por la ausencia de vocaciones al servicio desinteresado. Dentro de esta falta de sentido la experiencia de la Iglesia autóctona en Chiapas es una luz de esperanza, especialmente para los pueblos indígenas, los «prescindibles» del proyecto globalizador actual. En esa esperanza está mi gozo, un gozo que quisiera compartir con todos, y que quisiera que algún día fuera común a toda mi Iglesia. ☑

¹⁹ Cabe destacar que la pastoral de desarrollo y consolidación de la Iglesia autóctona ha contado con la aprobación de los tres últimos obispos de la DSCLC: don Samuel Ruiz (obispo titular 1959-2000), don Raúl Vera, O.P. (obispo coadjutor 1995-1999) y recientemente don Felipe Arizmendi (obispo titular desde mayo del 2000).

Audidores laicos en el Vaticano II

De México: matrimonio Alvarez Icaza—Longoria

Fragmento de una investigación

Raquel Pastor

Investigadora del Centro Antonio Montesinos y de CENCOS

El nombramiento como auditores laicos

La presencia de seglares fue una de las novedades del Concilio. Casi desde el inicio, el Papa Juan XXIII invitó al escritor de la Academia Francesa, Jean Guittou para que participara en este evento de la Iglesia. Posteriormente, Paulo VI nombró como primera auditora laica a la Presidenta del Movimiento Internacional del Apostolado de los Medios Sociales Independientes y, poco después, a otras dirigentes, ya que quería que también las mujeres participaran. El primer grupo de auditores laicos nombrado por Paulo VI cuando se preparaba el segundo periodo del concilio, estuvo conformado por 13 personas, posteriormente llegaron a ser 42, de diferentes países de África, América del Norte y del Sur, Asia, Australia y Europa. Además estuvieron 10 auditoras religiosas que, al igual que los laicos, siguieron los debates del Concilio.

La presencia de los auditores fue restringida y simbólica. Tenían una función de representación, importante en un evento en el que la Iglesia quería renovarse para responder mejor a los desafíos del mundo moderno pero de la representación no pasaban, ya que no contaban con la credibilidad suficiente como para tener voz y voto.

José Alvarez Icaza lo manifestó de la siguiente manera:

JAI: El trabajo de nosotros en el Concilio mismo (...) consistió en el apostolado de los laicos. Fuimos tan torpes que no nos dimos cuenta que nos nombraron «auditores» laicos, o sea que nuestro trabajo era «oír» y claro está que esa función tenía poca oportunidad de participar. Pero no nos dimos cuenta de eso y nos preparamos como si fuéramos a tener una gran participación, preparamos documentos sobre los diferentes temas del concilio. Hicimos materiales con antecedentes sobre los padres conciliares más relevantes, hicimos también una documentación respecto dónde iba el

Concilio, qué te mas faltaban por tratar, estudiamos posibles propuestas sobre los diferentes temas, pero sobre todo nos concretamos a proponer al Concilio temas sobre la vida familiar. (Entrevista)

La mayoría de los auditores laicos provenían de organizaciones de apostolado que trabajaban en un plano internacional. Algunos eran importantes personalidades en diversos ámbitos; pero también había obreros, empresarios, profesores universitarios, responsables de movimientos apostólicos, etc. Su participación más activa se dio en los ritos, única-



mente en seis ocasiones tomaron la palabra durante los debates. Sin embargo, en ocasiones presentaron sus puntos de vista a través de escritos individuales o grupales. Los aportes más eficaces fueron los que se hicieron en las Comisiones Conciliares. «Esta participación de los Auditores y de las Auditoras, se realizó de la manera más completa en la Comisión del Apostolado de los Laicos y en aquella que ha tenido la difícil misión de preparar el Esquema de la Iglesia en el Mundo Moderno.

El trabajo de las Comisiones y de las Subcomisiones no se restringió a las sesiones sino que se organizaron reuniones, tanto en Roma como fuera de ahí, entre estos periodos. Los laicos fueron también consultados por obispos fuera de las Comisiones, lo cual hizo posible que sus planteamientos fueran recuperados por los prelados y presentados en las intervenciones orales.

El Papa planteó que los auditores dentro del aula conciliar debían ser locutores fuera de ella. De ahí que haya sido importante su presencia en prensa, radio y televisión, además de su participación en conferencias, artículos e inclusive libros. («Auditores y locutores» en Boletín esta semana en el Concilio No. 14. México D.F., Diciembre 26 de 1965 pp. 20-21)

El matrimonio Alvarez Icaza, conformado por José Alvarez Icaza Manero y Luz Longoria Gama, asistió al Concilio en calidad de auditor laico por disposición del Papa Paulo VI. (Boletín esta semana en el concilio. No. 1. 26 de Septiembre de 1965) Este matrimonio fue designado Presidente de la Comisión Familiar del grupo de auditores laicos, así como miembro de la Comisión para redactar el esquema referente al apostolado seglar. (Boletín esta semana en el concilio. No. 3. México D.F., octubre 10 de 1965)

JAI: «Luzma y yo habíamos ido a Roma (al Vaticano) y estaba cerrada el aula precisamente para celebrar el Concilio. Entonces subimos a un salón que está en la fachada en la parte alta de la Basílica de San Pedro y desde ahí pudimos observar mediante una ranura, la preparación del aula conciliar, estaban construyendo las galerías y poniendo los terciopelos; entonces comentamos Luzma y yo ¡qué ganas de estar en este Concilio! sin la más remota idea que poco tiempo después íbamos a estar allí.

Poco después, a fines de 1963, me habló Monseñor Emilio Abascal, encargado de la Comisión Episcopal del Apostolado Seglar, y me preguntó si yo quería participar en el Concilio Ecu

como auditor laico. Yo le dije: por supuesto que sí quiero pero lo que me sorprende es porqué y con qué carácter. Me respondió que como laico y porque estaban buscando un mexicano que fuera auditor laico. Hablamos con el delegado apostólico, con el señor Raimondi, para pedirle que hubiera un mexicano, pero dijo que debía ser un mexicano que tuviera un cargo internacional. Monseñor Abascal le dijo: Pues yo tengo uno, el Ing. Alvarez Icaza que es el Presidente Latinoamericano del Movimiento Familiar Cristiano. -Pues entonces sí, dijo Raimondi, pregúntele si quiere.

Me preguntó Monseñor Abascal si aceptaba yo ser auditor. -¿Por qué? Le dije yo. -Pues porque tiene un cargo internacional. -Pues no, soy copresidente con mi esposa Luzma que es la otra copresidente. -Bueno -me dijo monseñor Abascal poniéndose muy apenado y rojo de la cara. -La señora Alvarez Icaza es una dama encantadora y todos la queremos mucho; es una excelente madre de familia pero, pues no ha escrito un libro, no ha ido a ningún Concilio, yo no sé porqué la habríamos de nombrar. -Por lo que usted acaba de decir, es una excelente madre de familia y, como cosa curiosa, usted ya sabe que las madres de familia son las que le enseña la fe a los hijos. -¡Ah, pues tiene usted muchísima razón! -Entonces le pareció una idea muy buena, la repitió al delegado apostólico y dijeron: -Pues sí, está bien, que venga la señora Alvarez Icaza también como auditor. Y entonces nos correspondi... [Falta algo]

Nos nombraron auditores del concilio para la cuarta y última sesión, que fue en 1965. Llegamos a Roma a finales de año, todos acomplejados y con timidez, porque para entonces el concilio ya estaba muy adelantado, ya habían tenido tres sesiones. Estaban allí unos 250 expertos de todo el mundo que eran unas fieras del Concilio, otros tantos periodistas y desde luego, pues los 1500 obispos, de manera que era una cosa muy impresionante ya el concilio operando. (Entrevista)

Los preparativos

Para preparar su participación, los Alvarez Icaza llevaron a cabo una encuesta en la que recogieron la opinión de familias en un gran número de países. Para aplicarla recurrieron a los movimientos familiares de inspiración cristiana y a los movimientos laicos de apostolado. La encuesta contenía las siguientes preguntas:

1. ¿Qué esperan ustedes del Concilio en lo tocante a la vida familiar?
2. ¿Qué esperan del Concilio en lo relativo a otros aspectos diferentes de la vida familiar?
3. ¿Qué creen ustedes sea lo mejor de la Iglesia en su posición actual?
4. ¿Qué les gustaría que se reformara o mejorara en la Iglesia para alcanzar el aggiornamento -la puesta al día -por el que los papas vienen luchando, especialmente a partir de la inauguración del Concilio?

Para aplicar el cuestionario un equipo colaborador realizó viajes, de tal manera que recorrieron 35 países. Un grupo visitó los países de América Latina; otro Estados Unidos y Canadá y uno más los países de Europa Occidental. Este último participó en el Congreso de la Unión Internacional de Organismos Familiares (UIOF), celebrado en Roma en el mes de julio del mismo año. Esta institución agrupaba 273 organismos familiares en 55 países, de manera que esta reunión resultó importante porque en ella se establecieron contactos con movimientos familiares de diferentes partes del mundo: «Por todos los medios posibles se hacía llegar a las familias esta encuesta. Se aprovecharon, además del contacto directo a través de conferencias y pláticas, la prensa, el cine, el radio y la televisión. Las respuestas llegaron por miles a México». (Boletín esta semana en el concilio. No. 9. México D.F., noviembre 21 de 1965. p.22)

JAI: «Habíamos hecho una encuesta antes de ir al concilio (...) a partir de que nosotros y muchos amigos nuestros viajaban por todo el mundo. (...) juntamos 40,000 respuestas aproximadamente y las organizamos, eran como de 40 países, de América Latina, Europa, Canadá y Estados Unidos, porque pensamos: ¿qué hacíamos para llegar al concilio? No teníamos nada importante que decir, somos un matrimonio muy modesto que nada puede aportar, no sabemos nada. pues cuando menos hagamos una encuesta del aspecto de los matrimonios, no muy ortodoxa pero sí funcionó y ese fue nuestro aporte al Concilio. RP ¿Las respuestas coincidían?

Eran muy amplias. Hicimos un documento: «La gente pide esto». (Entrevista) Además de la encuesta, se realizaron estudios, se sistematizó la experiencia en el MFC, se conformó un equipo. Para todo esto fue necesario instalar una oficina. El 29 de septiembre el matrimonio mexicano sustentó una conferencia ante los padres conciliares al iniciarse los debates sobre matrimonio y familia.

En ella presentaron un informe sobre la encuesta realizada por el Movimiento Familiar Cristiano en treinta y cinco países de todos los continentes, sobre la situación de la familia y opiniones de la misma en relación con el Concilio.

Dentro de los temas tratados por las miles de familias en la encuesta estuvieron: las relaciones entre padres e hijos, la formación prematrimonial, la renovación litúrgica, la estructura de la Iglesia y el control de la natalidad. Una comisión especial del MFC en México se dedicó a hacer el cómputo de las respuestas y la clasificación por temas. (Boletín esta semana en el concilio. No. 1. 26 de Septiembre de 1965 p.11)

Además de la oficina en México, los Alvarez Icaza instalaron «La Casa de la Familia» en Roma

JAI: Antes de ir al Concilio hicimos consultas, preguntamos a Monseñor Ilich que nos aconsejara, nos dio su punto de vista, y a otras personas pero la que más importancia tuvo en nuestra preparación fue una monja que trabajaba con Monseñor Ilich, que se llamaba Betsy Holands, una viejita holandesa preciosa, una religiosa muy notable, tan notable que fue la jefa de la resistencia en Bélgica cuando fue la invasión nazi e hizo unas labores verdaderamente destacadas. Fuimos a verla para preguntarle qué nos aconsejaba y nos dio muy buenos consejos.

-Miren, cuando lleguen a Roma, ya va a ser el cuarto año del Concilio y todo mundo ya va a estar fastidiado, todos están cansados, aburridos, muy abrumados (...) por eso yo les sugiero que monten una casa de familia común y corriente para que sean una familia común y corriente e inviten a cuanta gente puedan a esa casa. No se les ocurra en esa casa dar una conferencia del Concilio, ¡no, no, no, no!. Que esa casa sea una casa de descanso sobre el Concilio. Ahí van a hacer su trabajo ustedes.

Seguimos su consejo, resultó muy bueno, alquilamos la casa del embajador de Italia en España que había dejado su casa en Roma, una casa muy buena, estaba situada muy estratégicamente, en Pie de la Croce y Boca di Lione, toda una predicción sobre su localización, y ahí nos llevamos a dos de nuestras hijas y un equipo que nos acompañaba que era muy abundante porque no

sabíamos nada, entonces llevamos a muchos auxiliares para que nos ayudaran. Iban dos padres: Alfredo Vázquez Corona e Ignacio Navarro.



Nuestro trabajo consistió en (...) invitar a las gentes del Concilio a nuestra casa, no para hablar del concilio sino para darles un lugar de descanso, un lugar de esparcimiento porque la gente estaba ya muy cansada con el concilio. El Arzobispo de México se sentaba en un sillón y se ponía a dormir; feliz el hombre ahí, era su oasis; a un cura Irlandés le invitábamos a que tomara Whisky, cosa que le encantaba; a un cura Americano que se le rompía la camisa, las mujeres se la cosían. Nos visitaron muchas gentes, cuando cerramos el registro que teníamos de visitas, habían pasado más de 1,000 visitantes de todos los niveles. La casa que alquilamos era una casa grande. ¿Qué gente iba? Iban seminaristas

a quejarse de los seminarios y a proponer reformas. Y hubo un señor que nos dijo: -Yo llevo 20 años estudiando el control natal, y esa es mi experiencia; otro decía, tengo un estudio detallado de qué es el Marxismo, les puedo dar mi experiencia, -¡Sí claro, bienvenida! Los curas llegaban con su sabiduría a regalárnosla.

Ciertamente «La Casa de la Familia», dirigida por el matrimonio Alvarez Icaza, fue visitada por muchos personajes, tanto eclesiásticos como seculares. Por ejemplo: monseñor Georges Hakim, Arzobispo de Akka y Nazareth, quien ofició una misa según el rito Melquita; Mons. Joseph A. Rosario, obispo de Amravali, India, quien regalo su pectoral a una de las niñas Alvarez Icaza, pidiéndole que lo ayudara a llevar su cruz, monseñor Baccino, de Uruguay; Monseñor Bogarín, de Paraguay; monseñor Cornejo, de Perú; y otros obispos de Centroamérica, Brasil, Argentina y algunos otros países. Dentro de los preladados mexicanos que también visitaron la casa están: el Cardenal José Garibi y Rivera, monseñor Miguel Darío Miranda; monseñor Márquez y Toriz, Arzobispo de Puebla y Presidente del Comité Episcopal; monseñor Emilio Abascal, Presidente de la Comisión Episcopal para el apostolado de los seculares

También periodistas de diferentes países recurrieron a la pareja en esta casa. Entre los personajes importantes con quienes el matrimonio estableció relación están: los monjes Thurian y Roger; Pilar Belosillo, Presidenta de la Unión Mundial de Organizaciones Católicas; Juan Vázquez, presidente de la Federación Internacional de la Juventud Católica; el sacerdote Cabodevilla, importante teólogo español, el sacerdote francés, Abbé de Grail, ambos especializados en cuestiones familiares; y restablecieron contacto con el Cardenal Tisserant que poco antes había visitado México. (Boletín esta semana en el concilio No.3. México, D.F., octubre 10 de 1965 pp. 16-17 y Boletín esta semana en el concilio No. 4. México, D. F., Octubre 17 de 1965)

Se llegó a decir que la Casa de la Familia en Roma «ha sido el mayor éxito de relaciones públicas que México se ha anotado en Roma». («Transformación del mundo a partir de la familia» en Boletín esta semana en el concilio. No. 13. México D.F, Diciembre 19 de 1965 p.8) ☐

La palabra a fondo

Equipo CRT

25 de agosto, 21º domingo ordinario

Tema central: Pedro, uno de los discípulos de Jesús ha ejercido en la Iglesia un oficio particular. Es lo que se llama el *ministerio petrino*. Esta parte del evangelio pretende enraizar este oficio eclesial en la vida del Jesús histórico.

Hechos

- El Papa ha visitado varias veces nuestro México. Los preparativos y el desarrollo de sus visitas evidencian la importancia que su figura reviste para la mayoría de los católicos de este país.
- Los hombres de gobierno tratan de capitalizar su presencia para obtener los mejores dividendos políticos posibles.

Iluminación: Mt. 16,13-20

Ciertamente el pasaje de Mateo atribuye a Pedro una importancia en la vida de la comunidad diferente de la de los demás discípulos. Le encomienda el oficio de ser la piedra que fundamenta la vida de la Iglesia. Menudo oficio. Ello no se debe a las cualidades personales del apóstol —al que los evangelios recuerdan también negando al Maestro o sirviéndole de tropiezo— Jesús le llama Satanás! (v. 23)—, sino a la libre y gratuita elección por parte de Dios (v 17).

En los primeros siglos, cuando la realidad fundamental eclesial la constituían las iglesias particulares, el ministerio del obispo de Roma —al que la tradición atribuye ser el sucesor de Pedro— no iba en detrimento de la vida y la autonomía de dichas iglesias. Cada una vivía libre y creativamente la fe cristiana de manera encarnada en la situación cultural, social y política en que se encontraban. Acudían al Papa en momentos de crisis y de conflicto entre dos o más comunidades, como instancia de

apoyo, animación y, en caso necesario, arbitraje. En esto consistía el «*ministerio petrino*».

En buena parte del segundo milenio, conectado con el creciente poder temporal del papado, se dio un fenómeno de centralización unilateral de la vida eclesial en torno a la Iglesia de Roma y, consiguientemente, de imposición férrea de formas litúrgicas, disciplinares y doctrinales propias de esta comunidad, lo cual, ciertamente, acabó por extinguir la riqueza y creatividad de las iglesias particulares y regionales. Parecía que el papado, en vez de estar al servicio del Reino de Dios, se preocupaba más por el crecimiento y conservación de su poder mundano. Aquí se encuentra una de las raíces del cisma protestante.

En el citado texto bíblico se liga el oficio de las llaves a las acciones de «atar» y «desatar» que, en la práctica de los rabinos del tiempo de Jesús, se refería a la facultad de condenar a alguien («atar») a ser expulsado de la comunidad por algún comportamiento que podía ser destructivo para ésta, pero también al levantamiento de este castigo («desatar») y a su reinsertión en la vida comunitaria, tomando en cuenta su arrepentimiento y disposición a la conversión. Por lo demás, en el cap. 18, vers. 18 se dirige esta encomienda a todos los discípulos que forman la comunidad —no sólo a Pedro.

La autoridad eclesial tiene como competencia principal velar para que florezca en la Iglesia una auténtica vida comunitaria, puesta al servicio del Reino de Dios. En ella deben quedar incluidos todos los creyentes. Nadie debe quedar excluido. Tampoco se trata de conseguir poder económico o político para la Iglesia como institución. El ministerio petrino se dirige a unir y reunir a todos los cristianos, no a separarlos. En la medida en que el



Papa y sus colaboradores pongan esto en práctica, serán fieles al proyecto de Jesucristo.

Conversión

1. ¿Nuestro aprecio y amor al Papa, como autoridad eclesial, es auténtico y conforme al Evangelio? ¿O hemos caído en una devoción que se apoya en una imagen idealizada o, peor aún, divinizada del sucesor de Pedro, buscando solamente «milagros» para nuestro beneficio individual y egoísta, y sin una auténtica disposición de nuestra parte a vivir radicalmente el Evangelio?
2. ¿Hasta qué punto nos preocupamos sinceramente por la vida de la comunidad cristiana y ponemos nuestro mejor esfuerzo para colaborar a su crecimiento y profundización?

1 de septiembre, 22º domingo ordinario

Tema central: Jesús es capaz de enfrentar y aceptar el sufrimiento y la misma muerte cuando lo que está en juego es la misión que ha recibido de su Padre a favor del Reino.

Hechos

- En los primeros años en que se redescubrió la pastoral popular —sobre todo los 70s y principios de los 80s— hubo ocasiones en que se enfocaron las cosas desde un ángulo unilateralmente «conflictivista». Por momentos se podía tener la impresión de que el conflicto, sobre todo social, —y junto con él el martirio— era el punto de partida de todo auténtico compromiso cristiano.

- Hoy asistimos a una revisión de los posibles excesos cometidos en el pasado. Se extiende un estilo que tiende a ser inclusivo, convocante, que busca espacios posibles y comunes de colaboración, en el que participen todos los estratos sociales. Pero junto con esto, nos topamos también con otros modos de proceder —conectados con las actitudes autodenominadas de «postmodernidad», en los que privan un espíritu de irenismo y pragmatismo, como principios absolutos de la autenticidad cristiana.



- Muchos cristianos, sobre todo del pueblo trabajador, son criticados por algunos agentes de pastoral por no vivir un compromiso cristiano serio, por no estar disponibles al sufrimiento y el conflicto. Cuando se lanzan estas apreciaciones, suelen referirse a la falta de participación en actividades eclesiales de evangelización explícita, o en organizaciones sociales o políticas. Sin embargo muchas de estas personas, ciertamente con esas características señaladas, se comportan responsablemente en sus compro-

misos familiares o cívicos más básicos. Y esto conlleva, sin duda, diversas formas de sufrimiento y abnegación.

Iluminación: Mt. 16,21-27

En este pasaje aparece una imagen de Jesús que poco tiene que ver con una persona acrítica e ingenua. Si bien su mirada estaba puesta finalmente en el Padre y en la misión que le ha encomendado —ser servidor de su Reinado—, precisamente en la persona del Padre, con su misma mirada, contemplaba la historia del género humano y a cada persona en particular. Más en concreto, percibía también el rejuego de fuerzas sociales y de intereses —religiosos, económicos, políticos— que estructuraban la convivencia social. Constató, dolorosamente, que así como hay quienes —en todos los estratos sociales— están abiertos a la liberación ofertada por Dios, también aparecen personas, colectivos e instituciones que se oponen frontal y violentamente a este proyecto amoroso, sobre todo, a sus consecuencias concretas en la vida social.

De este modo, su misión, fundamentalmente de paz y reconciliación, pero necesariamente encarnada en los dinamismo de la historia, comportó por ello —junto con el gozo de la Buena Noticia de quienes la necesitaban y se reconocían como tales— un conjunto de consecuencias penosas, como fueron el rechazo, la oposición e, incluso, el martirio. Jesús no buscaba provocar o encender el conflicto, sino el perdón y la plenitud para todo ser humano. Aquel apareció como un resultado de su fidelidad inquebrantable al Padre y a los seres humanos; más en concreto, como una forma de reaccionar éstos —y sus engendros sociales— ante tal ofrecimiento. El conflicto es una consecuencia, en sí indeseable, y no un programa de vida. En este sentido —y sólo en este— el conflicto y el martirio constituyen dos de los grandes criterios de la radicalidad cristiana., insoslayables para todos aquellos que desean

llegar a ser seguidores auténticos de Jesús (v. 24-26). Jesús acepta la muerte, no la desea.

A la mera hora, no sabemos bien a bien por qué Pedro reacciona de la manera que dice esta perícopa: si fue por un amor sincero a Jesús, pero sin una visión profunda de fe; o por haber comprendido la misión como una búsqueda de poder personal; o si se traslucen rasgos de irenismo y de transacción pragmática a ultranza. O por todo esto junto?

Conversión

1. ¿Qué tanto discernimos, con dedicación y profundidad, cuándo las situaciones de tranquilidad y serenidad responden a las situaciones objetivas en que nos movemos y a las exigencias mismas del servicio al Reino, y cuándo a un mero pragmatismo o medrosidad interesados?
2. ¿Es justo sostener que sólo quienes padecen conflictos o persecución por sus actividades evangelizadoras —organizadas eclesiásticamente—, o por su militancia social o política a favor de las mayorías, están compartiendo la cruz de Cristo? ¿Qué pasa con la fidelidad cotidiana —y sus momentos penosos— de los que se entregan a sus compromisos ordinarios familiares y de trabajo, y practican otras formas de compartir su fe y sus bienes con los demás?

8 de septiembre, 23º domingo ordinario

Tema central: La vida cristiana es esencialmente comunitaria, antes que individual o jerárquica. Eso se ha de manifestar también en la práctica de los sacramentos, en este caso, en la práctica de la reconciliación.

Hechos

- Hay creyentes, especialmente en las ciudades medianas y grandes, que entienden la vida cristiana como el ejercicio individualista de algunas virtudes prescritas, en orden a estar bien

con Dios y, de esta manera, salvar su alma. Para ellos las consecuencias prácticas de la fe poco tienen que ver con las demás personas, católicas o no, con sus necesidades, etc. O, a lo más, las miran como objeto de asistencialismo necesario, de nuevo, para la propia salvación. Son como una condición o una oportunidad para que yo me salve. Objetos, pues.

- Conectada con lo anterior está la convicción de que una persona, como laico o laica, no tiene muchas posibilidades de entrar en comunicación efectiva con Dios. Los laicos son «profanos», se encuentran «en el mundo». Por lo tanto, alejados de la divinidad. Para eso otro, específicamente, existen los sacerdotes. Ellos «están más cerca de Dios». Por eso hay que acudir para que funjan como intermediarios en orden a conseguir los favores o milagros que cada uno necesita. Cada creyente se entiende con un sacerdote —en el mejor de los casos, porque a veces no están de humor—, y de este modo todos vamos consiguiendo lo que necesitamos. Claro que como todo, ellos cobran por hablarle a Dios de nuestra parte. Pero, mientras no abusen, está bien. Todo cuesta.
- Otros cristianos han llegado a experimentar que la vida cristiana auténtica sólo es posible en el seno de una comunidad real. Es decir, en un grupo no muy grande, que puede ser heterogéneo, en el que la relación con los demás como personas, el crecimiento juntos, la comunión afectiva y efectiva, y el servicio hacia fuera son el camino para vivir una auténtica experiencia de Dios. En términos generales esto es algo que se vive de manera asombrosa, por ejemplo, en las comunidades indígenas.

Iluminación: Mt. 18,15-20

En este texto encontramos, ante todo, la manera cristiana de comportarse ante las fallas de los demás miembros de la comunidad —hay acuerdo entre varios exegetas en que la frase «contra ti» del v. 15 no pertenece a la redacción primigenia. En otras perícopas aparece la cuestión de cómo debe cada persona enfrentar sus propios errores. En relación con el presente texto, lo primero que se descarta es una actitud individualista que se

desentendiendo de lo que sucede en la comunidad y, sobre todo, de lo que tiene que ver directamente con la comunidad. Pero tampoco se trata de una actitud de fiscalización e imposición de normas por un afán legalista o de guarda del «orden» externo, sino de amor a la comunidad, y a todos y cada uno de sus miembros. Por eso se tiene la delicadeza de, primero, dialogar con quien ha ofendido a la comunidad, a solas, para no avergonzarlo ante otros ni presionarlo.

Cuando los pasos previos no han dado resultado, lo último es acudir a la comunidad, a la que Jesús concede la prerrogativa de «atar» y «desatar» que, en la lectura del domingo pasado, había encomendado a Pedro. La última instancia no es la autoridad, sino la comunidad reunida —probablemente presidida por la autoridad.

El papel de la comunidad en la reconciliación de sus miembros ha quedado, ciertamente, muy oscurecido al consolidarse históricamente la confesión individual de los pecados ante un presbítero. Y así se mantiene prácticamente hasta la fecha. El recurso al rito comunitario con absolución individual —perfectamente autorizado en la disciplina actual— no parece practicarse con mucha frecuencia. Esto refuerza las actitudes acomunitarias en la práctica del sacramento.

Tal como confirmó el Vaticano II (LG 10-11) la comunidad es, en cuanto tal, sacerdotal, y esto, por participar directamente del sacerdocio de Cristo. Por ello no necesita ningún otro tipo de mediación para acceder a Dios. Sólo en y a través de la comunidad es como podemos ponernos en contacto con el Padre. Jesús habla, incluso, de su «presencia real» donde se reúnen tan sólo dos o tres en su nombre. Se trata de una «presencial real» explícita y claramente afirmada. Por eso durante el primer milenio, siguiendo a Pablo (Col 1, 18), se decía que el verdadero cuerpo de Cristo es la Iglesia. Posteriormente se llegará a aplicar este término al pan y vino consagrados. La Iglesia pasa a ser, entonces, cuerpo «místico».

Lo verdaderamente sagrado es la construcción de la comunidad —que abarca todos los aspectos de la vida humana— llevada a cabo por todos los miembros de la misma. No sólo por sus autoridades. Ahí se encuentra el culto primordial que da sentido y razón de ser a las actividades rituales.

Conversión

1. ¿Qué es lo primordial para nosotros: buscar la propia salvación a través de la práctica de los sacramentos o empeñar nuestras fuerzas en la construcción de la verdadera comunidad que sirva a todos los seres humanos?
2. ¿Cómo procedemos cuando advertimos que un hermano ha cometido una falta que compromete seriamente la vida de la comunidad?
3. ¿A quién acudimos en busca de perdón cuando dañamos la comunión del cuerpo eclesial?

15 de septiembre, 24º domingo ordinario

Tema central: Siempre perdonar. El Señor: nos pide perdonar hasta 70 veces 7. Siete es el número de plenitud. 70 por 7 es el modo de decir el número infinito.

Hechos

Muchos matrimonios terminan en separación y divorcio. Uno de los dos o los dos fueron guardando las «ofensas» (reales o fruto de malos entendidos) sin perdonarlas, en forma de rencores.

Llamamos bondadosa y buena a la persona que es tolerante incluso cuando la ofenden con palabras o con hechos. La admiramos más si notamos que es firme y sin embargo perdona.

Quizá hemos experimentado o hemos conocido gente que no encuentra su paz interior porque no ha perdonado.

Admiramos el empeño con que las mamás, esposas, novias, familiares de desaparecidos exigen que aparezcan. No pensamos que perdonar signifique dejar de exigir que quien ha sido responsa-

ble de delitos asuma su responsabilidad de deshacer el daño que ha hecho.

**Iluminación: Eclesiástico 27,30-28,7;
Salmo responsorial: 102, 1.4.10-12.14;
Romanos 14, 7-9; Mateo 18, 21-35**

En el Eclesiástico vemos que se nos pide perdonar, pero quizá de una manera interesada. Perdonar para que Dios nos perdone. «El que no tiene compasión de un semejante, cómo pide perdón de sus pecados?»

Luego en el salmo oramos al Dios que nos ama y perdona incondicionalmente.

La segunda lectura de la carta a los Romanos sin tocar directamente el tema del perdón nos muestra el fondo de lo que estamos tratando: nadie vive ni muere para sí mismo. Vivimos y morimos para el Señor nuestro Dios.

Vivimos y morimos para el Señor porque él primero nos amó. Su amor es previo a lo que nosotros hagamos o dejemos de hacer. Su amor y su

perdón son desde antes que los pobres humanos algo pretendamos o hagamos. Pero una vez que pecamos individual o colectivamente Dios no nos retira su amor, pero tampoco nos libra de que carguemos con las consecuencias de lo que obramos. Le pedimos perdón no para que nos lo dé, como si dudáramos de que lo haga, sino para expresarle que necesitamos de él.

El Evangelio nos dice muy claramente que siempre perdonemos. Pedro pregunta y quizá se siente generoso diciendo si será bueno perdonar al hermano que nos ofende hasta 7 veces. O sea, muchas veces. Y la respuesta de Jesús va más allá de todo número. El perdón se otorga siempre. 70 veces 7.

Leemos también una parábola. El Reino de Dios se asemeja a un Rey que perdona a un gran deudor. Pero luego le hace pagar porque él no supo perdonar. No es que Dios haya cambiado su amor y perdón por odio y castigo. Sigue amando y perdonando de su parte, pero la conducta del que fue





perdonado y no quiso perdonar pide también que Dios se comporte congruentemente y permita las consecuencias de las obras de quien no ha sabido perdonar.

Aprendamos de Dios a amar incondicionalmente, a todos. El quiere que todos realmente todos sean salvos, y eso es amarlos. Pero si en la historia unos victiman conciente o inconcientemente a otros, Dios se pone del lado de las víctimas; opta por los embrecidos.

Conversión

1. Lo primero es un buen examen de conciencia con la pregunta de si tenemos rencores en nuestro corazón. Y no los tratemos de justificar porque en realidad nos hayan ofendido. El perdonar va junto con el amor gratuito, incondicional como es el que Dios nos comunica.
2. Y también preguntarnos si hemos de pedir perdón a quienes hayamos ofendido con nuestras

palabras, acciones o actitudes, o también omisiones.

3. Y así, con el corazón limpio y engrandecido, no solapemos a quienes por intereses propios disminuyen los medios de vida de otros, a quienes se portan como dueños absolutos de todo lo que puedan acaparar, sin importarles lo que otros con ello sufran.
4. ¿Nos cansamos o nos hemos cansado ya de perdonar?

Nota: Como es el día de la independencia, se puede hacer mención de ello. Quizá hablando también de que entre los pueblos no debe haber imposiciones. Se han dado. El pueblo que las ha sufrido puede y debe rebelarse contra ellas, pero no desde el odio, sino con la actitud de siempre perdonar, pero no por eso dejarse aplastar.



22 de septiembre, 25º domingo ordinario

Tema central: La generosidad de Dios es, simplemente es. No es cuestión de medirla. Es generoso y nos invita a serlo igual que Él.

Hechos

En la familia los papás y más especialmente la mamá inculca a sus hijos que sean generosos con sus hermanos. Y esto contra lo que se ve y vive fuera de la familia y relaciones de amistad, pues allí se exige y se da «lo justo», no lo que dicta la generosidad.

Una respuesta frecuente a quien pide una ayuda es negarla para no fomentar la flojera. «Qué se lo gane» nos decimos interiormente. Sintiéndonos generosos le damos la ayuda pero le pedimos a cambio algún servicio pues hay que educar a la gente para que no sea aprovechada o gorróna.

Iluminación: Isaías 55, 6-9; Salmo responsorial: 144, 2-3.8-9.17-18; Filipenses 1, 20c-24.27; Mateo 20, 1-16

Dios piensa y obra muy distinto a nosotros es lo que nos dice el profeta Isaías: «Mis pensamientos no son sus pensamientos. Sus caminos no son mis caminos». Los pensamientos y los caminos de Dios son que nos tratemos en igualdad y con generosidad porque nos amamos. Pro esos no son nuestros pensamientos ni nuestros caminos porque tendemos a que prevalezcan nuestros intereses particulares sin importarnos qué sucede con los demás; no es el amor nuestro motor interno. Pero si aceptamos a Dios en nuestras vidas, entonces nuestros pensamientos y nuestros caminos si coincidirán con los de Dios. Y esto es posible pues como decimos en el salmo: «muy cerca está el Señor de quien lo invoca»

El Evangelio nos dice en una parábola que Dios nos ama a todos por igual. Aunque la comparación se da en el terreno de la contratación de un trabajo que hace un propietario de una viña a tra-

bajadores que comienzan su jornada temprano, y a otros que más tarde y a otros ya casi al terminar el día, la realidad explicada no está en el campo del toma y daca que es el de la contratación de un trabajo por un jornal. Jesucristo toma pie de la extraña forma de portarse del dueño de la viña que paga lo mismo a todos hayan comenzado a la hora que hayan comenzado, para decirnos que Dios nos ama a todos por igual. Y no nos da su amor en fuerza de nuestros méritos. Mezquino es el que sabiéndose amado por Dios le reclame que ame a otros que no lo merecen. Nadie lo merece. Todos somos amados gratuitamente, generosamente por nuestro Dios.

Conversión

1. ¿Qué podemos y qué vamos a hacer para que no tengamos dos campos de vida, uno que se rige por el interés de la ganancia, o a lo más de estricta justicia y otro por la generosidad y donación gratuita?
2. Y esto referido desde luego al ámbito de la familia y al de las amistades; pero también al del trabajo y de las actividades en grupos organizados.
3. Examinarnos para corregirnos respecto a nuestros recursos: dinero, tiempo, relaciones. ¡Aprovechan nuestros recursos generosamente a otros, o solamente a nosotros mismos? ¿Qué hacer para que aprovechen más a muchos otros?

29 de septiembre, 26º domingo ordinario

Tema central: Lo que verdaderamente cuenta es el amor eficaz con el que se cumple lo que Dios quiere de nosotros. No la estimación que se tenga en fuerza del papel social o del cargo que se tiene.

Hechos

El que el mismo Evangelio nos propone: Dos hijos. Uno dice que sí a su papá, y hace que no. El otro dice que no y hace que sí.

Las promesas del candidato a un cargo público son muy distintas a lo que luego hace y dice el candidato convertido en funcionario.

Es común que el que gobierna o el que tiene otro tipo de poder como el del dinero, tenga dos diversas medidas: la que se aplica a los amigos y la que se exige a todos los demás con tanto más rigor cuanto menos poder tienen o cuanto más conviene a los intereses del poderoso.

Iluminación: Ezequiel 18, 25-28; **Salmo responsorial:** 24, 4-9; **Segunda lectura:** Filipenses 2, 1-11; **Evangelio:** Mateo 21, 28-32

Jesucristo, siendo Dios, se anonadó a sí mismo y abrazó la condición humana sin exigir las prerrogativas divinas; es verdadero hombre. Fue y es totalmente verdadero y congruente. Y esto lo dice Pablo para ilustrar y confirmar su exhortación a que no obremos por rivalidad; a que por lo contrario consideremos a los demás como superiores;

a que busquemos el interés del prójimo y no el propio.

Con el profeta Ezequiel hemos de superar los etiquetados. El que es justo puede apartarse de su justicia y el que es pecador puede hacerse justo.

Y en el Evangelio leemos que los publicanos y las prostitutas se han adelantado a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo en el camino del Reino de Dios. Éstos, a pesar de sus puestos de autoridad no siguieron el camino de la justicia señalado por Juan Bautista. Aquellos le creyeron en verdad.

Conversión

1. ¿Somos congruentes en nuestra vida con nuestra fe en el Dios de la justicia y el amor?
2. Si nos percatamos que en ocasiones tenemos una doble moral, una para nosotros y otra para los demás, es hora de prometernos a nosotros y al Señor que queremos siempre cumplir con lo que él pretende de nosotros.



3. No deben ya bastarnos las buenas palabras.

6 de octubre, 27º domingo ordinario

Tema central: aprecien todo lo verdadero y justo

Hechos

- Avances en la medicina que mejoran la salud del pueblo;
- grupos de derechos humanos que ayudan a la gente a organizarse y defenderse;
- periódicos y revistas que hablan con la verdad;
- escuelas que dan una buena formación humana y capacitación técnica;
- pueblos indígenas que fortalecen la conciencia de su dignidad y el valor de su cultura.

Iluminación: Is. 5, 1-7, Fil. 4,6-9, Mt. 21, 33-43

La parábola de los viñadores homicidas por una parte denuncia la ingratitud y dureza de los primeros destinatarios del reino y por otra anuncia que «el reino será entregado a otro pueblo que lo haga producir sus frutos». En la primera parte nos conmina a revisar qué tanto nos hemos abierto al regalo de Dios y lo hemos hecho fructificar, y en la segunda nos invita a apreciar los frutos producidos por otros muchos grupos.

En esta segunda línea va también la exhortación de Pablo a valorar todo lo verdadero, justo, noble, honrado, etc. Y también una de las dinámicas fundamentales del concilio Vaticano II que nos impulsa a un diálogo constructivo con todos los sectores de la sociedad, en particular en la constitución *Gaudium et Spes*

Es éste un ejercicio muy necesario y constructivo. Nos obliga a salir de las estrechas fronteras en las que muchas veces nos encerramos y a caer en la cuenta de lo mucho positivo que están realizando otras personas y grupos. Dentro de lo positivo; Pablo enumera varias cualidades (verdadero, noble, justo, limpio, fraternal, hermoso...) y alarga su

invitación para que nuestra sensibilidad prolongue la lista.

Y la *Gaudium et Spes* dedica sendos capítulos a la dignidad de la persona, la comunidad y actividad humanas, y luego a los campos de la familia, la cultura, la economía, la política y la paz. Tenemos así una panorámica muy amplia donde escoger para realizar nuestra revisión positiva.

Una revisión con este enfoque parece más necesaria frente a la tendencia generalizada en los noticiarios de informar casi exclusivamente sobre malas noticias. Esa es una parte importante, sobre todo la denuncia de las injusticias de diversos tipos; pero también hay que reconocer los avances que se van logrando en diversos campos. No para «dormirse en los laureles», sino para cobrar aliento y seguir luchando.

Y esos valores realizados que encontremos, esos signos del reinado de Dios presentes en nuestra vida e historia, hemos también de agradecerlos en nuestra eucaristía e igualmente a quienes los han llevado a cabo.

Conversión

1. ¿Estamos atentos a la manera como trabajan otros grupos de diversa índole fuera de la iglesia?
2. ¿Sabemos valorar los aciertos que tienen y la contribución que hacen en la línea del reino de Dios, aunque no lo nombren así?
3. ¿Tenemos la honradez de reconocerlo públicamente y de alegrarnos con ello?

13 de octubre, 28º domingo ordinario

Tema central: sé vivir en pobreza y riqueza, todo lo puedo en Aquél que me da fuerza.

Iluminación: Is. 25, 6-10, Fil. 4, 12-14.19-20, Mt. 22,1-14

El mensaje del evangelio de este domingo coincide básicamente con el de la semana pasada: ante



la cerrazón de los primeros destinatarios que se habían endurecido en su orgullo y ambición, Dios decide ofrecer sus dones a otros que tendrán la apertura para recibirlos y la disposición y generosidad para hacerlo fructificar. En otros muchos pasajes del evangelio Jesús nos enseña que la fuente de esa apertura y disposición —de la que carecieron los primeros convidados y sí tuvieron los postremos— son el amor y la misericordia.

Vinculando lo anterior con el trocito de la carta de Pablo que hemos leído, podemos ver por una parte que ese amor y misericordia son precisamente la fuente de la fuerza con la el apóstol se siente vigorizado por Dios y por otra lo que le da la capacidad de ser flexible para adaptarse a vivir lo que las circunstancias le piden: amar tanto en la pobreza como en la abundancia, en el hambre como en la saciedad; sin aferrarse a lo que son únicamente medios y no los fines pretendidos por Dios.

Lo mismo nos ha enseñado Jesús quien ha sabido adaptar su amor a las circunstancias de los niños y de las mujeres, de los distintos enfermos y endemoniados, de los frágiles pescadores y del publicano Mateo, de los novios de Caná y de sus amigas de Betania...

Así nos ha invitado también el concilio Vaticano II, cuyo cuadragésimo aniversario estamos celebrando en estos días. La iglesia también había caído en una rigidez que le ofrecía alguna seguridad, pero la incapacitaba para responder a los nuevos retos, a los nuevos signos de los tiempos. Y en estos cuarenta años después del concilio la tentación de la cerrazón se nos ha presentado una y otra vez. Entonces es necesario que revisemos si no hemos caído en posturas semejantes a las de los escribas y fariseos, y dejado un tanto de lado el riesgo de la auténtica fe. Jesús nos dice, al igual que a Pedro, que tenemos que aprender a caminar sobre las aguas.



El concilio nos impulsó a ser más participativos (vivir la colegialidad), pero luego nos ha ganado el miedo a perder el poder. La inculturación de la liturgia, adaptada a cada tipo de participantes, se ha quedado a medio camino. Está claro el compromiso por trabajar en la transformación de toda la sociedad, pero muchas veces preferimos quedarnos al interior de la iglesia.

Conversión

1. ¿Están funcionando auténticamente los consejos a niveles de parroquia, decanato, foranía, diócesis o tenemos miedo de la participación de los laicos?
2. ¿Tenemos cuidado de que nuestras liturgias (eucaristías y demás sacramentos) sean verdaderamente significativas para los que participan en ellas?
3. ¿Hemos aprendido a salir fuera de la parroquia con espíritu misionero?
4. ¿Damos atención a las exigencias de la justicia en lo económico y político?

20 de octubre, domingo mundial de las misiones

Tema central: necesidad de seguir anunciando el mensaje de Jesús

Hechos

- Hay muchos católicos en nuestro país que no conocen suficientemente el mensaje de Jesús;
- hay muchas personas en nuestro país a las que ni siquiera ha llegado su mensaje;
- sigue habiendo muchos países donde el evangelio de Jesús no ha sido anunciado.

Iluminación: Is. 56,1. 6-7, 1Tim. 2,1-8, Mt. 28,16-20

En muchas de las lecturas de los domingos encontramos la necesidad de seguir llevando el anuncio del evangelio a todas las personas, grupos y lugares donde no ha llegado suficientemente, pero en este domingo se nos invita a tenerlo presente de una manera especial y urgente. Por su parte el concilio Vaticano II tiene esta dinámica misionera

como una de sus características de conjunto y a ella dedica el importante decreto *Ad gentes*.

En cuanto a la integralidad del evangelio hemos de tomar en cuenta las dos dimensiones de la fe y de la justicia. En efecto no se trata tan sólo de reconocer a Jesús como salvador e hijo de Dios de palabra, sino que ello debe llevarnos —como nos lo recuerda la primera lectura— a vivir en justicia, pues si no nos preocupamos por ella nuestra confesión de fe en Jesús no sólo es incompleta, sino que hasta puede caer en hipocresía.



En cuanto a las personas y grupos a quienes hay que llevar el mensaje, hemos de tener en cuenta toda la amplitud señalada arriba en los hechos. En realidad la tarea es enorme y permanente. Tanto que nos aplastaría si pretendiéramos llevarla adelante por nuestras solas fuerzas. Por eso San Pablo nos recuerda en la segunda lectura la importancia

de la oración, y con esto hacemos el puente hacia el siguiente punto.

Los medios para llevar el mensaje del evangelio incluyen, como acabamos de ver la oración, pero tiene que verse respaldada por el indispensable testimonio de vida, la palabra y las acciones.

Por lo que toca a quiénes tenemos el encargo de comunicar el evangelio de Jesús, vamos más y más cayendo en la cuenta de que nos corresponde a todos los que tenemos la dicha de conocerlo. Cada quien según sus posibilidades. Sin embargo

también es cierto que es muy necesario que algunos nos dediquemos más de lleno a la realización de este anuncio. En cada parroquia tratando de llegar a los alejados, en los distintos ambientes de la ciudad, en los medios de comunicación masiva, en todos los rincones de nuestro país... y también en otros continentes.

Para la mejor realización de esta labor misionera el Vaticano II corrige una mentalidad anterior que no tomaba suficientemente en cuenta lo propio de la cultura de cada uno de los grupos y personas a los que llevamos el mensaje. En efecto se daba una uniformidad, simbolizada en el empleo del latín en la celebración de la misa. A partir de entonces algo hemos avanzado en la línea de la inculturación, pero aún queda mucho por realizar.

Conversión

1. ¿Cómo está funcionando la dimensión misionera de nuestra parroquia o grupo?
2. Tomando en cuenta la panorámica arriba presentada ¿cómo podríamos mejorar en nuestras actividades permanentes?
3. ¿Conviene realizar una acción especial con motivo de la celebración de este domingo?



27 de octubre, 30^º Domingo ordinario

Tema central: el cristiano va más allá de dar a cada quién lo suyo.

Hecho

En todos nuestros negocios si nos consideramos honrados buscamos equidad, o sea que nos den lo equivalente a lo que damos. Y luego cambiamos casi sin darnos cuenta a que nos den lo más que podamos sacar dentro de cierta medida porque no estamos de acuerdo con el capitalismo salvaje que busca y pone los medios para obtener el máximo de ganancia con el menor costo para uno aunque otros paguen muchos otros costos, como puede ser la inseguridad al futuro, carencia de tiempo libre por el tiempo que se gasta en los transportes, y otros...

Iluminación: Mat. 22, 34-40; Éxodo 22, 20-26

Los fariseos quieren poner a prueba a Jesús y le preguntan cuál es el mayor mandamiento de la ley. La respuesta de Jesús es clara y va más allá de lo que esperan oír los que le preguntan. Esperan sin duda que con su respuesta Jesús se comprometa a obedecer a la ley para seguirle reprochando que no cumplan con ella ni sus discípulos ni él. Jesús responde citando al Deuteronomio (6, 5) «Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente» y prosigue diciendo: «Éste es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Lev. 19,18). Cierra el camino a que el amor a Dios se pueda ejercer sin el amor al prójimo.

Y ya vamos viendo que si somos cristianos no deberemos tener una doble moral: la que aplicamos a los demás y la que sirve para nosotros. La primera carta de Juan (4,20) expresa: «Si alguno dice 'amo a Dios' y aborrece a su hermano, es un mentiroso.

El Éxodo (22, 20-26) es muy explícito. Hemos de atender a los desvalidos a los sin apoyo (la viuda, el huérfano, el extranjero) Y en las relaciones incluso comerciales, primero está la misericordia

que el propio provecho: no prestar con interés, devolver manto que se ha tomado en prenda cuando lo necesite el otro.

Conversión

1. Ejercer las «obras de misericordia» que aprendimos en el catecismo en servicio al que lo necesita y no como lucro. Porque se pueden ejercer y convertirse en negocios grandes: Dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, dar posada al peregrino, visitar al enfermo, visitar al preso, dar consejo al que lo necesita, consolar al triste...
2. Buscar en nuestro alrededor aquellas personas que estén desvalidas, (las que corresponderían a las viudas, huérfanos y extranjeros de las tribus nómadas del desierto) para atenderlas y apoyarlas según nuestro corazón cristiano nos lo indique.
3. Si nos deben dinero examinar si no nos dejamos llevar por la usura, o si se nos endurece el corazón. ☐



Nuestro próximo número

Septiembre–Octubre

El método teológico para investigar, producir, estudiar y re–producir teología ha sido una continua preocupación del actual Director del Centro de Reflexión Teológica (CRT), Luis del Valle. También la eclesiología, el discernimiento, la realidad sacerdotal son temáticas de su interés.

El próximo número tratará esos temas como un homenaje a sus 75 años de vida. Aparecerán también algunos testimonios sobre su vida.

Cuando terminaba en Roma su doctorado se iniciaba el Vaticano II. En octubre se cumplirán 40 años desde el comienzo del Concilio. Y en abril del año 2003 se cumplirán también 40 años de su enseñanza como profesor de Teología.

Pagos

Moneda Nacional

Hacer un depósito para abonar nuestra cuenta: Banca Serfín, sucursal 35, N°: 0900–7469522 a nombre de Centro de Reflexión Teológica A.C. (le pedimos que nos envíe copia del depósito junto con una copia del cupón de renovación por fax).

Mandar giro postal o bancario a nombre del Centro de Reflexión Teológica A.C., Apdo. Postal 21–272 Coyoacán 04021 México, D.F.

Dólares

Enviar cheque o giro bancario avalado por un banco estadounidense a nombre de Centro de Reflexión Teológica, A.C.

Importante

Envíe una copia del cupón de renovación con el comprobante del pago para que sepamos de quien es la suscripción a renovar.

¿Cómo escuchar al Espíritu?	B. Arneche	60.00
¿Cuál es la prisa?	C. Rodríguez	42.00
¿Te atacan las sectas?	F. Azuela	12.00
¿Valió la pena?	J. Marins y equipo	39.00
17 días de la Iglesia Latinoamericana	Frei Betto	13.50
Apocalipsis	M. Morales	100.00
Canteremos en comunidad	D. de Cuernavaca	83.00
Catecismo en comunidad	B. Arneche	16.00
Comentarios al Evangelio de Marcos	J. Mateos	46.00
Con Dios y con los pobres	J. Jiménez	33.00
Chiapas. Buena nueva a pesar de todo	CRT	8.00
De la tragedia a la esperanza	Auerbach/Rodríguez	83.00
Dinámicas	J. Marins	270.00
Dios es bueno	J. L. Caravias	57.20
Dios y los obreros	C. Rodríguez	30.80
El agro mexicano ¿siempre lo mismo?	J.F. Cortes	76.00
El camino de las comunidades	J. Saravia	60.00
El Dios de Jesús	J. L. Caravias	76.00
El Dios de Jesús, destructor de todos los ídolos	J. Peña	31.00
El Nuevo Testamento	J. Saravia	75.00
El Padre Pro, mártir	F. Azuela	18.00
El rostro indio de Dios	Varios	111.00
El sermón del monte (#4)	J. Mateos	60.00
Engrandecer el corazón de la comunidad	F.J. Ali Modad	83.00
Espiritualidad de la liberación	Vigil/Casaldáliga	54.00
Esto es un grito	C. Rodríguez	76.00
Fe y Vida	A. Méndez	23.00
Galilea año 30	C. Bravo	80.00
Guía para el catequista	B. Arneche	55.00
Historia de un gran amor	R. Falla	55.00
Humanidad en lo no humano	L. García Orso	54.00
Indicadores de la modernidad	R. Mora	90.00
Itinerario espiritual en la opción por los pobres	J. Mendoza	46.00
Jesucristo liberador	J. Sobrino	140.00
Jesús. Manual para leer el Ev. de Mc	A. Méndez	38.00
Jesús Hombre en Conflicto	C. Bravo	140.00
Jesús interpreta las escrituras	J. Saravia	69.00
La aventura de un cristiano	I. Tellechea	42.00
La buena noticia desde la mujer	A. Méndez	49.00
La espiritualidad de la Nueva Ev.	C. Maccise	54.00
La formación de la Nueva Ev.	CLAR	76.00
La Nueva Evangelización hacia la Civil del A.	A. González	46.00
La voz de los desplazados (disco compacto)	Coro de Acteal	140.00
Lectura orante de la Biblia	CRB	38.00
Lectura profética de la historia	CRB	97.00
Liturgia del pueblo creyente	F. Azuela	20.00
Los comienzos del camino	J. Saravia	46.00
Los pobres y los neoliberales	Coedición	31.00
Malabareando	D. Fernández	90.00
María en el evangelio liberador	S. Mier	53.00
Nepantla	J. Garibay	200.00
Para vivir el mensaje de Guadalupe	A. Méndez	23.00
Pequeño vocabulario de la Biblia	W. Guen	53.00
Pers. Lat. de San Juan de la Cruz	C. Maccise	40.00
Preparar el corazón	L. Valdéz	69.00
Recetas catequéticas	B. Arneche	55.00
Sabiduría y poesía del pueblo de Dios (#1)	CRB	92.00
San Andrés	CRT	50.00
San Marcos	M. Morales	76.00
Seguir a Jesús: Los evangelios (#13)	CRB	100.00
Taller de Vida y Espiritualidad	Ernesto Martínez	180.00
Tu Palabra me da vida (# 6)	J. L. Caravias	60.00

Ofrecemos 20% de descuento a nuestros clientes

**Las llama «Mujer»
Jesús,
El que las ama,
El que las acoge,
El que no las condena
El que las perdona**

**Las llama «Mujer»
Jesús
El que con cariño y cercanía
Las invita a cambiar de vida
a reconstruirse...**

**A quererse con «autoestima»
Y a vivir plenamente
Como «Mujer»
Y tú ¿cómo las llamas?
¿prostituta o Mujer»**

Arnaldo Zenteno S.J

Comunidades Eclesiales de Base

Este poema se inspira en el Evangelio de Lucas 7,44 en que Jesús trata con amor y respeto a esta Mujer –La que el Fariseo despreciaba y llamaba «pecadoras»

¿Cómo la llamas?

¿Prostituta
o Mujer?

Las llaman «prostitutas»

Los que las prostituyen

Las llaman «mujeres de la calle»

Los que las echan de sus casas.

Las llaman «mujeres de la vida alegre»

Las que ponen su alegría en pisotearlas.

Las llaman «mujeres libres»

Los que las apresan.

Las llaman «Mujeres de la vida»

Los que están muertos y no aman la vida

Las llaman «pecadoras»

Los «limpios» fariseos hipócritas.

(sigue en página interior)

